

Los



Lusiadas

poema de

Luis de Camoens

edición ilustrada



MONTANER Y SIMÓN - EDITORES

·BARCELONA·





12

LOS LUSIADAS



Burger, del.

Bickel, Neumann, sc.

LUIS DE CAMOENS

LUIS DE CAMOENS

LOS LUSÍADAS

POEMA ÉPICO EN DIEZ CANTOS

TRADUCIDO EN VERSO CASTELLANO DEL PORTUGUÉS

POR

LUIS GÓMEZ DE TAPIA

NUEVA EDICIÓN ILUSTRADA

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚM. 255

1913

SMU LIBRARY

ES PROPIEDAD

LOS LUSIADAS

PREFACIO

Para esta edición se ha elegido la notable traducción que del inmortal poema de Camoens hizo en verso, en el año de 1580, el maestro Luis Gómez de Tapia, esmeradamente corregida ahora.

Luis de Camoens nació en 1524, del oficial de marina Simón Vas de Camoens y doña Ana de Sa y Macedo, dama de ilustre prosapia. Recibió una esmerada educación, y, terminados sus estudios en la Universidad de Coimbra, volvió a Lisboa cuando contaba unos veinte años, y contrajo valiosas amistades.

Desterrado a Ribatejo por los años de 1545 a 1550, a causa de su ardiente pasión por Catalina de Ataíde, hermana de don Antonio, favorito de Juan III, pasó luego al Africa con las tropas portuguesas, corrió serios peligros y perdió el ojo derecho en un encuentro con los moros.

Vuelto a Lisboa en 1552, y combatida su alma por graves sinsabores, partió el año siguiente para las Indias orientales, con el humilde título de escudeiro de la flota de Fernando Álvarez Cabral.

Dió pruebas de gran bravura en varias expediciones y

combates. El gobernador Barreto, sintiéndose herido por una sátira de Camoens, que desde su juventud cultivaba la poesía, lo desterró a las factorías de Macao, recientemente fundadas en las costas de China.

Los tres años que duró su destierro en este país parecen haber sido los más fecundos de su vida. Allí dió las últimas pinceladas a su obra capital, empezada, como se supone, en 1547.

De regreso en Lisboa en 1570, después de dieciséis años de ausencia preparó la publicación de su gran poema que vió la luz en 1572, siendo tal su popularidad, que hubo que reimprimirlo dos veces más en el mismo año.

Sin embargo, la tradición supone al poeta sumido en tal miseria, que sólo a la caridad de uno que había sido su esclavo debió el necesario alimento en los últimos años de su vida, y uno de sus contemporáneos afirma que no tenía en el lecho de muerte una mala manta que le defendiera del frío.

Su entierro se verificó en la iglesia de Santa Ana (1579), y sólo al cabo de dieciséis años se puso un epitafio en su tumba.

En LOS LUSIADAS, Camoens cantó la historia entera de Portugal, uniéndola por medio de narraciones intercaladas en la acción del poema a los viajes y descubrimientos hechos por los portugueses, los lusitanos, bajo la dirección del gran Vasco de Gama en el año de 1497 doblando el cabo de Buena Esperanza.

Se componen de diez cantos.

Júpiter reúne en asamblea a los dioses del Olimpo y les recuerda las expediciones de los antiguos lusitanos, la reciente gloria de los portugueses en sus empeños contra los moros, les señala los bajeles de Vasco de Gama bordeando las costas de Africa, y muéstrase favorable a tan valeroso navegante.

Los dioses se dividen, y mientras Baco, temeroso de ver eclipsado su gran poderío en la India, se declara contra ellos, Venus y Marte los protegen y envían como mensajero a Mercurio para dirigir su navegación.

Seguimos luego a Vasco y sus compañeros en sus descubrimientos por las costas africanas.

Tras diversos incidentes llegan a Melinde, cuyo rey les ofrece generosa hospitalidad, y el poeta aprovecha esta ocasión para hacer contar a Gama los detalles de su expedición y al mismo tiempo toda la historia de su patria.

Vuelven los navegantes a sus expediciones, escapando de mil tremendos peligros, gracias a la protección de Júpiter y Venus.

Llegan a Calicut, cuyo rey recibe a Gama con gran pompa. Los malabares, temerosos de que los que llegan como comerciantes se rijan como dominadores, logran que en el consejo del Emperador predomine la idea de acabar con los portugueses.

El valor y la previsión de Gama dominan todos los obstáculos, saliendo por fin victoriosa la escuadra hacia Portugal, llevando pruebas palpables del feliz resultado de la expedición.

Termina el poema con un episodio de belleza incomparable, y que es una de las más deliciosas ficciones que ha producido jamás el ingenio humano. Venus, enajenada de júbilo por el triunfo de los navegantes, les hace disfrutar, aun antes de llegar a su patria, las bienandanzas de la gloria, en una isla flotante y divina, hermoseedada con todos los encantos de la primavera y poblada de ninfas que les sirven en maravillosos banquetes el néctar y la ambrosía hasta entonces reservados a los dioses.

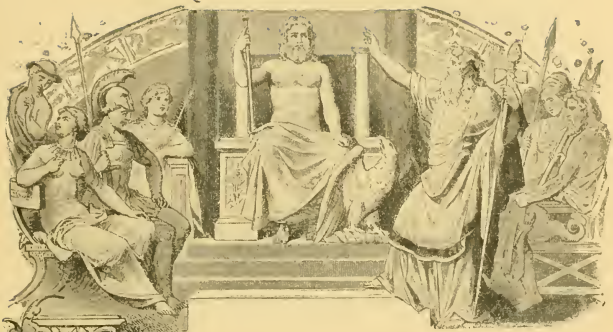
Numerosos grabados, copia fidelísima de interesantes estampas de Guivard, Kořka, Begues y otros grandes artistas, existentes en la Biblioteca Nacional de París, avaloran y

embellecen la presente edición de una de las creaciones más admirables del humano ingenio.

LOS LUSÍADAS de Camoens son el más fuerte, el más patriótico, el más veraz y de menos artificio de todos los poemas épicos de la Edad Moderna.

LOS EDITORES





CANTO PRIMERO

AS armas y varones señalados
que de la playa occidua lusitana
pasaron por caminos nunca usados
el no surcado mar de Taprobana,
en peligros y guerras levantados
sobre el valor de toda fuerza humana,
que entre gente remota edificaron
reino, con que su nombre eternizaron:

Las memorias de príncipes, gloriosas,
que la Fe santa y su poder mostrando,
fueron con sus empresas milagrosas
las tierras de Asia y Libia conquistando:
aquellos que con obras hazañosas
de la muerte se fueron libertando,
mi verso cantará por cualquier parte,
si a tanto me ayudare ingenio y arte.



Cesen del sabio griego y del troyano
las prolijas derrotas que siguieron;
cállese de Alejandro y de Trajano
la fama de victorias que tuvieron:
pues canto el pecho ilustre lusitano
a quien Neptuno y Marte obedecieron;
cese lo que la Musa antigua canta,
que otro valor más alto se levanta.

Vosotras, mis Tagides, que criado
habéis en mí un ingenio nuevo ardiente:
si siempre en verso humilde celebrado
fué de mí vuestro río alegremente,
dadme un son apolíneo sublimado,
un estilo grandilocuo y corriente:
así las nuestras aguas Febo ordene
no envidien las que corren de Hipocrene

Dadme una fuerza grande sonora,
no de silvestre avena, o flauta ruda,
mas de terrible trompa belicosa
que el pecho inflama y la color demuda:
dadme alabanza igual a la famosa
gente, que el Marte tiene por su ayuda;
que resuene por todo el universo,
si tan sublime precio cabe en verso.

Y vos, oh bien nacida confianza
de la libertad santa lusitana,
y no menos certísima esperanza
del aumento de ley y fe cristiana,
nuevo temor de la turquesca lanza,
maravilla fatal de edad temprana,
a quien el mundo todo Dios reparte,
porque del mundo a Dios le dé gran parte:

Vos, tierno y nuevo ramo floreciente
de la árbol que de Cristo es más amada
de cuantas han nacido al Occidente,
Cesárea o Cristianísima llamada,
miradlo en vuestro escudo, que presente
os muestra la victoria ya pasada
en que por armas, como a regalado,
os dió las que en la Cruz él ha tomado.

Vos, poderoso Rey cuyo alto imperio,
luego que nace el sol, lo ve primero,
y del medio lo ve de su hemisferio,
y al trasmontar lo deja por postrero:
vos que seréis el yugo y vituperio
del ismaelita torpe caballero,
del enemigo turco y bruta gente
que aun bebe del río sacro la corriente:

Inclinad por un poco la realeza
que en vuestro tierno rostro yo contemplo,
indicio claro de la suma alteza
que tendréis cuando vais al sacro templo:
Los ojos abajad de la grandeza
de vuestro ser: veréis un claro ejemplo
de amor, de patrios hechos valerosos,
en versos celebrado numerosos.

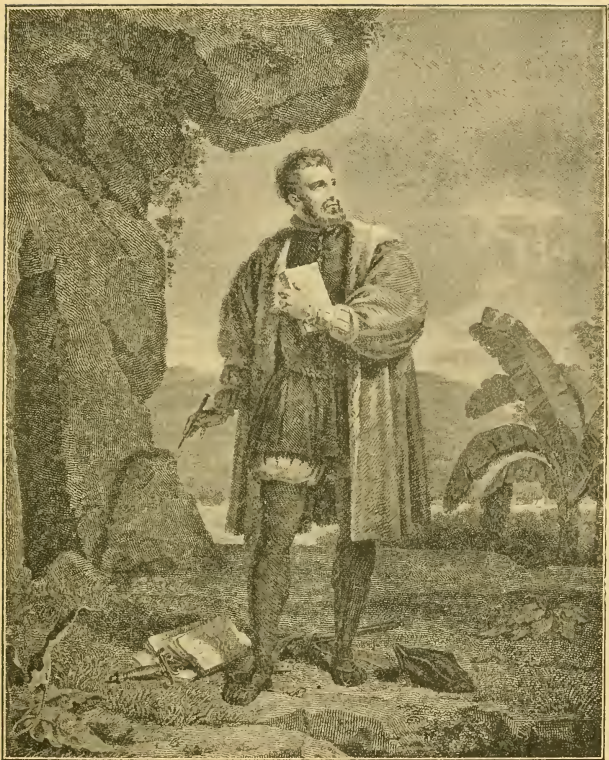
Veréis amor de patria, no movido
por premio vil, mas alto y casi eterno,
pues que no es premio vil ser conocido
por pregón de su nido, aunque paterno.
Oid; veréis el nombre engrandecido
de aquellos de quien es vuestro el gobierno,
y juzgaréis cuál es más excelente,
el ser señor del mundo, o de esta gente.

Atended y veréis, no con hazañas
fantásticas, fingidas, mentirosas,
los vuestros alabar, ni con extrañas
musas, de engrandecerse deseosas.
Las verdaderas vuestras son tamañas
que vencen las soñadas fabulosas
de Orlando, de Rugero y Bradamante,
aunque cante verdad quien de ellos cante.

Por éstos a don Nuño os daré, el fiero,
que hizo al Rey y Reino tal servicio;
un Fuas y un Egas, para quien de Homero
la sonora cítara codicio:
pues por los doce Pares daros quiero
los doce de Inglaterra con Magricio,
el valeroso, sabio, ilustre Gama,
que para sí tomó de Éneas la fama.

Y si a truco de Carlo, o la pujanza
del gran César, queréis igual memoria,
ved al primer Alfonso, cuya lanza
obscurce cualquiera extraña gloria:
y aquel que dió a su reino gran bonanza
con la famosa y próspera victoria,
o al otro Juan, invicto caballero,
el quinto, el cuarto Alfonsos, o el tercero.

No dejarán mis versos olvidados
aquellos que en los reinos de la Aurora
se hicieron por armas señalados
con la bandera vuestra vencedora;
un Pacheco feroz, y los amados
Almeidas, por quien siempre el Tajo llora;
Alburquerque terrible; Castro fuerte
y otros a quien rendir no osó la muerte.



Veréis amor de patria, no movido
por premio vil, más alto y casi eterno,
pues que no es premio vil ser conocido
por pregón de su nido, aunque paterno.

Canto I, Estr. 10.

Y en cuanto de éstos canto (pues no puedo cantar de vos, pues no me atrevo a tanto), los vuestros gobernad con tal denuedo que deis al reino paz, materia al canto: sientan vuestro valor y tengan miedo (que por el mundo todo cause espanto) de ejércitos y hechos singulares tierras en Libia y en Oriente mares.

En vos los ojos tiene el Moro frío por ver ya su remate figurado; con veros pierde el Bárbaro su brío; y rinde al yugo el cuello no domado: Tetis todo el cerúleo señorío para vos tiene en dote reservado, que, presa de ese rostro bello y tierno, desea ya compraros para yerno.

En vos de la seráfica morada de vuestros dos abuelos las famosas almas se ven; la una a la paz dada, la otra a las batallas sanguinosas: esperan que por vos sea renovada su memoria con obras valerosas y os guardan para el fin de vuestros días asiento en las eternas jerarquías.

Mas en cuanto va el tiempo vagaroso gobernad vuestros pueblos que os desean, dad favor a mi pecho temeroso para que estos mis versos vuestros sean, y ved cuál van cortando el mar furioso los vuestros Argonautas; porque vean que vos los veis, y ya en el mar airado acostumbraos, señor, ser invocado.

Ya el Océano largo navegaban,
las inquietas ondas apartando;
los vientos blandamente respiraban
las altas velas de las naos hinchando;
de blanca espuma llenos se mostraban
los mares, do las proas van cortando
las marítimas aguas consagradas
que del próteo ganado son holladas.

Cuando los dioses en el cielo hermoso
de quien pende el gobierno de la gente,
se ayuntan en concilio glorioso
sobre el caso futuro del Oriente,
pisando el firmamento luminoso
vienen por la vía láctea juntamente,
convocados de parte del Tonante
por el nieto gentil del viejo Atlante.

Y de los cielos siete el regimiento
dejaban del poder más alto dado
(alto poder que con el pensamiento
gobierna cielo, tierra y mar airado):
allí se ayuntan todos al momento
los que el Arturo habitan congelado,
y los que el Austro tiene, y partes donde
nace la Aurora, el claro Sol se esconde.

Con claro resplandor cual de oro fino
el que los rayos vibra de Vulcano
en su asiento se pone cristalino
con un severo rostro soberano:
del cual respira un aire tan divino
que en divino volviera un cuerpo humano
con su corona y cetro rutilante
de piedra muy más clara que diamante.

En lucidos asientos claveteados
de perlas y oro más abajo estaban
los otros dioses todos asentados
cual orden y razón los concertaban:
preceden los antiguos más honrados,
abajo los menores se asentaban,
cuando el Júpiter alto así diciendo
con un tono comienza grave, horrendo:

«Eternos moradores del luciente
estelífero Polo y claro asiento:
si del valor supremo de esta gente
del Luso no perdéis el pensamiento,
ya sabéis, y sabréis más juntamente,
que ha sido de los hados cierto intento
que por ella se olviden los humanos
de asirios, persas, griegos y romanos.

»Ya le fué, bien lo visteis, concedido,
con pequeño poder, al Sarraceno
que en sus tierras estaba guarnecido
ganarle cuanto riega el Tajo ameno,
pues contra el Castellano tan temido
el cielo se les dió blando y sereno,
así que siempre tuvo en fama y gloria
pendientes los trofeos de victoria.

»Dejo la fama antigua y nombre claro
que con gente de Rómulo alcanzaron
cuando con Viriato invicto y raro
en la romana guerra se afamaron,
a que os obliga el hecho tan preclaro,
pues que por su caudillo levantaron
al de la cierva blanca peregrino,
que Oráculo la hizo ser divino.

»Ahora lo veis bien, que, cometiendo
el peligroso mar en un madero,
por caminos no vistos van sufriendo
del Áfrico y del Noto el soplo fiero,
que no los sufre el pecho conociendo
haber tierras debajo otro hemisfero
sin inclinar su ánimo y porfía
a ver las partes donde nace el día.

»Prometido le está del hado eterno,
cuya alta ley no puede ser quebrada,
que tengan largos tiempos el gobierno
del mar que ve del Sol la roja entrada:
sobre aguas han pasado el duro invierno,
la gente está perdida y trabajada,
ya parece bien hecho que le sea
descubierta la tierra que desea.

»Y porque en largo mar tienen pasados
mil trances, de que sois todos testigos;
tienen climas y cielos mil probados,
mil vientos adversarios enemigos,
determino que sean hospedados
en la costa africana como amigos,
que, rehecha su tan desecha flota,
proseguirá con vientos su derrota.»

Tales palabras Júpiter decía,
y los dioses por orden respondiendo,
un parecer del otro difería,
varias razones dando y recibiendo.
El Tioneo en nada consentía
de lo que era propuesto, conociendo
que olvidará sus hechos el Oriente
si allá deja pasar la Lusa gente.

Que por tiempo vendría, oyó a los hados,
una gente fortísima de España,
que con virtud y brazos señalados
venciese cuanto Doris riega y baña:
con fama de sus hechos sublimados
la suya eclipsará, aunque más extraña,
y duelele perder la antigua gloria
de que Nisa celebra su memoria.

Ve que ya tuvo el Indo sojuzgado
y nunca le quitó fortuna o caso
por vencedor del Indo ser contado
de cuantos beben agua del Parnaso.
Teme ahora que sea sepultado
su tan célebre nombre en negro vaso
del agua del olvido, si allá llegan
los fuertes portugueses que navegan.

Levántase contra él la Venus bella,
inclinada a la gente Lusitana,
porque mil cualidades halla en ella
conformes a su antigua la Romana:
corazones feroces, grande estrella
que en la tierra mostraron Tingitana,
y la lengua, en la cual cuando imagina,
con poca corrupción cree es latina.

Esto era lo que a Ciprio le movía,
y más que de las Parcas claro entiende
que su fama y loor se extendería
do la gente belígera se extiende,
pues Baco, por la infamia que temía,
y Venus, por las honras que pretende,
debaten, y en debate permanecen,
y a cada cual sus partes favorecen.

Cual Bóreas o Austro fiero en la espesura
de silvestre arboleda condensada
los ramos rompen de la selva obscura
con ímpetu y braveza nunca usada:
retumba la montaña, el son murmura
de las hojas con lucha tan trabada,
de esta suerte los dioses han tenido
un murmullo confuso no entendido.

Marte, que de la diosa sustentaba,
entre todos, las partes con porfía,
o porque el amor viejo le obligaba,
o porque la razón le compellía,
sañudo entre los más se levantaba,
lleno el semblante de melancolía,
y el escudo, que al cuello trae colgado,
lo arroja atrás con ceño y rostro airado.

La visera del yelmo de diamante
levantándola un poco, muy seguro,
para decir su dicho fué delante
de Júpiter, armado, fuerte y duro:
un golpe con el cuento penetrante
del herrado bastón dió al solio puro,
con que el cielo tembló, y el sol, turbado,
por un poco de luz quedó eclipsado.

Y dice: «Oh Padre eterno, a cuyo imperio
todo aquello obedece que criaste,
si esta gente que busca otro hemisferio,
cuyo valor y pecho tanto amaste,
no quieres que padezca vituperio
como ya tiempo ha que lo ordenaste,
no oigas más, pues eres juez derecho,
razones de quien tiene airado el pecho.



Levántase contra él la Venus bella,
inclinada a la gente Lusitana
porque mil cualidades halla en ella.
conformes a su antigua la Romana.

Canto I, Estr. 33.

»Que si aquí la razón no se mostrase
vencida de temor demasiado,
justo fuera que Baco sustentase
la gente que es de Luso su criado;
mas esta su intención ahora pase,
que al fin nace de estómago dañado,
y nunca estorbará la envidia ajena
el merecido bien que el cielo ordena.

»Y tú, Padre de grande fortaleza,
de la resolución que está tomada
no te vuelvas atrás; porque es flaqueza
desistir de la cosa comenzada,
y pues Cileno vence en ligereza
al viento y la saeta de arco echada,
enséñale la tierra do se informe
de la India, y la gente se reforme.»

Como esto dijo, el padre poderoso
inclinó su cabeza, y consintió
con el dicho de Marte valeroso,
y néctar sobre todos esparció.
Por el camino lácteo glorioso
cada cual de los dioses se partió,
haciendo su debido acatamiento,
al conocido puesto y aposento.

En cuanto esto pasaba en la hermosa
sala del sacro Olimpo omnipotente
cortaba el mar la gente belicosa
ya la banda del Austro, ya de Oriente:
entre etiopisa costa, y la famosa
isla de San Lorenzo, do el ferviente
Febo quema los dioses que Tifeo
con miedo hizo peces de Nereo.

Los vientos blandamente los llevaban
como a quien por amigo tiene el cielo;
sereno el aire y tiempos se mostraban
sin de nuevo peligro haber recelo,
en la Costa Guinea atrás dejaban
el Promontorio Praso con gran vuelo,
cuando el mar descubriendo les mostraba
nuevas islas que en torno cerca y lava.

Mas el capitán Gama, valeroso,
que su pecho a tan alta empresa ofrece
de corazón altivo y generoso,
a quien fortuna siempre favorece,
no quiere aquí tomar algún reposo,
que inhabitada tierra le parece:
adelante pasar determinaba,
mas no le sucedió como pensaba.

Porque le cercan luego en compañía
mil esquifes de una isla señalada,
que más llegada a tierra parecía,
cortando el largo mar con vela hinchada:
los nuestros se alborotan de alegría
con ver aquesta gente no pensada:
«¿qué nación será aquesta?, en sí decían,
¿qué costumbres, qué ley, qué rey tendrían?»

Las barcas eran hechas de manera
que muestran ser ligeras aunque estrechas;
las velas que traían son de estera,
de las hojas de verde palma hechas;
la color de la gente es la que diera
el loco de Faetón con las cosechas
de su atrevido intento, y mal paciente,
que Lampetusa llora y el Po siente.

Con paños de algodón vienen vestidos
de diversos colores listeados:
unos alrededor los traen ceñidos,
otros con modo airoso rebozados;
todos del medio arriba sin vestidos;
por armas traen adargas y terciados;
tocas en la cabeza: y navegando,
añafles y flautas van tocando.

Con paños y con manos señalaban
a nuestros Lusitanos que esperasen;
ya las proas ligeras se inclinaban
para que junto de ellas amainasen;
la gente y marineros trabajaban,
como si aquí sus males se acabasen,
en recoger del mástil la vela alta;
y al soltar de la amarra, el mar la asalta.

Aun no habían ancorado, y ya la gente
extraña por las cuerdas se subía:
vienen con rostro alegre, y blandamente
el sabio capitán los recibía:
las tablas poner manda en continente,
y del licor que el dulce Baco cría
hinchén vasos de vidrio, y no desechan
los quemados del sol cuanto les echan.

Comiendo alegremente preguntaban
por la árabiga lengua, dó venían,
quién eran, de qué tierra, qué buscaban,
o qué partes del mar corrido habían:
a todo los del Luso les tornaban
las respuestas que entonces convenían:
«Los portugueses somos de Occidente,
que las tierras buscamos del Oriente.

»Del mar hemos corrido y navegado
la parte del Antártico y Calisto
toda la costa libia rodeado,
cielos y tierras varias hemos visto:
de un rey súbditos somos tan amado,
tan querido de todos y bien quisto,
que por él de la mar nada tememos
y hasta el Aqueronte abajaremos.

»Por mandado del cual a buscar vamos
la región oriental que el Indo riega;
por ella el mar remoto navegamos
que sólo de las focas se navega;
mas ya razón parece que sepamos,
si la cierta verdad no se me niega,
quién sois, qué tierra es ésta, y si hay señales
de las partes do vamos orientales.»

«Somos, luego un isleño respondiera,
en la tierra extranjeros y en la ley,
porque a los naturales los pusiera
Naturaleza aquí sin ley ni rey;
mas nosotros seguimos la que diera
el Profeta sagrado y gran Muley,
que no hay parte del mundo do no cuadre
hijo de madre hebrea y gentil padre.

»Aquesta isla pequeña que habitamos
es de toda la costa cierta escala
para los que los mares navegamos
de Quiloa, Mombaza y de Zofala;
que por ser necesaria procuramos
vivirla aunque entre gente bruta y mala,
y porque todo al fin se os notifique,
el nombre de la isla es Mozambique.

Y ya que de tan lejos navegando
buscáis el indo Idaspe y tierra ardiente,
no faltarán pilotos que guiando
vayan allá la flota sabiamente:
justo será que, un poco reposando,
toméis algún refresco; y que el regente
que gobierna la isla luego os vea
y de mantenimientos os provea.»

En acabando aquesto se tornara
a sus barcas el Moro y compañía:
del capitán y gentes se apartara
con muestras de debida cortesía.
Luego Febo en las aguas encerrara
con cristalino carro el claro día,
dando cargo a su hermana que alumbrase
el largo mundo mientras reposase.

La noche se pasó dentro en la flota
con extraña alegría no pensada
por hallar en la tierra tan remota
nueva de tanto tiempo deseada.
Entre sí cada cual discurre y nota
la manera, y la gente acá apartada,
y cómo los que en tal secta creyeron
tanto por todo el mundo se extendieron.

Los rayos de la Cintia se mostraban
en las aguas del mar manso seguras;
las estrellas sus orbes adornaban
cual campo revestido de frescuras;
los furiosos vientos reposaban
por las concavidades más obscuras,
más la gente del mar toda velaba,
como de tiempo atrás lo acostumbraba.

Y luego que la Aurora sonrosada
los rayos esparció de sus cabellos
en el sereno cielo, dando entrada
al Sol, que despertó por sólo vellos,
comienza a embanderarse nuestra armada
con gallardetes mil de seda bellos,
por recibir con fiestas y alegría
al regidor que a verla se partía.

Venía con su gente navegando
a ver las naos ligeras lusitanas,
trayéndoles refresco: en sí pensando
si son aquellas gentes inhumanas
que, las montañas Caspias habitando,
a conquistar las gentes asiáticas
vinieron, y por orden del destino
ganaron el Imperio a Constantino.

Recibió el capitán alegremente
al Moro con su grande compañía;
dale de ricas piezas un presente
que para aqueste efecto lo traía;
dale conservas dulces, y el ardiente
y no usado licor que da alegría:
el Moro lo recibe con contento
y el comer y beber tomó de asiento.

La marítima gente del gran Luso,
subida por la jarcia, está admirada
notando el extranjero modo y uso,
la habla tan confusa y enredada;
también el Moro astuto está confuso
mirando la color, traje y armada;
y preguntando al Gama, le decía
si venían acaso de Turquía.

Decíale también que ver desea
los libros de su ley, precepto y fe,
por ver si cual la suya aquélla sea,
o si cristianos son, como él lo crée;
y porque más lo note todo y vea,
al capitán le pide que le dé
la muestra de las armas de que usaban
cuando con enemigos peleaban.

El capitán responde valeroso,
por lengua que el arábigo entendía:
«Yo te descubriré no perezoso
quién soy, cuál es mi ley, qué armas traía.
Nunca en el Caspio tuve mi reposo,
ni de la gente vengo de Turquía:
soy de tierra de Europa belicosa,
busco la oriental parte tan famosa.

»La ley tengo de Aquel a cuyo imperio
obedece visible e invisible;
Aquel que crió todo el hemisferio,
todo lo que es sensible o insensible;
que padeció deshonor y vituperio
haciéndose de Dios hombre pasible,
y por nos abajó del cielo al suelo
por podernos subir del suelo al cielo.

»De aqueste Dios y hombre, alto, infinito,
los libros que me pides no los trayo,
que lo que está en el alma firme escrito
escribirlo en papel viene a soslayo:
si quieres ver las armas, tu apetito
se cumplirá, haciendo aquí un ensayo:
veráslas como amigo, y más me obligo
que no las quieras ver como enemigo.»

A los ministros manda diligentes
del almacén sacar las armaduras,
los arneses y petos relucientes,
mallas finas y láminas seguras,
escudos de pinturas diferentes,
espingardas de acero fino puras,
los arcos, las pelotas, las aljabas,
partesanas agudas, chuzas bravas.

Y del fuego las bombas, juntamente
de pólvora las ollas tan dañosas;
mas a los artilleros no consiente
dar fuego a las bombardas espantosas:
que el generoso ánimo excelente,
entre gentes tan pocas y medrosas,
no muestra cuanto puede, y con razón;
que es flaqueza entre ovejas ser león.

Todo lo nota y mira el sarraceno,
y aunque de fuera muestra algún contento,
un odio se le fragua allá en el seno,
un dañado rencor y pensamiento:
encúbrelo con rostro, al ver, sereno;
disimula con risa el fingimiento;
tratarlos blandamente determina
hasta poder mostrar lo que imagina.

Pilotos le demanda el fuerte Gama
por quien pueda a la India ser llevado,
aprometiéndole premio y grande fama
al que por él tomare este cuidado:
el Moro los promete, y se derrama
en su pecho un veneno tan dañado,
que muerte, si pudiese, en este día,
en lugar de pilotos le daría.

Fué la voluntad tal y el odio insano
que concibió contra estos pasajeros
porque siguen la ley del Soberano,
que cual lobo se arroja a los corderos:
secretos de la eterna y sacra mano
do los juicios quedan tan rateros,
que no falte Majencio que persiga
al que la ley de Dios abraçe y siga.

Con esto se partió, y su compañía,
el Moro, de las naves despedido,
con engañosa y grande cortesía,
con alegre semblante aunque fingido.
Los esquifes navegan por la vía
más breve de Neptuno, y recibido
en tierra de un ilustre ayuntamiento,
el regidor camina a su aposento.

Mas viendo desde el cielo el gran Tebano,
de la paterna corva renacido,
aqueste bando nuestro Lusitano
ser del moro envidioso aborrecido,
un engaño revuelve falso, insano,
con que de todo quede destruído,
y en cuanto allá en el pecho el hecho urdía,
esto consigo a sí, sin sí, decía:

«¿Está del hado ya determinado
que victorias tan grandes y famosas
hayan los Portugueses alcanzado
de las gentes del Indo belicosas,
y yo, hijo del padre sublimado,
con tantas cualidades generosas,
he de sufrir que el hado favorezca
otro por quien mi nombre se obscurezca?

»Ya quisieran los dioses que tuviera
el hijo de Felipe en esta parte
tanto poder que al yugo la rindiera
con sangrienta batalla y fiero Marte.
¿Mas hase de sufrir que el hado quiera
a tan poquitos dar tal fuerza y arte
que con el Macedonio y el Romano
tenga lugar el nombre Lusitano?»

»No será así, porque antes que llegado
el capitán se vea, astutamente
le tendré tanto engaño fabricado
que no pase a las partes del Oriente:
a tierra bajaré, y el indignado
pecho revolveré de aquesta gente:
que aquel sigue la vía más derecha
que del tiempo oportuno se aprovecha.»

En diciendo esto, con la rabia y saña
a la africana tierra se apresura,
y vestido de traje y forma extraña,
hacia el Praso se encierra en la espesura;
para mejor trabar esta maraña,
se transforma y emboza en la figura
de un moro en Mozambique conocido,
viejo, sabio, del jeque muy querido.

Y entrándole a hablar a tiempo y horas
para su falsedad acomodadas,
le dijo que eran gentes robadoras
las que de nuevo al puerto son llegadas,
y cómo las naciones moradoras
de toda aquella costa son robadas
por ellos desde el punto que pasaron
y con fingida paz allí ancoraron.



Kostka, pintó

Goldberg, sc.

Huyendo el moro, el arco va flechando
sin fuerza, de cobarde, y presuroso
la piedra y cuando toca atrás echando;
que el furor arma a veces al medroso:

Canto I, Estr. 91.

«Y sabe más, le dijo: que entendido de aquéstos tengo ser sanguinolentos, que con robos el mar han destruído, con incendios y asaltos truculentos; y algún engaño traen de atrás urdido contra nosotros, porque sus intentos no son sino robarnos y matarnos, las mujeres e hijos cautivarnos.

»También sé cómo está determinado de mañana saltar por agua en tierra el capitán, de gente acompañado, que do hay mala intención el miedo afierra: tú debes de llevar tu campo armado y en celada ponerle oculta guerra, que saliendo su gente descuidada caerá sobre seguro en la celada.

»Y cuando no quedaren de este hecho o perdidos o muertos totalmente, yo tengo ya tramado acá en mi pecho un engaño y ardid que te contente: piloto le darás que a algún estrecho o peligro los lleve tan patente, que, sin poder valerse, sean metidos do queden rotos, muertos o perdidos.»

Luego como acabó el razonamiento, el Moro, en tales casos sabio y viejo, los brazos le echa al cuello con contento, agradeciendo mucho aquel consejo, y manda que se apreste en un momento para la guerra el bélico aparejo, porque así al Portugués se le tornase en sangre roja el agua que buscase.

Y más para el engaño maquinado,
un moro por piloto le buscaba,
sagaz, astuto, diestro, sabio, osado,
de quien pueda fiar lo que pensaba:
avísale que esté muy recatado
de que la flota lleve a mar tan brava
de que, si aquí escapare, allá adelante
vaya a caer do nunca se levante.

Ya el apolíneo rayo visitaba
los Nabateos montes encendido,
cuando el Gama saltar determinaba
en la tierra, por agua apercebido:
la gente en los bateles se aprestaba,
cual si el engaño fuera ya sabido,
mas puede sospecharse fácilmente,
que el corazón fïel a pocos miente.

Y más porque enviado había a la tierra
antes por el piloto necesario
y le fué respondido en son de guerra,
de lo que imaginaba muy contrario:
por esto, y porque sabe cuánto yerra
el capitán que popa a su adversario,
apercebido va como podía
en solos tres bateles que tenía.

De los moros que andaban por la playa,
por defender el agua deseada,
cuál con escudo viene y azagaya,
cuál con arco y saeta enarbolada:
esperan que la gente a tierra vaya
otros muchos ya puestos en celada,
y por poder mejor coger la caza,
unos muy pocos sirven de añagaza.

Por la ribera andaban arenosa
aquellos pocos moros blandiendo
el adarga y la lanza sanguinosa,
los fuertes Portugueses provocando;
mas no sufre la gente belicosa
que los perros les anden más ladrando:
cada cual salta a tierra tan ligero
que no se conoció cuál fué el primero.

Cual en el coso estando el firme amante,
a vista de su dama deseada,
el toro busca, y puesto ya delante,
lo burla, corre y salta y da palmada;
mas el fiero animal en ese instante,
con la frente cornígera inclinada,
corre, y aunque al correr los ojos cierra,
mata al que topa, hiere y bate en tierra:

Ya en los bateles fuego se levanta
de fogosa y ardiente artillería,
la pelota derriba, el ruido espanta,
el aire con el humo se cubría,
el corazón del moro se quebranta,
la sangre un temor grande le resfría,
escapa el escondido por ligero
y muere el descubierto aventurero.

Con esto nuestra gente no pagada,
siguiendo la victoria, hiere y mata:
la población sin muro no guardada
con el fuego la tala y desbarata;
el jeque llora ya la cabalgada,
que bien pensó comprarla más barata:
blasfema de la guerra, y maldecía
al viejo flaco y la que el hijo cría.

Huyendo el moro, el arco va flechando
sin fuerza, de cobarde, y presuroso
la piedra y cuanto topa atrás echando,
que el furor arma a veces al medroso:
la isla toda van desamparando
con paso en el huir no vagaroso,
cortando otros del mar un paso estrecho,
que el serlo les fué harto de provecho.

Unos van en las barcas bien cargadas,
otro lo pasa a nado diligente,
cuál se ahoga en las ondas levantadas,
cuál bebe el mar y lo echa juntamente;
aniegan las menudas bombardadas
las llenas barcas de esta bruta gente:
de esta arte el Portugués al fin castiga
la gente de virtud y fe enemiga.

Victoriosos vuelven a la armada
con despojo de guerra y muy temidos;
salen a su placer a hacer aguada
sin hallar resistencia en los huídos;
queda la perra gente lastimada
y en odio antiguo todos encendidos:
para tomar venganza de este daño
quieren luego intentar esotro engaño.

Paces envía a pedir arrepentido
el regidor de aquella falsa tierra,
y sin poder de nadie ser sentido,
en son de paz el moro le envía guerra,
porque el falso piloto ha prometido,
cuyo pecho el forjado engaño encierra,
para darnos la muerte lo enviaba
como en señal que paces procuraba.

El capitán, que ve cuánto conviene
proseguir el camino comenzado,
que tiempo bueno y viento blando tiene
para buscar el Indo deseado,
el piloto recibe que le viene
mostrándose del odio ya olvidado:
despide al mensajero con contento
y manda luego dar velas al viento.

Partida de la costa nuestra armada,
las ondas de Anfitrite dividía,
de las hijas de Néreo acompañada,
fiel, alegre y dulce compañía:
el diestro capitán, que la tramada
tela del falso moro no entendía,
del mañoso piloto se informaba
de los mares y puertos que pasaba.

Mas el moro, instruído en los engaños
que el malévoló Baco le enseñara,
de muerte o cautiverio graves daños,
antes de ir a la India, le prepara:
del indiano puerto ha muchos años
que tenía noticia, le declara;
creyendo ser verdad lo que decía,
de nada el fuerte Gama se temía.

Dícele más, con falso pensamiento
con que Sinón engaña a los troyanos,
que habla cerca una isla cuyo asiento
fuera siempre habitado de cristianos:
el capitán, que con su sano intento
no ve ser dichos locos y livianos,
con dádivas muy grandes le rogaba
lo guíe (donde el moro lo guiaba).

Lo mismo el falso moro determina
que el seguro cristiano le demanda,
que en la isla que dice estar vecina
vive gente de secta cruel, nefanda:
aquí el engaño y muerte le imagina
porque en fuerza a su isla esta isla manda,
que es mayor en poder: la cual se llama
Quiloa, conocida por la fama.

Inclinábase allá la alegre flota;
mas la diosa de Pafos celebrada,
viendo cómo dejaba su derrota
por buscar a la muerte no pensada,
no consiente que en tierra tan remota
perezca gente de ella tanto amada
y con contrarios vientos la desvía
de do el piloto falso la metía.

Mas el malvado moro, no pudiendo
llevar este propósito adelante,
otra maldad y engaño revolviendo
en su resolución mala constante,
dícele que en las aguas discurriendo
lo llevará por fuerza allá delante
donde hay una isla cerca cuya gente
son cristianos y moros juntamente.

También en esto el moro le mentía
cual por aviso y orden lo llevaba,
que aquí gente de Cristo no vivía,
mas la que el Mahometa celebraba;
el capitán, que en todo le creía,
las velas vuelve, la isla demandaba:
mas no queriendo Venus, no tomaron
la isla: en el mar alto se ancoraron.

A tierra está la isla tan llegada
que sólo la divide un breve estrecho:
una ciudad en ella situada,
que a la orilla del mar hace repecho,
de nobles edificios fabricada,
un muro al derredor muy fuerte hecho:
isla y ciudad se llaman de una suerte:
Mombaza; el rey que tiene es viejo y fuerte.

Pues siendo el capitán aquí llegado,
extrañamente alegre porque espera
poder gozar del pueblo bautizado,
como el falso piloto le dijera;
de tierra esquifes vienen, y un recado
del rey, que ya sabía qué gente era,
que Baco muy más antes le avisara
en forma de otro moro que tomara.

El recado que traen era de amigos,
mas debajo el veneno está encubierto,
que eran los pensamientos de enemigos
cual lo mostró el engaño descubierto.
¡Oh cuán ciertos son, Muerte, tus postigos!
¡Oh camino de vida nunca cierto,
que do la gente pone su esperanza
la vida tiene menos confianza!

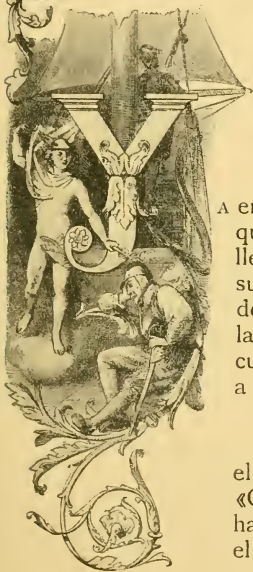
Tanta tormenta en mar y tanto daño,
tantas veces la muerte apercebida,
tantas guerras en tierra y tanto engaño,
tanta necesidad aborrecida:
¿dónde se acogerá de mal tamaño,
dónde estará segura nuestra vida,
si contra un gusanillo vil del suelo
se indigna, se levanta, se arma el cielo?



CANTO SEGUNDO

A en este tiempo el délfico planeta,
que en horas el día claro va partiendo,
llegaba a la Tartesia, cierta meta,
su luz del universo recogiendo:
de la casa marítima y secreta
la puerta el dios nocturno le está abriendo,
cuando las gentes pérfidas llegaron
a los que poco había que ancoraron.

Uno, que entre ellos trae encomendado
el mortífero engaño, así decía:
«Capitán valeroso, que cortado
has de Neptuno el reino y larga vía,
el rey de aquesta tierra alborotado
por tu venida está con alegría,
y no desea más que regalarte,
verte, y de necesario reformarte.



»Y porque está en extremo deseoso
de verte como a cosa señalada,
te ruega que, de nada receloso,
entres la barra tú y toda tu armada:
y porque del camino trabajoso
traerás la gente débil y cansada,
convidate a que quieras regalarla,
pues tienes en la tierra do hospedarla.

»Y si buscando vas mercaduría
que produce el aurífero Levante,
canela, clavo, ardiente especería,
o droga salutífera, al instante
con toda la luciente pedrería
de rubí, de carbunco, de diamante,
aquí lo hallarás, y tan sobrado,
que puedas poner fin a tu cuidado.»

Al mensajero el capitán responde,
las palabras del rey agradeciendo,
que porque ya en el mar el Sol se esconde,
no entra para adentro obedeciendo:
mas luego que la luz muestre por dónde
la flota pueda ir salva el mar rompiendo,
cumplirá su mandado sin recelo,
que a más que esto le obliga amor y celo.

Pregúntale después si hay en la tierra
cristianos, como el moro le decía;
el mensajero astuto, que no yerra,
dice que la más gente en Dios creía:
de esta suerte del pecho le destierra
la sospecha y la cauta fantasía:
por donde el capitán seguramente
se fía, siendo fiel, de la infiel gente.

Y de algunos que vienen condenados
por culpas y por hechos vergonzosos,
porque pudiesen ser aventurados
en casos de esta suerte peligrosos,
dos envía sagaces y ensayados
que noten de los moros engañosos
su ciudad y poder, y porque vean
los cristianos que tanto ver desean.

Que le lleven al rey presentes manda
porque la voluntad que le mostraba
la conserve segura, limpia y blanda
(aunque bien al contrario en todo estaba):
ya la gente del moro va a la banda
y la nuestra con ella el mar cortaba:
fueron con rostros ledos y fingidos
en tierra los dos nuestros recibidos.

Y luego que al rey moro presentaron
el recado y presentes que traían,
a la ciudad se fueron y notaron
mucho menos de aquello que querían,
porque los falsos moros se guardaron
de mostrarles lo que ellos pretendían,
que do está de malicia lleno el seno,
recela que la tiene el pecho ajeno.

Mas aquel que la fresca primavera
en su rostro conserva, y fué nacido
de madres dos; que aqueste engaño urdiera
por ver al navegante destruído,
en una casa estaba allá defuera
con bulto humano y hábito fingido
mostrándose cristiano, y fabricaba
un altar suntuoso que adoraba.

Tenía en un retrato figurada
del Espíritu Santo la pintura:
la palomica blanca dibujada
sobre la santa Fénix Virgen pura:
la demás compañía está pintada
de los doce, y tan varia su figura,
cual los que, de las lenguas que cayeron
de fuego, varias lenguas refirieron.

Aquí los Lusitanos conducidos,
donde con este engaño Baco estaba,
las rodillas en tierra y los sentidos
en Dios ponen que el mundo gobernaba.
Olores excelentes producidos
en la fértil Pancaya a Dios quemaba
el embustero Baco, y aunque artero,
el falso dios adora al verdadero.

En esta casa quedan hospedados
con honesto y mediocre tratamiento
los cristianos, sin ver cómo engañados
los tiene el falso y santo fingimiento;
mas en siendo los rayos derramados
por el mundo de Febo, en un momento
se muestra al horizonte refulgente
la esposa de Titón con roja frente.

Van de tierra los moros, y recado
llevan del rey porque entren, y consigo
los dos que el capitán había enviado
a quien se mostró el rey sincero amigo;
y siendo el fuerte Gama asegurado
que recelo no tenga de enemigo,
y que gente de Cristo en tierra había,
dentro el salado río entrar quería.

Dicen los que envió que en tierra vieron
un santo sacerdote y templo santo,
que en él se aposentaron y durmieron
en cuanto cubrió al mundo el negro manto;
cómo en el rey y pueblo no sintieron
sino grande contento y gusto tanto,
que no puede allí cierto haber sospecha
en la muestra de amor tan clara hecha.

Por esto con contento señalado
recibe el capitán cuantos venían,
que el generoso pecho es confiado,
y más aquestas muestras le hacían:
las naos hinche el pueblo renegado,
al bordo los bateles se venían:
alegres vienen todos porque entienden
que tienen ya la presa que pretenden.

De secreto en la tierra aparejaban
armas y municiones para cuando
viesen que los navíos ancoraban,
que con ellas en ellos fuesen dando,
porque con tal traición determinaban
atajar el camino al Luso bando
y que preso pagase de esta suerte
a los que en Mozambique les dió muerte.

Las áncoras andaban levantado
con grito de la mar acostumbrada
y las velas de proa al viento dando
gobiernan a la barra señalada;
mas la bella Ericina que guardando
aquesta gente andaba sublimada,
la celada notando tan secreta,
del cielo al mar bajó como saeta.

De Nereo llamó las hijas bellas
con toda la cerúlea compañía,
que porque nació en aguas manda en ellas
y a su mandado el mar obedecía.
El caso les contó para movellas
y, movidas, con todas se partía
a estorbar que la armada no llegase
adonde para siempre se acabase.

Ya con la grande priesa levantando
van en las blancas ondas blanca espuma:
Doto la mar a nado va cortando
más veloz que en el aire va una pluma;
salta Nise, Nerine va volando,
descubriendo al nadar su fuerza suma:
camino abren las aguas, temerosas
de ver ir las nereidas presurosas.

En hombros de un tritón hermoseada
va la linda Dione furiosa:
no siente el que la lleva si es pesada,
de soberbio, con carga tan hermosa:
ya llegan donde está a pique la armada
de entrarse por la barra peligrosa:
repártense y rodean en un instante
las más ligeras naos de delante.

Pónese con las otras en derecho
la diosa de la proa capitana,
y cerrándole el paso, que es estrecho,
aunque con viento en popa ésta se llana,
al duro palo arrima el blando pecho
y atrás la echó con fuerza soberana:
otras alrededor la levantaron
y fuera de la barra la arrojaron.

Cual suelen las hormigas al estío,
llevando el peso grave acomodado,
ejercitar las fuerzas, porque al frío
el alimento gocen que han juntado;
trabajan sin cesar con maña y brío,
descubren un vigor nunca pensado:
tales andan las ninfas libertando
al Luso del peligro miserando.

Vuelve la nao atrás y al mar se hace
a pesar del piloto que, gritando
«Amaina velas», rabia y se deshace
acá y allá el timón atravesando;
el astuto maestro, a quien desplace
la vuelta, de un peligro está temblando,
que un horrible peñasco está delante
y teme en él la nao no se quebrante.

Confusa vocería se levanta
entre la chusma que al voltar trabaja:
el grito y alarido al moro espanta,
y cual si fuera en guerra, así se ataja:
no sabe la razón de furia tanta,
teme si le aparejan la mortaja,
piensa ver sus engaños descubiertos
y que serán por ellos todos muertos.

Con temor y sospecha se arrojaban
a las ligeras barcas que traían;
otros el mar en alto levantaban
saltando en él y a nado se acogían;
de un bordo y otro aquí y allí se echaban
con miedo del horrible son que oían,
que antes quierèn al mar aventurarse
que a manos de los nuestros entregarse.

Cual en arroyo, charco o en laguna
las ranas (que ya fueron licia gente),
cuando sienten venir persona alguna
si a la ribera están incautamente,
saltan de dos en dos y de una en una,
de aquí y de allí, huyendo el mal presente,
y en el agua se cubren por gran pieza
mostrando solamente la cabeza:

Tales huyen los moros; y el piloto
que la flota a peligro tal guiara,
temiendo por su engaño el alboroto,
al agua se arrojó como una jara;
mas porque en el peñasco no sea roto
el navío, y la vida pierdan cara,
las amarras soltó la capitana,
y las demás las sueltan muy de gana.

Viendo el ilustre Gama la extrañeza
de moros no pensada, y juntamente
el piloto huirle con presteza,
el engaño entendió de aquella gente,
pues sin ningún contraste ni braveza
de vientos, sin haber del mar corriente,
la flota ir adelante no podía.
Creyendo ser milagro, así decía:

«¡Oh caso grande, extraño, no pensado!
¡Milagro de la mano de Dios hecho!
¡Oh descubierto engaño inopinado!
¡Oh de gente maligna perro pecho!
¿Quién pudiera del mal de atrás forjado
librarse, puesto ya en tan grande estrecho,
si de arriba la guarda soberana
no ayudara a la flaca fuerza humana?»



Begas, pintó

Linder, sc.

Y de estas blandas muestras conmovido,
que movieran de un tigre el pecho duro,
con un alegre-rostro esclarecido,
con que serena el aire más oscuro...

Canto II, Estr. 42.

»Bien muestra la divina Providencia
de estos puertos la poca confianza:
bien claro lo hemos visto en la apariencia
cuán engañada fué nuestra esperanza;
mas, pues saber humano ni prudencia
tan fingidos engaños nunca alcanza,
¡oh tú, divina Guarda!, ten cuidado
de quien sin ti no puede ser guardado.

»Y si la piedad te mueve a tanto
de esta mísera gente peregrina
que por tu favor grande y celo santo
fué libre de esta costa tan malina,
a algún puerto, después de tal quebranto,
llevarnos, Rey eterno, determina,
o muéstranos la tierra que buscamos,
pues que por tu servicio navegamos.»

Oyóle estas palabras tan piadosas
la hermosa Dione, y, conmovida,
de las nereidas parte, que llorosas
quedaron de tan súbita partida;
penetra las estrellas luminosas,
y en la tercera esfera recibida,
pasa hasta llegar al sexto cielo,
y cesa, do está Júpiter, su vuelo.

Y como va cansada del camino,
tan hermosa en el gesto se mostraba,
que estrellas, aire y cielo más vecino
con su dulce mirar enamoraba;
del asiento de Amor, ciego y menino,
espíritus tan vivos inspiraba,
que los helados polos encendía
y el esférico fuego frío volvía.

Pues para más prender al soberano
Padre, de quien fué siempre amada y cara,
en la forma le habla que al Troyano
en el monte de Ida le hablara:
si la viera el montero que el humano
ser pierde, viendo a la otra en la agua clara,
no esperara que perros le mataran,
que deseos primero lo acabaran.

Los rubios hilos de oro se esparcían
por el cuello más blanco que la nieve,
y los rifeos montes se movían
al andar, donde amor todo se embebe;
de su cintura llamas le salían
donde su muerto fuego el amor cebe;
por las lisas columnas le trepaban
deseos, que cual hiedra se enredaban.

Con delgado cendal las partes cubre
de quien es la vergüenza su reparo;
mas ni todo lo esconde, ni descubre,
el velo de tal bien no nada avaro:
despierta los deseos lo que encubre
y más lo que descubre el velo raro;
ya se sienten del cielo en toda parte
los celos en Vulcano, amor en Marte.

Y mostrando en su angélico semblante
una risa y tristeza mal mezclada,
como dama que ha sido de su amante
en amorosas burlas maltratada,
que se queja y se ríe en un instante
y se muestra entre alegre lastimada,
así la diosa, a quien ninguna iguala,
con el supremo padre se regala.

«Siempre, dice, entendí, padre piadoso,
que a las cosas que yo de pecho amase
afable te hallara y amoroso,
puesto que a algún contrario le pesase;
mas, pues que contra mí te veo rabioso
sin te lo merecer, ni sin que errase,
hágase lo que Baco determina,
que yo me quedaré para mohina.

» Este pueblo, señor, por quien derramo
las lágrimas que en vano caídas veo,
que asaz de mal lo quiero, pues que lo amo,
siendo tú tan contrario a mi deseo:
por él te ruego, imploro, lloro y clamo
y contra mi ventura en fin peleo;
pues por quererle bien es maltratado,
quiero quererle mal: será guardado.

» Mas ¡ay! que está entre manos de unas gentes
y pues fuí yo...» Y en esto, de mimosa,
el rostro baña en lágrimas ardientes
cual con rocío está la fresca rosa:
un poco calla, como si entre dientes
le impidieran la habla lastimosa;
y queriendo con ella ir adelante
la plática le ataja el gran Tonante.

Y de estas blandas muestras conmovido,
que movieran de un tigre el pecho duro,
con un alegre rostro esclarecido
con que serena el aire más obscuro,
las lágrimas le limpia y encendido
la besa, el cuello abraza liso y puro,
de modo que si allí solo se hallara,
otro nuevo Cupido se engendrara.

Con el suyo apretando el rostro amado
que sollozos y lágrimas aumenta,
como niño del ama castigado,
que quien le limpia el lloro lo acrecienta;
por ponerle en sosiego el pecho airado,
muchos casos futuros le presenta:
del hado las entrañas revolviendo,
de esta manera al fin le está diciendo:

«No temáis, dulce hija y bella diosa,
algún peligro a vuestros Lusitanos,
ni que pueda conmigo alguna cosa
más que esos vuestros ojos soberanos:
por ellos os prometo, Dione hermosa,
que en olvido veáis griegos y romanos
por los ilustres hechos que esta gente
ha de hacer en tierras del Oriente.

»Que si el facundo Ulises se ha escapado
de ser en la isla Ogigia eterno esclavo;
si Antenor ha los senos penetrado
ilíricos, y fuente de Timavo;
Eneas, si por pío ha navegado
de Escila y de Caribdis el mar bravo,
éstos, mayores cosas intentando,
nuevos mundos al mundo irán mostrando.

»Fortalezas, ciudades y altos muros
por ellos veréis, hija, edificados;
los turcos ferocísimos y duros
de ellos presos serán y destrozados;
los reyes de la India más seguros
a vuestro rey veréis ser sojuzgados,
y por ellos del todo en fin señores,
a las tierras darán leyes mejores.

»Veréis éste que ahora presuroso
el Indo con tal miedo va buscando
temblar después Neptuno ante él medroso,
sin tempestad las aguas encrespado.
¡Oh caso nunca visto milagroso,
que tema y hierva el mar en calma estando!
¡Oh fuerte gente de altos pensamientos
de quien temen los mismos elementos!

»Y la tierra que el agua le impedía
aun ha de ser un puerto muy decente
do reciban refresco en larga vía
las naos que vinieren de Occidente,
y toda aquesta costa que tejía
el engaño mortífero, obediente
le pagará tributo, conociendo
no poder resistir al Luso horrendo.

»Y veréis el mar Rojo tan famoso
tornársele amarillo de turbado;
veréis de Ormuz el reino poderoso
dos veces ser perdido y dos ganado:
allí veréis el bárbaro furioso
de sus mismas saetas traspasado,
porque quien va contra ellos claro vea
que, si resiste, contra sí pelea.

»Veréis la inexpugnable Dío fuerte
con dos cercos, y dentro al Lusitano,
donde descubrirá su precio y suerte
el valor de las armas más que humano:
envidiosos veréis al Marte y muerte
por ver al Luso vuelto en soberano:
del moro allí será la voz extrema
la con que de Mahoma infiel blasfema.

»De los moros será Goa ganada,
la cual vendrá después a ser señora
de todo el Oriente, y sublimada
con gloria de la gente vencedora:
allí, soberbia, altiva y ensalzada,
al gentil que los ídolos adora
duro freno pondrá, y aun a la tierra,
que a los vuestros mover pensaba guerra.

»Veréis la fortaleza sustentarse
de Cananor con poca fuerza y gente:
veréis a Calicut desbaratarse,
populosa ciudad y muy potente;
en Cochín se verá también mostrarse
un pecho tan altivo e insolente,
que cítara jamás cantó victoria
que así merezca eterno nombre y gloria.

»Nunca con fiero Marte sanguinoso
así hirió Leucate cuando Augusto
en las guerras civiles animoso
al capitán venció romano injusto
que de la oriental parte, y del famoso
Nilo, del Bactra escítico y robusto
la victoria traía y presa rica,
preso él de la Gitana no pudica:

»Como veréis el mar con tal suceso
hervir viendo los vuestros peleando,
llevando en su triunfo el moro preso
y al idólatra bárbaro allanando,
y sujeta la rica Quersoneso
hasta el remoto China navegando,
las islas más ocultas del Oriente
descubrirá, y al dios del gran Tridente.

»De modo, hija mía, que en tal hecho
esfuerzo mostrará mayor que humano,
que nunca se verá tan fuerte pecho
del Gangético mar al Gaditano,
de las boreales ondas al estrecho
que enseñó el injuriado lusitano,
puesto que en todo el mundo de afrentados
resucitasen todos los pasados.»

Y con esto acabó, y al consagrado
Cileno envía a la tierra porque tenga
un pacífico puerto aparejado
do la flota sin miedo alguno venga;
y para que en Mombaza el engañado
del moro, capitán no se detenga,
le manda que entre sueños le aparezca
y que de allí se vaya, no perezca.

Mercurio por el aire se arrojaba
con alas que ocasión le da y ofrece;
consigo la fatal vara llevaba,
que los cansados ojos adormece;
del infierno con ella a luz sacaba
las almas, luego el viento le obedece:
llevaba su sombrero acostumbrado,
y a Melinde de esta arte fué llegado.

Consigo trae la fama, porque diga
del Lusitano el precio grande y raro,
que el nombre ilustre a un cierto amor obliga
y hace al que lo tiene amado y caro:
de este arte va ganando gente amiga
con rumor famosísimo y preclaro:
que Melinde en deseos arde todo
de ver la fuerte gente, el gesto, el modo.

De allí para Mombaza luego parte,
donde las naos estaban temerosas,
para avisar la gente que se aparte
de las tierras del moro sospechosas,
porque muy poco vale esfuerzo y arte
contra las voluntades engañosas:
no vale corazón, astucia y maña,
si el cielo no descubre la maraña.

A su mitad la noche había llegado
y el cielo con la luz del sol ajena
la tierra un buen espacio había alumbrado
cuando la gente duerme más sin pena.
El capitán ilustre, fatigado
de largas centinelas dar ordena
a los ojos reposo, pues velaba
por sus cuartos la gente y reposaba.

Cuando Cileno en sueños le aparece
gritando: «Huye, huye, Lusitano;
mira que la tardanza mucho empece
para el fin que te apresta el cruel tirano;
huye, que el viento ya te favorece,
el tiempo y mar te dan camino llano
y te espera otro rey en mejor parte
a do puedes seguro regalarte.

»El hospicio que aquí está aparejado
es tal cual el cruel Diomedes daba,
haciendo ser manjar acostumbrado
de caballos la gente que hospedaba.
Las aras do Busiris endiablado
el huésped con morir sacrificaba
tendrás ciertas aquí si mucho esperas:
huye con priesa, huye estas riberas.

»Vete a par de la costa discurriendo:
hallarás otra tierra más humana
cerca de donde iguala el Sol luciendo
el tiempo con el tiempo de su hermana:
allí tu flota alegre recibiendo
un rey, con voluntad y amistad sana,
regalará tu bando laso y roto
y te dará al partir sabio piloto.»

Acabó de la Maya el hijo, y luego
el capitán despierta con espanto:
ve la negra tiniebla con gran fuego
de una súbita luz y rayo santo,
y viendo que no es tiempo de sosiego,
ni de en tierra tan mala estarse tanto,
al maestre despierta, y le mandaba
dar las velas al viento que soplaba.

«Alza la vela, dice, al blando viento,
que ya nos favorece y Dios lo manda,
que un mensajero vi del claro asiento
que en favor de la flota y nuestro anda.»
Levántase con esto un movimiento
de marineros de una y otra banda:
las áncoras levantan luego en alto,
mostrándose ninguno en fuerza falto.

Al tiempo que las áncoras alzaban
con la noche los moros escondidos
las maromas secreto les cortaban
porque den a la costa destruídos:
mas no duermen los lince que velaban
de recato y recelo apercebidos,
y como recordados los sintieron,
volando y no remando les huyeron.

Ya las ligeras proas van cortando
los caminos del húmedo Neptuno;
Gallego les soplaba manso y blando
con movimiento lleno y no importuno:
en los casos pasados van hablando,
que no se olvidarán en tiempo alguno
los peligros do fué siempre perdida
la vida, y por milagro guarecida.

Diera una vuelta al mundo el sacro Apolo,
a segundar comienza, cuando vieron
con soplos amorosos del Eolo
dos bajeles venir que al mar huyeron:
corren por darles caza, y uno solo
tomaron de los dos que persiguieron,
que el otro con temor se recelaba
y a costa, por salvar la gente, daba.

Mas el que se quedó, no tan mañoso,
en las manos cayó del Lusitano
sin el rigor de Marte furioso
y sin la furia horrenda de Vulcano,
que como fuese débil y medroso
de mora gente y flaco pecho humano,
no resistió, y si acaso resistiera,
más daño resistiendo recibiera.

Y como el fuerte Gama desease
guía para la India que buscaba,
pensó que en estos moros la hallase,
mas no le sucedió como pensaba:
que entre ellos no halló quien le enseñase
a qué parte del cielo el Indo estaba,
mas de un pueblo le dicen no remoto,
Melinde, donde habrá cierto piloto.

De cuyo rey los moros alababan
la condición, bondad, sincero pecho;
su gran magnificencia entronizaban,
con que a cualquiera tiene satisfecho.
El capitán, que ve que concordaban
con lo que le dijera de este hecho
en los sueños Cíleno, se partía
adonde el sueño y moro le decía.

Era en el tiempo alegre, cuando entraba
en el Toro la luz clara y febea,
cuando uno y otro cuerno le quemaba
y Flora derramaba el de Amaltea:
la memoria del día renovaba
el Sol que el mundo en torno ve y rodea,
en que aquel de quien es el mundo efecto
puso a cuanto crió sello perfecto.

Cuando llega la flota a aquella parte
de do el Melinde reino aparecía,
de toldos adornada por tal arte,
que bien muestra guardar el santo día,
el gallardete vuela y estandarte
con la roja color que el ostro cría;
suenan los atambores y panderos,
y surgen en la barra los guerreros.

Llena estaba la playa melindana
de gente que salía a ver la armada,
gente más verdadera y más humana
de cuantas esta costa está poblada.
Entra dentro la flota Lusitana,
echan al fondo el áncora pesada,
un moro va de aquellos que tomaron
a dar noticia al rey como llegaron.

Mas informado el rey de la nobleza
que al pueblo Portugués tanto engrandece,
estima el darles puerto a tanta alteza
cuanta el bando del Luso la merece,
y con ánimo pío y real pureza,
que más al pecho ilustre lo ennoblece,
les envía a rogar que se saliesen
y que de tierra y reino se sirviesen.

Eran ofrecimientos verdaderos
y palabras sinceras no dobladas
las con que el rey convida a los guerreros
que tantas leguas tienen navegadas:
envíales con esto cien carneros,
cien gallinas domésticas cebadas,
las frutas que la tierra entonces cría,
con voluntad que el don grande excedía.

Recibe el capitán alegremente
el mensajero ledo y su recado,
y respode al presente con presente,
que para el rey de atrás lo trae guardado:
fina escarlata de color ardiente,
el ramoso coral fino, preciado,
que dentro de las aguas blando crece,
y como sale de ellas se endurece.

Va con él un facundo mensajero
que con el rey las paces entablase
y que de no saltar luego el primero
en tierra el capitán le disculpase.
Llegado el orador do al verdadero
amigo en voluntad se presentase,
con gracia que Minerva le influyera
al blando rey habló de esta manera:

«Sublime rey a quien del cielo puro
fué de suma justicia concedido
refrenar al soberbio pueblo duro
no menos siendo amado que temido,
como a puerto quieto y muy seguro
en todo el Oriente conocido
venimos a buscarte, porque hallemos
el remedio por ti que pretendemos.

»No somos robadores que pasando
por los pueblos y villas descuidadas
con hierro y fuego gentes van matando
por coger las haciendas deseadas;
mas de la fuerte Europa navegando
buscamos las regiones apartadas
del Indo poderoso, por mandado
de un rey a quien servimos sublimado.

»¿Qué género tan duro habrá de gente,
qué bárbaro uso, o qué costumbre ordena
al arrojado en mar no solamente
el puerto prohibirle, mas la arena?
¿Qué pecho, qué intención en nos se siente
de razón y virtud ser tan ajena,
que se conjuren todos con fingidos
lazos ver estos tristes destruidos?

»Tú solo en quien de cierto confiamos
hallarse más verdad, de rey benino,
y por ella tener de ti esperamos
el ayuda que el Ítaco de Alcino:
a tu seguro puerto navegamos
traídos del intérprete divino,
que pues a ti nos guía, está muy claro
ser tu pecho sincero, humano y raro.

»Y no pienses, oh rey, que no saliese
el fuerte capitán esclarecido
a verte y a servirte, porque vieses
o sospechase en ti pecho fingido;
más hácelo, señor, porque cumplierse
el regimiento en todo obedecido
de nuestro rey, que manda que no vaya,
siendo surta la flota, a puerto o playa.

»Y pues es del vasallo el ejercicio
el del miembro de arriba gobernado,
no quieras, pues de rey tienes oficio,
que nadie de su rey quiebre el mandado:
bien ve que tu merced y beneficio
a todos ya él nos ha tanto obligado
que erraran si no te obedecieren
en cuanto para el mar los ríos corrieren.»

Así habló, mas todos juntamente,
entre sí de la plática hablando,
el pecho alaban mucho de tal gente
que tanta tierra y mar va navegando;
alaban a su príncipe que, ausente,
los está en esta parte gobernando,
y tienen por valor grande y subido
ser de ellos en ausencia obedecido.

El rey, con un semblante blando y ledo,
responde al orador, que mucho estima:
«La sospecha quitad, no tengáis miedo,
que no será razón que en mí se imprima.
De vuestro pecho y obras yo tal quedo
prendado, que los tengo en grande estima,
y el que os hizo molesto tratamiento
fué porque le faltó conocimiento.»

» De no salir a tierra vuestra gente,
por conservar mejor su preeminencia,
aunque me pena y pesa extrañamente,
tengo en mucho tener tanta obediencia;
mas si el orden aquesto no consiente,
ni yo consentiré que la excelencia
de pechos tan leales se deshaga
porque a mi voluntad se satisfaga.

» Mas luego que mañana sea llegada
la luz del sol al mundo, en almadías
a visitar iré la fuerte armada
conocida por fama ha muchos días,
y si viene del mar desbaratada
de furiosos vientos, largas vías
aquí tendrá de limpios pensamientos,
piloto, munición, mantenimientos.»

Con esto ya en las aguas se escondía
el hijo de Latona; el mensajero
con la respuesta alegre se partía
a la flota, cortando el mar ligero.
Los pechos todos se hinchen de alegría
por tener el remedio verdadero
para hallar la tierra que buscaban,
y con esto la noche festejaban.

No les faltan los rayos de artificio,
los trémulos planetas imitando;
los bombarderos cumplen con su oficio
el cielo, tierra y ondas atronando;
de Ciclopes se veía el ejercicio
en bombas que de fuego van volando,
y, con voces algunos que atronaban,
instrumentos de guerra en paz tocaban.

Respóndeles de tierra juntamente
el rayo con ruido volteando,
haciendo por el aire rueda ardiente
el fuego con la pólvora cebando:
gran grita se levanta de la gente
viendo el agua con fuegos abrasando,
y no menos que el mar está la tierra
a manera de cruda y dura guerra.

Mas ya el ligero cielo rovolviendo
las gentes incitaba a su trabajo,
la madre de Memnón la luz trayendo
al prolijo dormir le pone atajo;
íbanse ya las sombras deshaciendo,
rociándose el monte y valle bajo,
cuando el rey de Melinde se embarcaba
a ver la flota que en el mar estaba.

Veíanse alrededor hervir las playas
de la gente que a verle corre leda;
son de púrpura fina las cabayas,
campea con color la rica seda:
en lugar de guerreras azagayas
y de arco que los cuernos arremeda
de la Luna, los ramos traen de palma,
mostrando que la traen dentro del alma.

Un batel grande y largo, que toldado
de seda viene con dos mil colores,
al rey trae de Melinde, acompañado
de grandes de su reino y de señores:
él de ricos vestidos adornado
a su costumbre viene con primores;
turbante en la cabeza guarnecido
de oro, de seda de algodón tejido.



Ya en el batel del capitán entrado
el rey, Gama en sus brazos lo tomaha,
y con la cortesía y el cuidado
que a un rey se le debía le hablaba:

Canto II, Estr. 101

Marlota de damasco peregrino
de la tiria color que es estimada,
un collar muy pesado de oro fino
do la materia en la obra está eclipsada;
con resplandor reluce diamantino
el cinto, y rica daga bien labrada,
y en las abarcas que andan junto al suelo
cubren aljófár y oro al terciopelo.

Y con un tirasol de rica seda
en un palo de lanza bien asido
un ministro el calor pesado veda
que no ofenda ni queme al rey subido;
música trae en la proa, extraña y leda,
de son confuso y áspero al oído,
de trompetas arcadas que en tañendo
hacen un sin concierto y rudo estruendo.

No menos guarnecido el Lusitano
en el batel de flota se partía
por salir al encuentro melindano
con lustrosa y gallarda compañía.
Vestido viene Gama al talle hispano,
mas la ropa es francesa que traía,
de raso de adriática Venecia,
de la color que el vulgo tanto precia.

Las mangas de oro vienen botonadas,
do reluciendo el sol la vista ciega;
las calzas soldadescas recamadas
del metal que Fortuna a tantos niega;
con puntas de lo mismo delicadas,
los golpes del jubón ajusta y llega;
la guarnición dorada de la espada,
con garzotas la gorra ladeada.

En su acompañamiento campeaba
la tinta que dió el múrice excelente,
la color que los ojos alegraba,
la manera del traje diferente:
tal el hermoso esmalte se notaba
del vestido mirado juntamente
cual aparece el arco rutilante
de la hija hermosa de Taumante.

Sonorosas trompetas incitaban
los ánimos alegres resonando;
los bateles de tierra el mar cuajaban
los toldos por las aguas arrojando;
las bombardas horrisonas bramaban
con las nubes de humo el sol quitando,
y al sonar de los truenos encendidos
atapaban los moros los oídos.

Ya en el batel del capitán entrado
el rey, Gama en sus brazos lo tomaba,
y con la cortesía y el cuidado
que a rey se le debía le hablaba:
con muestras y manera de espantado
el moro gesto y modo le notaba,
como quien en muy grande estima tiene
gente que de tan lejos allí viene.

Con grande voluntad el rey le ofrece
cuanto del reino quiera a su contento,
y que si el alimento le fallece,
tome cual propio suyo el alimento;
que bien sabe quién es, lo que merece
su gente, su nobleza y cumplimiento;
que ya oyera decir que en otra tierra
con gente de su ley tuvieron guerra.

Como a Libia su nonbre lo abandona
con los ilustres hechos que hicieron
cuando en ella ganaron la corona
de donde las Hespérides vinieron,
y con muchas palabras apregona
lo menos que sus obras merecieron
y lo que por la fama el rey sabía;
mas de esta suerte el Gama respondía:

«¡Oh tú, que piedad sólo tuviste,
rey ínclito, a esta gente Lusitana,
que con tanta miseria rota y triste
ha probado del mar la furia insana!
lo que por ella haces e hiciste,
aguesa voluntad sincera y sana
con que de ti tal obra recibimos,
te pague el que lo puede, le pedimos.

»Tú sólo en todos cuantos quema Apolo
nos recibes con paz del mar profundo,
y de las tempestades del Eolo
nos eres un refugio fiel, jocundo:
en cuanto hubiere estrellas en el Polo
y el sol diere su lumbre por el mundo,
do viniere, con fama eterna y gloria
vivirá tu memoria en mi memoria.»

Acabó, y los bateles van remando
a la flota que el moro ver desea:
una por una van las naos mirando
porque todas las note el rey y vea:
Vulcano por el aire centelleando
a la flota con fuego la rodea;
las sonoras trompetas se tañían
y añafles de moros respondían.

Mas después de ser todo ya notado
del generoso moro que se helaba,
oyendo el instrumento inusitado
que tan grande terror en sí mostraba,
manda tener quieto y ancorado
en la mar el batel que los llevaba,
por hablar muchas cosas con el Gama,
de que tuviera ya noticia y fama.

En pláticas el moro diferentes
se deleitaba, preguntando ahora
por las guerras habidas excelentes
con la gente que al gran Mahoma adora;
ahora le pregunta por las gentes
de la Hesperia do vive y donde mora:
ahora por los pueblos sus vecinos,
ahora por los húmedos caminos.

«Y antes, oh capitán muy valeroso,
nos contad, le decía, diligente
de vuestra tierra el clima y el famoso
mundo donde moráis distintamente;
vuestro abolorio antiguo y generoso,
el principio de reino tan potente,
los sucesos de guerras sanguinosas,
que, sin saberlas, sé que son famosas.

»También nos contaréis los varios senos
que en el airado mar habéis andado,
los usos del que es vuestro tan ajenos
que la africana costa aquí ha criado.
Decid, pues que, tascando el oro en frenos,
los caballos que el carro claveteado
traen del Sol se parten del Aurora,
y el viento duerme, el mar se encalma ahora.

»No menos con el tiempo se parece
el deseo de oír tan nueva historia,
en quien un nuevo amor ya no recrece
a los hechos tan dignos de memoria,
ni el Sol tan desviado resplandece
de nuestra tierra, que de vuestra gloria
el prez no se conozca, ni es el pecho
tan rudo que no estime vuestro hecho.

»Acometen soberbios los gigantes
con guerra vana el cielo claro y puro;
pasan Pírito y Téseo de ignorantes
al reino de Plutón, horrendo, obscuro;
y si hechos ha habido más pujantes,
no menos es trabajo ilustre y duro,
cuanto fué acometer Cielo y Cerbero,
acometer la mar en un madero.

»Quemó el sagrado templo de Diana,
del sutil Tesifonio fabricado,
Herostrato, por ser de gente humana
conocido y su nombre celebrado:
pues si con tal locura y mente insana
desea un hombre nombre aventajado,
más razón es que quiera eterna gloria
quien hizo dignas obras de memoria.»



CANTO TERCERO

HORA tú, Calíope, me inclina
a contar lo que al rey le cuenta el Gama:
inspira inmortal canto y voz divina
en el pecho mortal que tanto te ama:
así el claro inventor de Medicina,
de quien a Orfeo pariste, bella dama,
por Dafne, Clicie o Leucatoe no olvide
el amor que tu amor demanda y pide.

Pon mi deseo, en efecto, Ninfa mía,
como es digna la gente Lusitana:
sepa el mundo que Tajo y su agua fría
el licor de Aganipe corre y mana:
deja el Pindo, que siento ya a porfía
bañarme Apolo en agua soberana,
o diré que no cumples mi deseo,
porque no se oscurezca tu hijo Orfeo.



Prontos estaban todos escuchando
lo que el sublime Gama contaría
cuando, después de un poco estar pensando,
levantando algo el rostro, así decía:
Mándasme, oh rey, que vaya declarando
de mi gente la gran genealogía:
no me mandas contar la extraña historia,
mas que diga del Luso el nombre y gloria.

»Que otro alabe el esfuerzo y pecho ajeno
cosa es que se acostumbra y se desea,
mas al propio loor cortan el freno
porque sospecha alguna no se vea;
pues lo que hay que decir, ni otro Cileno
lo dirá, ni habrá tiempo que no sea
corto; mas, pues lo mandas y se debe,
por hacer lo que debo seré breve.

»Y lo que sobre todo más me obliga
es que no mentiré por aficiones,
pues que de tales hechos, aunque diga
más, más se quedará entre dos renglones,
y porque en todo lleve el modo, y siga
el orden que requieren narraciones,
describiré primero nuestra tierra
y luego daré parte de la guerra.

»De la zona que el Cancro señorea,
meta septentrional del Sol luciente,
y entre la que tan fría ser pelea
cuanto la equinoccial con fuego ardiente,
está la fuerte Europa, a quien rodea
por la parte de Arturo y de Occidente
el Océano inmenso, mar insano,
y por la austral el mar Mediterraneo.

»Por la parte do el día va naciendo
con Asia se avecina; mas el río
que del Rifeo monte va corriendo
a la grande Meotis, corvo y frío,
las divide del mar que, fiero, horrendo,
sufrió del griego airado el señorío,
do ahora de la Troya tan pujante
la memoria no más ve el navegante.

»Y donde más debajo está del Polo
los montes Hiperbóreos aparecen
y aquellos donde siempre sopla Eolo
que con nombre de soplos se ennoblecen:
es tan poca la fuerza aquí de Apolo
y sus rayos que el mundo resplandecen,
que hay nieve siempre en montes y corrientes,
helado el mar, helado el prado y fuentes.

»Aquí de escitas vive muchedumbre
que por la antigüedad tuvieron guerra
del primer ser humano y la costumbre
con los que el Nilo riega su ancha tierra;
mas cada cual andaba a la vislumbre
(con que el juicio humano tanto yerra),
que de cierto lo cierto se informara
si al damascano campo se llegara.

»Ahora en estas partes nombre tienen
la Lapia fría, inculta Noruega,
la isla Escandinavia, a quien convienen
las victorias que Italia no le niega:
aquí, cuando las aguas no detienen
las nieves del invierno, se navega
del Sarmático Oceano un brazo llano
por el Brusio, Suebio y frío Dano.

»Entre este mar y Tanais, gente extraña vive; Rutenos, Moscos y Livonios, Sármatas otro tiempo; en la montaña Hircinia, los Marcomanos, Polonios; sujetos al imperio de Alemania son Sajones, Bohemios y Panonios, y otras naciones más que el Reno frío lava, Danubio, Amasis, Albis río.

«Entre el remoto Istro y claro estrecho donde dejó la Hele nombre y vida los Traces viven fieros, de gran pecho, patria de Marte airado muy querida: allí está el Hemo y Ródope a despecho sujeta al Otomano, está rendida Bizancio a su servicio torpe, indino, injuria grande del gran Constantino.

»Luego de Macedonia están las gentes a quien lava de Axio el agua fría, y vos también, oh tierras excelentes en costumbres, ingenios y osadía, que criasteis los pechos elocuentes, los juicios de alta fantasía, con quien el cielo, oh Grecia real, penetras no menos con las armas que con letras.

»Los Dálmatas se siguen, y en el seno donde Antenor sus muros fabricara, Venecia está en un fuerte terraplano sobre agua, que tan baja comenzara: de tierra un brazo corre al mar que, lleno de esfuerzo, mil naciones sujetara, brazo fuerte de gente sublimada no menos en ingenio que en la espada.

» En torno el mar la cerca de contino
con muro natural por otra parte;
lo divide por medio el Apenino
que tan ilustre hizo el patrio Marte;
mas después que ya tiene el tan divino
portero que el esfuerzo y fuerza parte,
está pobre de aquella gran potencia,
que la humildad es cara a la alta esencia.

» Galia después se ve, que tan nombrada
con los hechos de César fué en el mundo,
que de Secuana y Ródano es regada
y de Garona y Reno más profundo;
los montes de Pirene sepultada
se levantan, do al caso tan jocundo
la antigüedad celebra cuando ardieron,
que de ellos oro y plata en ríos corrieron.

» Descúbrese de aquí la noble España,
cual cabeza de Europa señalada,
en cuyo señorío y gloria extraña
ha andado la fatal rueda enojada;
mas no podrá con fuerza, ardid y maña
dejarla la Fortuna infiel manchada,
que no la limpie luego la osadía
de los guerreros pechos que en sí cría.

» Con Tingitania enfrente, a do parece
que casi cierra el mar Mediterraneo,
donde el sabido estrecho se ennoblece
con el trabajo extremo del Tebano.
Con naciones diversas se engrandece,
cercadas con las ondas de Oceano,
todas de tal nobleza y tal valía
que cada cual por ser mejor porfía.

»Tiene al Tarragonés, que se hizo claro
sujetando a Parténope inquieta;
al Navarro y Asturias, que reparo
fueron contra la gente Mahometa;
tiene al cauto Gallego, el grande y raro
Castellano, a quien hizo su planeta
restituidor de España y le dió silla
Betis, León, Granada, con Castilla.

»Y es de aquesta cabeza, como cumbre
de Europa toda, el reino Lusitano,
do la tierra está en cabo, el mar en cumbre
do Febo va a dormir al Oceano:
aqueste quiso el cielo fuese lumbré
en armas contra el torpe Mauritano,
echándole de sí, y allá en la ardiente
África estar en paz no lo consiente.

»Aquesta es mi dichosa patria amada,
a la cual si llegado en fin me veo,
en siendo mi derrota ya acabada
con gusto acabaré vida y deseo:
está fué Lusitania, derivada
de Lysa o Luso, que, del gran Tioneo
fuesen hijos acaso o compañeros,
de ella fueron los íncolas primeros.

»De ésta un Pastor nació que, aunque se tome
un nombre que descubre un pecho erguido,
su fama no habrá nadie que la dome,
pues la grande de Roma no ha podido.
El viejo que sus hijos propios come
por decreto del cielo ha concedido
que ésta sea en el mundo muy gran parte
un poderoso reino por esta arte.

» Un rey por nombre Alonso hubo en España
que a los moros les hizo tanta guerra,
que con sangrientas armas, fuerza y maña
hizo a muchos perder la vida y tierra,
volando de este rey la fama extraña
de la herculana Calpe a Caspia sierra,
muchos por en la guerra engrandecerse,
a él y a muerte vienen a ofrecerse.

» Con un amor intrínseco encendidos
más de la fe que de honras populares
eran de varias tierras conducidos,
desamparando patria y propios lares.
Después que en hechos altos y subidos
se mostraron en armas singulares,
quiso el invicto Alonso tales hechos
dejarlos con el premio satisfechos.

» De éstos Enrique, dicen que segundo
hijo de un rey de Hungría, señalado,
Portugal hubo en suerte, que en el mundo
no tenía hombre más que de cuitlado;
y por mayor señal de amor profundo
quiso el rey castellano que casado
con Teresa su hija el conde fuese
y con ella la tierra en dote hubiese.

» Éste, después que de los descendientes
de Agar victorias hubo, porque pruebe
su valor en las tierras adyacentes,
mostró cuánto a su fuerte pecho debe:
en premio de sus obras excelentes
dióle el supremo Dios en tiempo breve
un hijo que ilustrase el nombre ufano
del belicoso reino Lusitano.

» Ya Enrique se volvía de la conquista
de la ciudad davídica sagrada,
ya del Jordán la arena tenía vista
que vió de Dios la carne en sí lavada;
no teniendo Gofredo a quien resista
después de ser Judea sojuzgada,
muchos que en estas guerras le ayudaron
para sus señoríos se tornaron.

» Cuando llegado al fin ya de su vida
el húngaro famoso y extremado,
teniendo su carrera ya cumplida,
el espíritu dió al que lo había dado.
Deja un hijo en edad no muy crecida
en quien deja su esfuerzo y su traslado,
que ya al más valeroso se igualaba
tal hijo cual del padre se esperaba.

» Mas el viejo rumor, no sé si errado,
que en tiempo tan antiguo no hay certeza,
cuenta haberse su madre desposado
no mirandó a quien era ni a su alteza.
Sin herencia su hijo había dejado
diciendo que las tierras y grandeza
del señorío todo suya era,
pues que en dote su padre se la diera.

» Pues el príncipe Alonso, que de esta arte
se llamaba, del nombre de su abuelo,
viéndose sin tener del reino parte,
que a la madre y padrastro lo dió el cielo,
hiriéndole en el pecho el duro Marte
determina espantar con guerra el suelo,
y revolviendo el cómo en su conceto,
luego siguió al propósito el efeto.

»De Guimaraes el campo se teñía
con sangre propia de intestina guerra,
de la madre, que serlo no debía,
a su hijo negaba amor y tierra:
con él puesta en el campo ya se veía,
y no ve la soberbia cuánto yerra
contra lo que a su Dios y a madre debe;
mas el amor carnal a más se atreve.

»¡Oh Progne cruel! ¡Oh mágica Medea!
Si en vuestros propios hijos la venganza
de los padres tomáis con culpa fea,
mayor culpa a Teresa aquí le alcanza,
o incontinencia, o la codicia sea
lo que a tan grave yerro os abalanza.
por una al viejo padre Escila mata,
contra el hijo por ambas ésta trata.

»Ya el valeroso Alfonso el vencimiento
del padrastro y crüel madre llevaba;
el reino le obedece en un momento,
que en armas contra él poco ha que estaba;
mas de enojo vencido el sufrimiento,
la madre en hierros ásperos ataba,
siendo de Dios vengada en tiempo breve:
¡tanto es lo que a los padres se les debe!

»Ya se junta el invicto Castellano
para vengar la injuria de Teresa
contra el príncipe nuevo Lusitano
a quien ningún trabajo agrava o pesa:
en contienda cruel el pecho humano,
con favor de la ayuda alta indefesa,
no sólo con su gente se sustenta,
mas al contrario rompe y ahuyenta.

»No pasó mucho tiempo cuando el fuerte príncipe en Guimaraes está cercado de infinito poder, que de esta suerte se rehizo el contrario lastimado; mas con sacrificarse a cruda muerte su ayo Egas Muñiz fué libertado, que de otra arte pudiera ser perdido, según estaba mal apercebido.

»Mas el leal vasallo, conociendo que su señor no tiene resistencia, fuése al rey de Castilla aprometiendo que al príncipe haria darle obediencia: levanta el Castellano el cerco horrendo, fiado en la promesa y la conciencia de Egas Muñiz, mas no consiente el pecho del mozo ilustre verse en tal estrecho.

»Llegado era ya el plazo prometido en que el rey don Alonso confiaba que el príncipe su primo ya rendido la obediencia le diese que esperaba: viendo Egas que quedaba fementido, lo cual Castilla de él no imaginaba, determina de dar la dulce vida por la jura y promesa no cumplida.

»Y con su dulce esposa e hijos parte al rey para salir de la fianza, descalzos y desnudos de tal arte que más mueve a piedad que no a venganza:
»Si pretendes, rey ínclito, vengarte
»de mi loca promesa y confianza»,
le dice, «vesme aquí, vengo ofrecido:
»pague la vida el pacto no cumplido.

» Aquí rindo las vidas inocentes
» de hijos y mujer al brazo fuerte,
» si a pechos generosos y excelentes
» satisface de flacos la cruel muerte;
» ves las manos y lengua delincuentes:
» experimenta en ellos toda suerte
» de tormento, de pena, muerte y lloro,
» cual Scinis, cual Perilo con su toro.»

» Cual delante el verdugo el condenado
que el trago de la muerte ha ya bebido
el cuello tiende al cepo y entregado
espera por el golpe tan temido,
tal delante del príncipe indignado
Egas estaba a muerte conducido;
mas viendo el rey su lealtad extraña,
pudo más la piedad que no la saña.

» ¡Oh lealtad de veras portuguesa
de vasallo que a tanto se obligaba!
¿Qué más el Persa hizo en la alta empresa,
do narices y rostro se cortaba?
De lo que el gran Darío tanto pesa,
que mil veces diciendo suspiraba
que a su Zopiro sano más preciara
que si cien Babilonias sujetara.

» Mas ya el príncipe Alonso aparejaba
el Lusitano ejército dichoso
contra el moro que tierras habitaba
allende el claro Tajo deleitoso;
ya en el campo de Orique se sentaba
su soberbio real y belicoso
enfrente de el del moro con gran ceño,
aunque es en gente y fuerza más pequeño.

»En ninguna otra cosa confiado
sino en el sumo Dios que lo regía,
que tan poco era el pueblo bautizado
que para cada uno ciento había.
Juzga cualquier juicio sosegado
por más temeridad que no osadía
acometer un tal ayuntamiento,
que para un caballero hubiese ciento.

»Son cinco reyes moros enemigos:
de ellos el principal Ismar se llama;
todos viejos en guerra y ya testigos
de otras donde se alcanza ilustre fama;
siguen guerreras damas sus amigos,
imitando la fuerte y bella dama
de quien troyanos tanto se ayudaron,
o las que a Termodonte ya gustaron.

»La matutina luz, serena y fría,
las estrellas del cielo ahuyentaba,
cuando en la Cruz el Hijo de María,
mostrándose a Alfonso, lo animaba:
él, adorando al que le aparecía,
en viva fe encendido así gritaba:
«A los moros, Señor, que yo bien creo
»vuestro sumo poder aunque no os veo.»

»Con tal milagro luego aquella gente
Portuguesa movida, levantaba
por su rey natural este excelente
príncipe a quien de pecho tanto amaba:
delante del ejército potente
de los moros gritando al cielo alzaba
la voz alta diciendo: «Real, real,
»por Alfonso, alto rey de Portugal.»

»Cual con gritos y voces incitado
por la montaña el diestro can moloso
contra el toro arremete confiado
en la fuerza del cuerno temeroso,
ya se pega a la oreja, ya en el lado
ladrando más ligero que forzoso,
hasta que al fin le rompe la garganta
y la fuerza del toro se quebranta:

»Tal el pecho del rey nuevo encendido
por Dios y por su pueblo juntamente,
el bárbaro acomete apercebido
con animoso ejército ferviente;
los moros levantaban alaridos,
tocan al arma, hierve el campo en gente,
las lanzas y arcos toman, y sonaban
trompetas que los cielos atronaban.

»Así como la llama que atizada
en las aristas (cuando está soplando
el furioso Boreas), animada
del soplo, el bosque todo va talando;
la pastoral compañía, recostada,
que en dulce sueño estaba, despertando
con el fuego ya preso como en tea,
recoge el hato y húyese al aldea:

»De esta arte el moro, atónito y turbado,
arremete a las armas muy de priesa:
no huye, mas espera confiado,
y entre ellos el jinete se atraviesa:
el Portugués lo encuentra denodado,
arrojándole lanza nada aviesa:
unos caen medio muertos, y otros van
en su ayuda llamando al Alcorán.

»Allí se ven encuentros temerosos
que pueden deshacer una alta sierra;
los animales corren furiosos
que Neptuno nos dió, dando en la tierra:
golpes se dan terribles y animosos
doquiera anda trabada brava guerra,
mas el del Luso arnés, coraza y malla
rompe, corta, deshace, abolla, entalla.

»Cabezas por el campo van saltando,
brazos, piernas, sin dueño y sin sentido,
y de otros las entrañas palpitando
con la color y gesto amortecido:
ya se acoge el ejército nefando,
de sangre corre un río muy crecido,
con que el color el campo también pierde,
hecho ya carmesí de blanco y verde.

»Ya queda vencedor el Lusitano
recogiendo el trofeo y presa rica;
desbaratado y roto el moro hispano,
tres días en el campo el rey se aplica.
Aquí pone en su blanco escudo ufano,
que ahora esta victoria notifica,
cinco escudos azules repartidos,
por estos reyes cinco aquí vencidos.

»En estos cinco escudos los dineros
pintó con que Jesús fuera vendido,
porque quede en memoria a los postreros
cómo aquí fué de Dios favorecido:
cada uno tiene cinco en los primeros,
porque así quede el número cumplido:
dos veces el de en medio señalando
de los cinco que cruz van figurando.

» Pasado ya algún tiempo que pasada era esta gran victoria, el rey subido a tomar fué a Leiria, que tomada fuera muy poco había del vencido: fué con ella la Arronches sojuzgada y juntamente el siempre ennoblecido Scafabicaastro, cuyo campo y seno con sus aguas lo riega el Tajo ameno.

» Con estas nobles villas ya rendidas la Mafra se juntó sin embarazo, y en las sierras de Luna conocidas a la Cintra sojuzga el duro brazo, Cintra donde las Ninfas, escondidas en fuentes, van huyendo el dulce lazo donde amor las enreda blandamente encendiendo en el agua fuego ardiente.

» Y tú, madre Lisboa, que, en el mundo, de las demás sin duda eras princesa, que edificada fuiste del facundo por cuyo ingenio fué Dardania presa; Lisboa a quien se rinde el mar profundo, te rindes a la fuerza Portuguesa, ayudada de gente de la armada que del Septentrión fuera enviada.

» Ya del germánico Albis y del Reno, de la Bretaña fría conducidos, a destruir el pueblo sarraceno muchos con santo pecho eran partidos: la boca entraban ya del Tajo ameno, y con el gran real del rey unidos, con ellos de alta fama y de trofeos puso cerco a los muros Uliseos.

»Cinco veces la Luna se escondiera
y tantas lleno el rostro se mostrara
cuando la gran ciudad se le rindiera
al duro cerco con que la asediara:
fué la batalla cruel, áspera y fiera,
según era la fuerza mucha y rara
de vencedores ínclitos y osados
y de vencidos ya desesperados.

»De esta arte se rindió siendo cercada
la que no se rindió en tiempos pasados
al valor y a la fuerza sublimada
de los scíticos pueblos señalados:
cuya grandeza en tanto fué estimada
que el Ibero y el Tajo amedrentados,
con Betis, a su mando se rindieron
y a la tierra Vandalia nombre dieron.

»Pues ¿qué ciudad habrá tan fuerte y dura
que pueda resistir, pues no resiste
Lisboa con su gente y cerradura
a la fuerza del Luso horrenda y triste?
Ya le obedece toda Extremadura,
Obidos, Alenquer, y la que viste
tú con tus frescas aguas, entre piedras
que murmurando lavas, Torres-Vedras.

»Y vos también, oh tierras Transtaganas,
famosas con el don de flava Ceres,
obedecéis las fuerzas más que humanas
entregando los muros y poderes;
y tú, moro que labras las tempranas
tierras, y sustentar el campo quieres,
mira Elvas, Mora y Serpa conocidas
y el Alcázar de Sal estar rendidas.

» Ve la noble ciudad, do recogido
un tiempo fué el rebelde y gran romano;
donde con artificio esclarecido
el agua de la plata está ya a mano:
por los reales arcos la han traído,
que harte gente y riegue el campo y llano;
que obedece por miedo y osadía
de Giraldo, que miedo no tenía.

» A Beja va a tomar justa venganza
que fuera de Trancoso destruída
el rey que trae en la guerra su pujanza,
por cobrar larga fama en breve vida:
no pudo sustentar contra él su lanza
la ciudad, mas al fin siendo rendida,
no queda cosa viva que, hallada,
no sienta el filo agudo de la espada.

» Con Beja se rindió Palmela bella,
Cicimbra por la pesca preeminente,
y ayudándole al rey su real estrella,
rompe un campo de ejército potente:
viólo la villa y más la sierra de ella,
que en su socorro viene diligente
por la halda del monte, descuidado
del temeroso encuentro no pensado.

» Era de Badajoz el rey que al moro
con cuatro mil caballos socorría,
innúmeros infantes, armas de oro
guarnecidas la más gente traía.
Mas cual por mayo suele el bravo toro,
con celos de la vaca a gran porfía
sintiendo gente, el bruto y ciego amante
saltar a cualquiera caminante:

»De esta arte de repente se ha mostrado dando en la gente Alfonso muy segura: hiere, mata, derriba denodado; huye el rey moro y de su vida cura. De un súbito temor todo asustado, el roto campo al rey seguir procura, y los que esto hicieron solos hallo haber sido sesenta de a caballo.

»Prosigue la victoria sin tardanza el incansable rey, y allí juntando gente de todo el reino, cuya usanza es andar siempre tierras conquistando, asedia a Badajoz, y luego alcanza el fin de su deseo peleando con tanto esfuerzo y arte y valentía, que ella hizo a las otras compañía.

»Mas Dios, que la venganza justa guarda y el castigo de aquel que lo merece, y, para que por bien se enmiende, tarda, y cuando no, por pena le obedece, si hasta aquí el invicto Alfonso guarda del peligro y del mal que se le ofrece, permite ahora Dios que ya le cuadre la maldición echada de su madre.

»Que estando en la ciudad que antes cercara, cercado en ella fué de los leoneses, porque aquella conquista les tomara, siendo de ellos y no de portugueses: la pertinacia aquí le cuesta cara, así como acontece en mil reveses, quiebra en hierros las piernas, encendido en la guerra, do fué preso y rendido.

»¡Oh, famoso Pompeyo!, no te pene
de tus ilustres hechos la ruína,
ni ver que ya la Némesis ordene
que tu suegro victoria alcance dina,
puesto que el frío Fasis o Siene,
que su sombra a ninguna parte inclina,
el helado Bootes, zona ardiente,
temblasen de tu nombre preeminente

»Aunque la rica Arabia y los valientes
Eniocos y Colcos, cuya fama
por el vellón es grande entre las gentes;
Capadocia, y Judea, que a un Dios ama;
los crüeles Cilicios, y pacientes
Sofenos, con Arabia, que derrama
las aguas de dos ríos, cuya fuente
tiene en un monte santo su corriente.

»Y puesto, en fin, que desde el mar de Atlante
hasta el scítico Tauro obedecido
y vencedor te vieses, no te espante
si te ve el campo Ematio ser vencido;
mira el soberbio Alfonso, que triunfante
al mundo rinde, cuál se ve rendido:
orden fué del consejo sempiterno
que el suegro a ti te venza, a estotro el yerno.

»Tornando el rey famoso finalmente,
del divino júicio castigado,
después que en Santarén de mora gente
fué sin tener efecto asediado
y después que del mártir San Vicente
el santísimo cuerpo fué mudado,
del sacro promontorio conocido,
y a la ciudad de Ulises conducido:

»Porque su gran deseo no tornase atrás, al hijo manda el padre viejo que a Alentejo y su tierra se pasase con la guerrera gente y aparejo. Sancho, porque mejor se señalase, pasa y hace correr el río bermejo que la ilustre Sevilla va regando, con sangre que va el moro derramando.

»Y con esta victoria codicioso no descansa el rey mozo hasta que vea otro estrago como este temeroso en el moro que en Beja lo rodea; no tarda mucho el príncipe dichoso sin ver el fin de aquello que desea. Mil veces roto el moro, en la venganza de tal rotura pone su esperanza.

»Ya se juntan del monte a quien Medusa quitó el cuerpo que el cielo en sí sostuvo: vienen del promontorio de Ampelusa, de Tanjar donde Anteo siempre anduvo. El morador de Abila no se excusa, que sus tiendas aquí y sus armas tuvo, y al fin se juntó al son de ronca tuba todo el reino que fué del noble Yuba.

»Entraba con toda esta compañía el Miramamolín por nuestra tierra, con trece reyes moros de valía, todos a punto puestos de la guerra: tala campos y quema cuanto había, y por mejor hartar su ambición perra, en Santarén al príncipe ha cercado, mas no le sucedió como ha pensado.

» Dale combates ásperos, haciendo mil ardidés de guerra, el moro airado; no le aprovecha ya el trabuco horrendo, trinchera, foso, mina ni vallado, porque el hijo de Alfonso, no perdiendo de su valor un punto, con cuidado el combate previene y con prudencia, de modo que doquiera hay resistencia.

» Mas el viejo, a quien tienen ya obligado los trabajosos años al sosiego, en la ciudad estando, cuyo prado las aguas reverdecen de Mondego, sabiendo cómo el hijo está cercado en Santarén del pueblo torpe y ciego, de la ciudad se parte con presteza, sin que la larga edad le dé pereza.

» Con su famosa gente a guerra usada va en socorro del hijo, y ayuntados, la Portuguesa furia acostumbrada los moros ahuyenta destrozados; la campaña, que está toda cuajada de marlotas, capuces de soldados, de caballos jaeces, presa buena, con sus muertos señores queda llena.

» Luego todo el restante se partiera de Lusitania puestos en huída: el Miramamolín no les huyera, porque antes de huir le huyó la vida: a Dios, que esta victoria concediera, todos le daban gracias sin medida, que en casos tan extraños claramente más hace el mismo Dios que no la gente.

»De tan grandes victorias triunfaba
el viejo Alfonso, príncipe subido,
cuando el que al fin venciendo el mundo andaba
de larga y mucha edad fuera vencido:
la última dolencia le tocaba
con mano fría el cuerpo enflaquecido,
y pagaron sus años ya de hecho
a Libitina triste su derecho.

»Los altos promontorios lo lloraron;
las aguas de los ríos amorosas
a los sembrados campos anegaron
con lágrimas, corriendo caudalosas;
mas tanto por el mundo se alargaron
sus obras con la fama valerosas,
que en su reino los ecos respondiendo,
van el nombre de Alfonso repitiendo.

»Sancho, fuerte mancebo, que quedara
imitando a su padre en valentía,
la que en su vida ya experimentara
cuando Betis con sangre se teñía,
el bárbaro poder desbaratara
del ismaelita rey de Andalucía,
y más los que allá en Beja le cercaron
y el valor de su brazo en sí probaron:

»Así como por rey fué levantado,
dentro de poco tiempo que reinaba,
a la ciudad de Silves ha cercado,
cuyos campos el bárbaro labraba.
Fué de valientes gentes ayudado
de la germana armada, que pasaba,
con armas fuertes, gente apercebida,
a cobrar a Judea ya perdida.

» En socorro pasaban de la santa guerra el gran Federico, conmoviendo un poderoso ejército, que espanta, a la ciudad que a Cristo vió muriendo; cuando Guido y su gente con sed tanta la tierra a Saladino fué rindiendo, su lugar do a los moros les sobraban las aguas que en el cerco les faltaban.

» Mas la fornida armada que viniera con el contrario viento a aquella parte quiere ayudar a Sancho en guerra fiera, ya que iba a dar furor al justo Marte; así como a su padre le acaeciera cuando tomó a Lisboa, de aquesta arte, del germano ayudado, a Silves toma y al bravo morador destruye y doma.

» Y si alcanzando va del mahometa tantos trofeos, va también del fuerte leonés, que no sufre estar quieta la tierra usada a trances de la muerte, hasta que la cerviz al yugo meta la soberbia Tuy, viendo la suerte en sí que vió en las villas sus vecinas por doquiera que tú, buen rey, caminas.

» Y entre tantas victorias salteado de temerosa muerte, fué heredero un su hijo de todos estimado, que fué segundo Alfonso y rey tercero, en cuyo tiempo al moro fué ganado el Alcázar de Sal, con fin postrero, y si de antes los moros la tomaron, ahora con las vidas la pagaron.

» Muerto después Alfonso, sucediera Sancho segundo, manso y descuidado, que tanto en sus descuidos se embebiera que de otro el que mandaba era mandado: el reino que otro rey a Dios pidiera por sus privados lo dejó privado, porque, como por ellos gobernaba, sus maldades y culpas atrapaba.

» No era Sancho, no, tan deshonesto como Nerón, que un mozo recibía por mujer, y después horrendo incesto con su madre Agripina cometía: a su gente no era tan molesto que la ciudad quemase do vivía, ni como Heliogábalo fué malo, ni tan muelle cual fué Sardanapalo.

» No fuera el pueblo de él tiranizado cual Sicilia lo fué de sus tiranos, ni había como Fálaris hallado género de tormentos inhumanos; mas el reino, de atrás acostumbrado a señores en todo soberanos, no obedece por rey, ni lo consiente, sino al que es sobre todos excelente.

» Por esta causa el reino gobernaba el conde boloñés: después fué alzado por rey cuando la vida le faltaba a su hermano Don Sancho el Descuidado: éste que Alfonso el Bravo se llamaba, después de haber el reino sosegado, en dilatarlo piensa, que su pecho generoso no cabe en tanto estrecho.

»De la tierra de Algarbes, que le fuera
en casamiento dada, grande parte
cobra con su valor, y arroja fuera
al moro, mal querido ya del Marte;
procura libertar antes que muera
su tierra con valor y bélica arte,
y acaba de oprimir la nación fuerte
en la tierra que al Luso cupo en suerte.

»Después vino Dionís, que bien parece
del bravo Alfonso estirpe clara y dina,
con quien la fama grande se obscurece
del ánimo y grandeza alejandrina:
con éste el reino próspero florece,
alcanzada la paz santa y divina,
con pragmáticas, leyes y costumbres,
de la tranquila tierra claras lumbres.

»Este hizo en Coimbra ejercitarse
el valeroso oficio de Minerva;
las Musas de Helicon hizo pasarse
a pisar de Mondego el campo y hierba;
cuanto pudo de Atenas desearse,
tanto el divino Apolo aquí reserva:
aquí las trunfas de oro son tejidas,
de bácaro y laurel bien guarnecidas.

»Nobles villas de nuevo edificando,
fortalezas, castillos muy seguros,
y casi el reino todo reformando
con edificios grandes y altos muros;
mas después que la Parca fué cortando
el hilo de sus días bien maduros,
un hijo le quedó poco obediente,
el cuarto Alfonso, príncipe excelente.

» Despreciador de fuerzas castellanas,
Alfonso se mostró fuerte y sereno,
porque no es de las fuerzas Lusitanas
temer con su poder poder ajeno;
mas cuando aquellas gentes mauritanas
a poseer de España el gran terreno
entraron por Castilla y por su tierra,
con su gente ayudó en la cruda guerra.

» Con Semíramis nunca gente tanta
los Idáspicos campos fué hinchendo,
ni Atila, que la Hesperia toda espanta
llamándose de Dios azote horrendo,
gótica gente trujo tanta, cuanta
del sarraceno bárbaro estupendo
con el poder inmenso de Granada
fué en los campos Tartesios ayuntada.

» Y viendo el rey sublime castellano
la fuerza de los moros grande y fuerte,
temiendo más el fin del pueblo hispano,
ya perdido otra vez, que no su muerte,
pidiendo ayuda al grande Lusitano,
envía a su mujer, que era de suerte
mujer de quien la envía e hija amada
de aquel a cuyo reino fué enviada.

» Entraba la bellísima María
por palacios del padre sublimados
con bello rostro y fuera de alegría,
con los ojos en lágrimas bañados;
los cabellos rubísimos traía
por los ebúrneos hombros deslazados,
y a su padre, que sale a recibilla,
le demanda favor para Castilla:



Tu solo, cruel amor, con fuerza cruda
que al corazón humano tanto obliga,
mataste a la de culpa y mal desnuda
como si fuera pérfida enemiga.

Canto III, ver. 109.

»Cuantos pueblos la tierra ha producido
»en África de gente fiera, extraña,
»de Marruecos el rey los ha traído
»para talar mi tierra y noble España:
»poder tan grande junto no lo ha habido
»desde que el ancho mar la tierra baña:
»traen ferocidad y furor tanto,
»que al vivo pone miedo, al muerto espanto.

»Pues aquel que me diste por marido,
»por defender su tierra amedrentada,
»con pequeño poder está ofrecido
»al duro golpe de la mora espada;
»si por ti, caro padre, socorrido
»no fuese, de él y reino soy privada,
»quedando triste viuda en vida obscura
»sin marido, sin reino, sin ventura.

»Por tanto, oh rey, de quien con puro miedo
»la corriente Maluca se ve helada,
»rompe ya la tardanza, no está quedo,
»sea por ti Castilla libertada:
»si ese rostro que muestras claro y ledo
»es de padre, tu gente sea juntada:
»acude y corre, padre, que, aunque corras,
»quizás no hallarás a quien socorras.»

»No de otra suerte al padre está María
hablando, que la triste Venus cuando
a Júpiter ayuda le pedía
para Eneas que el agua va cortando,
que a tanta piedad lo conmovía
que, de la mano el rayo cruel echando,
el deseo de Venus colma y mide
con pesar de lo poco que le pide.

»Ya con el campo de la gente armada
los Eborenses campos van cuajados;
con el sol el arnés luce y la espada,
relinchan los caballos enjaezados;
la sonora trompeta embanderada
los pechos a la paz acostumbrados
a las lucientes armas va incitando
por las concavidades retumbando.

»Entre todos en medio se sublima,
de la real insignia acompañado,
el valeroso Alfonso, que por cima
de todos lleva el cuello levantado;
con sólo su mirar esfuerza y anima
a cualquier corazón desalentado:
así entra por Castilla a socorrella
con su hija gentil que es reina de ella.

»Juntos los dos Alfonsos finalmente
en campo de Tarifa se han sitiado
ante la multitud de mora gente
para quien son pequeños monte y prado:
no hay pecho tan feroz ni tan valiente
que a la desconfianza no haya dado
lugar, hasta que entienda claro y vea
que por los suyos Dios siempre pelea.

»Ya los nietos de Agar se están riendo
del español poder, poco, aunque ajeno,
las tierras ya por suyas repartiendo
entre todo el ejército agareno
(que con título falso poseyendo
está el famoso nombre sarraceno):
así también reparten ya por suya
la tierra que tenía dueño y cuya.

»Cual el membrudo y bárbaro gigante
del rey Santo con causa tan temido,
viendo el pastor David puesto delante,
de piedras y de honda apercebido,
con un hablar soberbio y arrogante
desprecia al flaco mozo mal vestido
hasta que al hondear se desengaña
que más puede la fe que no la maña:

»Así desprecia el moro con braveza
el español poder, porque no entiende
que le ayuda la suma fortaleza
de quien toda la fuerza y ser depende:
con ella el castellano y su destreza
de Marruecos al rey soberbio ofende,
y el Portugués, que a todo tiene en nada,
temer se hizo al reino de Granada.

»Ya las lanzas y espadas retiñían
por sobre los arneses: ¡bravo estrago!
Llaman, según las leyes que seguían,
unos Mahoma y otros Santiago:
los gritos hasta el cielo se subían,
la sangre de heridos hace un lago,
donde otros medio muertos se ahogaban,
si del hierro las vidas escapaban.

»Con esfuerzo destruye, hiere y mata
el Luso al granadino ya deshecho;
totalmente el poder le desbarata,
sin le valer arnés ni armado pecho;
de alcanzar tal victoria y tan barata
no quedando contento y satisfecho,
fuese a ayudar al bravo castellano
que combatiendo estaba al mauritano.

»Ya se iba el claro Apolo recogiendo
a la casa de Tetis; inclinado
para el Poniente el Véspero, trayendo
estaba el claro día celebrado:
cuando el poder del moro, grande, horrendo,
fué por los fuertes reyes destrozado
con tanta mortandad, que la memoria
nunca en el mundo vió tan gran victoria.

»No mató ni aun la parte cuarta Mario
de los muertos de aqueste vencimiento,
cuando el agua con sangre del contrario
beber hizo al ejército sediento:
ni aun el cartaginés, duro adversario
que del romano fué de nacimiento,
cuando de muertos de la ilustre Roma,
tres almudes de anillos llenos toma.

»Y si tú tantas almas dar pudiste
al tenebroso reino de Cocito
cuando la ciudad santa deshiciste
del pueblo pertinaz en falso rito,
permisión fué del cielo que tuviste,
que no fuerza de brazo, noble Tito,
que así mucho antes fué profetizado
y después por Jesús certificado.

»Pasada esta tan próspera victoria,
se torna Alfonso a su querida tierra
a gozar de la paz con tanta gloria
cuanto supo ganar con dura guerra:
do el caso triste, digno de memoria,
que de sepulcros muertos desentierra,
a la mezquina y mísera ha acaecido
que después de ser muerta reina ha sido.

»Tú solo, cruel amor, con fuerza cruda
que al corazón humano tanto obliga,
mataste a la de culpa y mal desnuda
como si fuera pérfida enemiga:
el que en la lid de amor pusiere duda
porque con el llorar no se mitiga,
sepa que así lo quiere este tirano
por con sangre bañar su altar profano.

»Estabas, bella Inés, puesta en sosiego,
de tus años cogiendo el dulce fruto,
en un engaño de alma alegre y ciego
que a la fortuna paga cruel tributo,
en el florido campo de Mondego,
de tus hermosos ojos nunca enjuto,
enseñándole al monte, al río, al prado,
el nombre que en tu pecho está estampado.

»De tu príncipe allí te respondían
las memorias que en él se aposentaban,
que siempre ante sus ojos te traían
cuando de tus hermosos se apartaban,
de noche en dulces sueños que mentían,
de día en pensamientos que volaban,
y cuanto, en fin, pensaba y cuanto veía
era todo memorias de alegría.

»De otras bellas señoras y princesas
los deseados tálamos no aceta,
que no curas, Amor, de altas empresas
cuando un hermoso rostro te sujeta:
viendo las condiciones tan aviesas
del hijo el viejo padre, que respeta
el murmurar del pueblo y fantasía
del hijo que casarse no quería,

»quitar a Inés del mundo determina
por librar, con quitarla, al hijo preso,
creyendo con su sangre y muerte indina
a matarle el amor y darle seso.
¿Qué furor consintió la espada fina
que pudo sustentar el grave peso
del bélico furor, ser levantada
contra una flaca dama delicada?

»Ante el rey los verdugos traen atroces,
que estaba de piedad ya conmovido;
mas con razones falsas y feroces
el pueblo: «¡Muera, muera!» le ha pedido:
ella con tristes y piadosas voces,
salidas del amor que le ha tenido
al príncipe y los hijos que dejaba,
que más que no la muerte le aquejaba,

»al cristalino cielo levantando
con lágrimas los ojos piadosos,
los ojos (que las manos le está atando
uno de los ministros rigurosos),
y después sus hijuelos contemplando
tan tiernos, tan queridos y mimosos,
cuya orfandad cual madre temía tanto,
al abuelo crüel hizo este llanto:

«Si ya en las fieras brutas, cuya suerte
»se conoció crüel del nacimiento;
»si en las duras Harpías que en la muerte
»en rapiñas y robos traen su intento,
»con niños y con gente nada fuerte
»vemos todos un tierno sentimiento,
»cual de Nino en la madre se mostraron
»y en los que la gran Roma edificaron:

» Tú que de humano tienes gesto y pecho
» (si de humano es matar una doncella
» flaca y sin fuerza, porque dió de hecho
» su corazón a quien supo vencella),
» detengan estos nietos tu despecho,
» pues no puede la muerte obscura de ella
» moverte a compasión de ellos y mía
» viendo como de culpa estoy vacía.

» Y si al vencer la dura resistencia,
» la muerte sabes dar con fuego y hierro,
» sabe también dar vida con clemencia
» a quien para perderla no hizo yerro;
» mas si ya la merece esta inocencia,
» ponme en perpetuo y mísero destierro
» en Scitia fría o en la Libia ardiente,
» donde en lágrimas viva eternamente.

» Ponme donde el extremo de fiereza
» entre los tigres pueda imaginarse:
» veré si en ellos hallo más terneza
» que en los humanos pechos pudo hallarse:
» allí con grande amor, aunque en tristeza,
» de aquel a quien amó podrán criarse
» estas reliquias tuyas que aquí viste,
» consolación extrema de esta triste.»

» Quería perdonarle el rey benino
oyendo las palabras que la abonan,
mas el pertinaz pueblo (y su destino
que así lo permitió) no la perdonan.
Échan mano al acero puro y fino
los que este hecho bueno ser pregonan:
¡contra una dama, oh pechos carniceros,
feroces os mostráis y caballeros!

»Cual contra la hermosa Policena,
consuelo sólo de la madre vieja,
porque el alma de Aquiles la condena,
con hierro el duro Pirro se apareja,
y ella con un mirar tierno, serena
(así como paciente y mansa oveja),
vuelto el rostro a la madre que enloquece,
al duro sacrificio el cuello ofrece:

»Tales contra la Inés los matadores,
en el hermoso cuello donde estaba
la gracia con que Amor mató de amores
al que después por reina la juraba,
las espadas bañando y blancas flores
que ella con dulce lloro antes regaba,
se encarnizaban fieros y enojados,
del castigo futuro descuidados.

»Bien pudieras, oh Sol, la vista aviesa
de tal hecho llevar en aquel día
cual de Tiestes en la horrenda mesa
cuando sus hijos por Atreo comía;
vos, oh cóncavos valles donde impresa
quedó la voz de aquella boca fría,
el nombre de su Pedro, que le oisteis,
por espacio muy largo repetisteis.

»Cual la rosa del campo que, cortada
antes de tiempo, fué cándida y bella,
de las manos lascivas maltratada
del niño que jugar huelga con ella,
tiene el olor perdido marchitada,
tal estaba la pálida doncella
sin las rosas del rostro, ya perdida
la color blanca con la dulce vida.

» Las ninfas de Mondego aquesta obscura
muerte por largo tiempo la lloraron
y por memoria eterna en fuente pura
las lágrimas lloradas transformaron;
el nombre le pusieron, que aun le dura,
Dos Amores de Inés, que allí pasaron;
mirad qué fuente riega el prado y flores,
do lágrimas son agua, el nombre amores.

» No pasó mucho tiempo sin venganza
de la muerte crüel y las heridas,
que viéndose el rey Pedro en su pujanza
la tomó de los fieros homicidas:
de otro Pedro cruel los dos alcanza,
siendo ambos enemigos de las vidas,
el concierto haciendo duro e injusto
que con Antonio y Lépido hizo Augusto.

» Este castigador fué muy entero
de latrocinios, muertes y adulterios,
y mostrarse a los malos cruel y fiero
eran sus más gustosos refrigerios;
las ciudades guardaba justiciero
de todos los soberbios vituperios;
a más ladrones dió castigo feo
que Alcides el valiente ni Teseo.

» Del justo y duro Pedro nace el blando
(ved de la naturaleza el caso extraño),
remiso y sin cuidado rey Fernando,
por quien al reino vino tanto daño,
pues cuando el castellano entró talando
las tierras, bien pudiera en aquel año
el reino destruirse totalmente,
que hace el flaco rey flaca su gente.

»O fué castigo duro del pecado,
por quitar a Leonor a su marido
y casarse con ella de prendado
de un falso parecer mal entendido,
o fué que el corazón sujeto y dado
al vicio vil de quien se vió rendido,
se hace flaco y blando, y bien parece
que un bajo amor los fuertes enflaquece.

»Del pecado siguió siempre la pena
a muchos que el Señor lo ha permitido,
como a los que robaron a la Helena,
y con Apio, Tarquino en sí la vido.
Pues ¿al santo Daniel quién le condena,
o quién el tribu ilustre ha destruído
de Benjamín? ¿Quién dió la pena dina
a Faraón, Siquén, por Sara y Dina?

»Y si los fuertes pechos enflaquece
un inconceso amor desatinado,
en el hijo de Alcmena se parece
cuando en Omfale anduvo transformado:
de Marco Antonio el nombre se obscurece
por ser con su Cleopatra enredado,
y tú, próspero Peno, lo sentiste
cuando la moza vil de Apulia viste.

»Mas ¿quién puede librarse por ventura
del lazo que Amor arma blandamente
cuando entre rosas y la nieve pura
pone oro y alabastro transparente?
¿Quién de una peregrina hermosura,
de un rostro de Medusa propiamente,
se podrá libertar, si el ser cautivo
no en piedra, mas lo muda en fuego vivo?

»¿Quién vió un mirar seguro, un rostro blando,
una bella y angélica excelencia,
que en sí está siempre el alma transformando,
que pudiese hacerle resistencia?
Disculpado por cierto está Fernando
con el que de amor tiene la experiencia
y yo, si por tenerme en esto tanto,
el resto lo remito al otro canto.»





CANTO CUARTO

ESPUÉS de la tormenta rigurosa
nocturna sombra y proceloso viento,
suele venir la luz pura y hermosa,
esperanza del puerto y salvamiento;
aclara el sol la noche tenebrosa
apartando el temor del pensamiento:
así en el fuerte reino aconteciera
después que el rey Fernando falleciera.

»Que si mucho los nuestros desearon
quien las ofensas vaya ya vengando
de aquellos que tan bien se aprovecharon
del descuido remiso de Fernando,
dentro de breve tiempo lo alcanzaron
por rey un Juan invicto levantando,
de don Pedro el Crüel cierto heredero,
aunque hijo bastardo verdadero.



»Ser esto por divina providencia
se mostró con señales evidentes
cuando una niña en Ébora, sin ciencia
y sin habla, habló con los presentes;
y como era del cielo la sentencia,
el corazón movió de muchas gentes
diciendo: «¡Portugal, con cuerpo y mano,
»por el primer don Juan, rey soberano!»

»Alterados del reino muchos pechos
con odio que ocupados los tenía,
infinitas matanzas y despechos
el popular furor ciego hacía.
Los parientes y amigos son deshechos,
que eran de reina y conde compañía,
con quien su incontinencia deshonesta
era, después de viuda, manifiesta.

»Mas él, en fin, con causa deshonorado,
ante la reina muere, y no socorre
la triste al triste; muere acompañado
de otros a quien la misma suerte corre;
quien, como Astianacte, fué arrojado,
sin valerle corona, de alta torre:
a quien orden o altar no fué provecho,
que por las calles queda piezas hecho.

»Puédense ya poner en largo olvido
las muertes y crudezas que vió Roma
hechas del feroz Mario y favorito
Sila, que a su contrario vence y doma;
mas, por muerte del conde, sin sentido
quedó Leonor, y por venganza toma
traer a Portugal al de Castilla,
diciendo de su hija ser la silla.

» Beatriz era la hija, que, casada
con el español rey, a Juan precede,
por hija de Fernando reputada,
si la fama y rumor se lo concede.
Con esta voz Castilla levantada
porque la hija al padre le sucede,
sus fuerzas ajuntó para las guerras
de varias regiones, varias tierras.

» De la provincia vienen que de un Brigo
(si fué) ya tuvo el nombre derivado;
de tierras que Fernando y rey Rodrigo
ganaron del tirano y moro estado:
no estiman en el campo al enemigo
los que cortando van con duro arado
los campos de León, cuya arma y gente
contra los moros fué siempre excelente.

» Los vándalos, de antigua valentía,
en ella confiados se juntaban,
la cabeza de toda Andalucía
que de Guadalquivir las aguas lavan;
la noble isla también se apercibía
que tirios otro tiempo la moraban,
trayendo por insignias verdaderas
las dos columnas puestas en banderas.

» También vienen del reino de Toledo,
ciudad noble y antigua, a quien cercando
el Tajo, corre en torno blando y ledo
que en la sierra de Cuenca está manando:
a vosotros también no os quitó el miedo,
descuidados gallegos, hacer bando,
que para resistir luego os armasteis
a aquellos cuyos golpes ya probasteis.

»De la guerra movieron negras furias
la gente de Vizcaya que carece
de pulido lenguaje, y las injurias
de los extraños mal las compadece;
la tierra de Guipúzcoa y las Asturias,
que con minas de hierro se ennoblece,
armó de él los soberbios matadores
para ayudar en guerra a sus señores.

»Don Juan, a quien del pecho crece el brío,
como al hebreo Sansón de la guedeja,
puesto que todo es poco a su albedrío,
con los pocos del reino se apareja,
y aunque de parecer no está vacío,
con grandes y letrados se aconseja
por conocer de todos las sentencias,
que siempre hubo entre muchos diferencias.

»No falta con razón quien desconcierte
de la opinión de fuertes aprobada,
en quien la fuerza antigua se convierte
en su fidelidad jamás usada;
pudiendo el temor más de baja suerte
que el amor y lealtad tan sublimada,
niegan su rey, su patria y, si conviene,
negarán, como Pedro, al Dios que tiene.

»Mas no permitió Dios que se sintiese
tal yerro en don Nuño Álvarez; mas antes,
puesto que en sus hermanos claro viese
vueltas las voluntades inconstantes,
en alta voz habló, porque se oyese,
con palabras más duras que elegantes,
con la mano en la espada, y no facundo,
amenazando airado al mar, al mundo.

» ¡Como! ¿De gente ilustre portuguesa
» ha de haber quien rehuse el patrio Marte?
» ¡Cómo! ¿De esta provincia, que princesa
» fué de gentes por guerra en cualquier parte,
» ha de salir quien niegue en tal empresa
» la fe, el amor, la patria, esfuerzo y arte
» de portugués, y por ningún respeto
» quiera su propio reino ver sujeto?

» ¡Cómo! ¿No sois vosotros descendientes
» de aquellos que debajo la bandera
» del grande Enríquez, fieros y valientes,
» vencisteis esta gente tan guerrera?
» ¿Cuándo tantas banderas, tantas gentes
» pusieron en huída de manera
» que siete ilustres condes le trajeron
» presa, sin la gran presa que allí hubieron?

» ¿Con quién fueron continuo reprochados
» éstos de quien tenéis ahora recelos,
» por Dionís y su hijo sublimados,
» sino por vuestros padres, tios y abuelos?
» Pues si con sus descuidos o pecados
» el rey Fernando os puso en tantos duelos,
» tomad con el rey nuevo fuerza cruda,
» si el pueblo con el rey se trueca y muda.

» Rey tenéis tal, que si el valor le fuese
» igual al fuerte rey que coronasteis,
» sin duda lo invencible lo venciese,
» cuánto más a quien ya desbaratasteis;
» y si esto de esos pechos no pudiese
» el temor arrancar que ya tomasteis,
» poned en boca y manos lazo y freno,
» que yo desecharé este yugo ajeno.

»Con mis vasallos y con ésta puedo
»(sacando de la vaina media espada)
»defender de tal fuerza y duro enredo
»la tierra nunca de otro sojuzgada:
»en virtud de mi rey y patria quedo,
»y de la lealtad por vos negada,
»de vencer no sólo estos adversarios,
»mas cuantos a mi rey fueran contrarios.»

»Bien como entre los mozos recogidos
en Canusio, reliquias de las Canas,
ya para se entregar casi movidos
a las fuerzas invictas africanas,
Cornelio se levanta, y compelidos
hizo a todos jurar que las romanas
armas no dejarían en cuanto vida
tuviesen, hasta en ellas ser perdida:

»De esta suerte a su pueblo esfuerza Nuño,
que con le oír las últimas razones
desechan el temor frío importuno,
que helados les tenía los corazones:
en animales suben de Neptuno,
con la lanza enristrada en los arzones,
van corriendo y gritando a boca abierta:
«¡Viva, viva el gran rey que nos liberta!»

»Del vulgo popular unos aprueban
la guerra que la patria defendía,
otros armas alimpian y renuevan
que el orín de la paz gastado había;
capacetes estofan, petos prueban,
ármase cada cual cual convenía;
otros hacen vestidos de colores
con letras y blasón de sus amores.

»Con toda esta lustrosa compañía
el rey don Juan se parte desde Abrantes,
Abrantes, que también la fuente fría
de Tajo goza en aguas abundantes:
los primeros soldados los regía
quien pudiera regir los más pujantes
ejércitos de Jerjes del Oriente,
con que pasó de Heles la corriente:

»Don Nuño Álvarez, digo, verdadero
resistidor de fuertes castellanos,
cual huno se mostró a Francia primero
y a la gran multitud de italianos:
otro también famoso caballero
lleva en la ala derecha Lusitanos,
experto en guerra, en paz, en bien y en duelos;
llámase Men Rodríguez Vasconcelos.

»La izquierda ala, que a estotra corresponde,
Antón Vázquez la lleva del Almada,
que después fué de Abranches noble conde,
repartiendo su gente compasada;
mas en la retaguardia no se esconde,
de quinas y castillos cuarteada,
la bandera con Juan, que en cualquier parte
obscureciendo va el valor de Marte.

»Estaban por los muros, temerosas
y de un alegre miedo casi frías,
hermanas, madres, damas y aun esposas
ayunos prometiendo y romerías;
ya llegan las escuadras belicosas
defrente las contrarias compañías:
con grandísima grita los reciben,
de que muchos temor grande conciben.

»Responden las trompetas mensajeras
pífano sonoro y atambores;
los alférez voltean las banderas
que listeadas son de mil colores.
Era en el seco tiempo que en las eras
Ceres el fruto da a los labradores,
entra el sol en Astrea por agosto,
y Baco en sus lagares coge mosto

»Dió señal la trompeta castellana
con horrísono estruendo temeroso:
oyólo el monte Artabro, y Guadiana
atrás volvió sus aguas de medroso:
oyólo Duero y tierra transtagana,
corrió Tajo a la mar triste y dudoso:
las madres que el terrible estruendo oyeron
los hijos de los pechos desasieron.

»¡Cuántos rostros quedaron sin colores
dándole al corazón la sangre abrigo!
Que en los grandes peligros los temores
pueden a veces más que el enemigo.
Pues qué cuando se encienden con furoros
al escalar el muro, entrar postigo,
que hacen no sentir perder la vida
por salir con la empresa acometida.

»Comiézase a trabar la incierta guerra:
de ambas partes se encuentran los primeros,
unos por la defensa de su tierra,
otros por la esperanza de herederos:
luego el grande Pereira, en quien se encierra
todo el valor, se muestra en golpes fieros,
derriba, encuentra, y dales con su espada
la posesión del reino deseada.

» Ya por el aire espeso mil lucientes
harpones, saetas y otros tiros vuelan;
debajo de los pies de los ardientes
caballos tiembla tierra y valles sueñan;
despedázanse lanzas; hay frecuentes
caídas que del golpe el campo atruenan:
recrecen los contrarios en la poca
gente, mas el buen Nuño los apoca.

» Contra él corren primero sus hermanos,
caso feo y crüel, mas no le espanta:
que en poco tiene alzar contra él las manos
quien contra el rey y patria las levanta:
de aquestos traen los fuertes castellanos
en la escuadra que a todas se adelanta
por herir cada cual su conocido,
como entre Julio y Magno Roma vido.

» Catilina, Sertorio, Coriolano,
que obligados a ser dulces abrigos
de vuestras propias patrias, con profano
corazón os hicisteis enemigos:
si en el obscuro reino de Sumano
recibís de tal culpa los castigos,
decid: ¿qué portugueses hubo en guerra
traidores a su gente, rey y tierra?

» Rómpense de los nuestros los primeros:
tantos de los contrarios se han juntado:
está don Nuño cual por los oteros
de Ceuta el cruel león encarnizado,
que cercado se ve de caballeros,
de Tetuán corriendo campo y prado:
acósanlo con lanzas, y él, rabioso,
turbado un poco está, mas no medroso.

»Míralos con furor, mas su natura
ferina y rabia no le compadecen
que huya; mas se arroje en la espesura
de los dardos y lanzas que recrecen.
Tal está el caballero la verdura
tiñendo en roja sangre; allí perecen
de los suyos no pocos; que el valiente
la virtud pierde contra mucha gente.

»Sintió don Juan la afrenta que pasaba
Nuño; cual capitán bien advertido,
todo lo corre y ve, y a todos daba
con su presencia esfuerzo muy crecido.
Cual parida leona, fiera y brava,
que los hijos que estaban en el nido
sintió que en cuanto el pasto les buscaba
el pastor da Marsilia los hurtaba,

»corre rabiosa y gime y con bramidos
los siete montes hiende, atruena, abala:
tal va don Juan con otros escogidos
corriendo a socorrer la primera ala.
»¡Oh fuertes compañeros, oh subidos
»caballeros, a quien ninguno iguala!
»Los vuestros defended, que la esperanza
»de vuestra libertad está en la lanza.

»Veisme aquí, vuestro rey y compañero,
»que entre espadas y lanzas y entre arneses
»del adversario corro y voy primero:
»¡pelead, verdaderos Portugeses!»
Esto dijo el magnánimo guerrero,
y blandiendo la lanza con reveses
del brazo la tiró, y de aqueste tiro
muchos dieron el último suspiro.

» Los suyos, encendidos nuevamente de una noble vergüenza, honroso fuego, sobre cuál más con ánimo valiente peligros vencerá del marcio juego, porflan; tiñe el hierro el fuego ardiente; rompen primero mallas, petos luego: así reciben junto y dan heridas, como quien tiene en poco sangre y vidas.

» Muchos van de Cocito a ver el lago, en cuyo cuerpo muerte y hierro entraba; el Maestre murió de Santiago, que fortísimamente peleaba; muere también, haciendo grande estrago, el Maestre feroz de Calatrava; los Pereiras murieron renegados, renegando del cielo y de sus hados.

» Mueren del vulgo vil otros sin cuento y bajan de los nobles al profundo, donde el trifauce perro muy hambriento en las almas se ceba de este mundo; y porque más se sienta el vencimiento en el último trance furibundo, la sublime bandera Castellana vencida se rindió a la Lusitana.

» Aquí la cruel batalla se encrudece con muertes, gritos, sangre y cuchilladas; la multitud de gente que perece las flores de color tiene manchadas; ya vuelven las espaldas, ya fallece la vida, donde sobran las lanzadas; ya, porque el alto cielo lo ha ordenado, la victoria los brazos ha trocado.

»Al Portugués le deja el Castellano
el campo con victoria conocida:
siguen a los que quedan, aunque en vano,
que el temor les dió vuelo en la huída.
Encubren en el pecho el inhumano
suceso, de la gente que es perdida;
encubren la deshonra, el triste enojo
de ver otro triunfar de su despojo.

»Unos van maldiciendo y blasfemando
del que inventó la guerra en este mundo;
otros la dura sed van reprobando
del pecho codicioso y furibundo,
que por lo que es ajeno, al miserando
pueblo condena a muerte y al profundo,
dejando tantas madres y aun esposas
sin hijos y maridos lastimosas.

»Estúvose en el campo el rey los días
acostumbrados con tan grande gloria:
con ofertas después y romerías
las gracias daba a Dios de tal victoria.
Mas Nuño, que no busca en otras vías
eternizar en todos su memoria,
sino por armas siempre soberanas,
a las tierras se pasa transtaganas.

»Ayuda a su destino de manera
que hizo igual el hecho al pensamiento,
y a la tierra de vándalos frontera
le concede el despojo y vencimiento.
De Sevilla la bética bandera,
y de otros mil señores, al momento
le conocen por grande en tal empresa,
vencidos de la fuerza Portuguesa.

» De estas y otras victorias largamente eran los castellanos oprimidos cuando la paz, alegre a toda gente, vino entre vencedores y vencidos; después que quiso el Padre omnipotente que se diesen los reyes por maridos a las dos ilustrísimas inglesas, hermosas, bellas, ínclitas princesas.

» No sufre el fuerte pecho usado a guerra verse sin enemigos a la mano, y no hallando a quién vencer en tierra, acomete a vencer el oceano: este es el primer rey que se destierra del reino, porque pueda el africano conocer por las armas cómo doma la ley de Dios la ley de su Mahoma.

» Mil aves por el húmedo elemento volando van de Tetis inquïeta, cogiendo con las alas un tal viento, que pasan de do Alcides puso meta: el monte Abila, el noble fundamento de Ceuta gana al torpe mahometa, y con esto asegura a toda España de la juliana fuerza y desleal maña.

» No consienten los coros soberanos que Portugal tal rey mucho lograrse, mas como eran sus hechos más que humanos, el más que humano asiento ya alcanzase; y deja en defensión de Lusitanos el Dios que lo llevó quien gobernase, aumentando la tierra muy más que antes, generación famosa, altos infantes.

»No fué del rey Duarte tan dichoso
el tiempo que quedó en la suma alteza,
que va alternando el tiempo el bien gustoso
con mal, el alegría con tristeza.
¿Quién vió siempre un estado deleitoso?
¿O quién vió en la fortuna haber firmeza?
Pues aun en este reino, y con tal rey,
vino a quebrar la fuerza de su ley.

»Cautivo vió a su hermano don Fernando
que a tan altas empresas aspiraba,
que por salvar al pueblo miserando
del cerco, al sarraceno se entregaba:
por amor de la patria está pasando
la vida, de señora hecha esclava,
y porque no dé el rey a Ceuta al moro
por su rescate, muere en triste lloro.

»Porque a Codro el contrario no venciase,
dejó triunfar la muerte de su vida;
Régulo, porque a Roma no perdiese,
quiso su libertad verla perdida;
Fernando, porque España no temiese,
a eterno cautiverio se convida:
Decios, Codro, ni Curcio, hicieron tanto
como el famoso Hernando que aquí canto.

»Mas Alonso, que al reino fué heredero,
nombre en armas dichoso en nuestra Hesperia,
que al arrogante bárbaro frontero
puso en grande humildad y gran miseria,
fuera por cierto invicto caballero
si no quisiera ver la tierra iberia;
mas África dirá ser imposible
poder nadie vencer rey tan terrible.

»Que pudo éste coger los frutos de oro
que el Tirintio cogió nadie lo dude,
de donde el yugo puesto por el moro
la cerviz años ahora no sacude:
con la palma en la mano por decoro
de victorias ganadas del que acude
en defensa de Alcázar, do se afila
su espada contra Tánjar, contra Arcila.

»Mas al cabo, por fuerza siendo entradas,
los muros abajaron de diamante,
con las armas en guerra acostumbradas
a batir y vencer cuanto hay delante:
maravillas en Marte sublimadas,
dignas de otra escritura más pujante,
hicieron los de Luso en esta empresa,
ilustrando la fama Portuguesa.

»Y siendo de ambición mayor tocado
por gozar de mejor corona y silla,
a Hernando el de Aragón ha provocado
a guerra sobre el reino de Castilla;
las gentes en un punto se han juntado,
del Católico Rey hecha cuadrilla,
desde Cádiz al alto Pireneo,
con que Fernando ataja a su deseo.

»No se quiso quedar don Juan ocioso
sin ayudar al padre, y luego ordena
atizar el deseo codicioso
con ayuda que entonces lo despena:
salióse al fin del trance peligroso
con frente no turbada, mas serena,
desbaratado el padre truculento,
aunque quedó dudoso el vencimiento.

»Porque el hijo sublime y soberano,
gentil, fuerte, animoso caballero,
con un corazón grande y más que humano,
al español resiste el día postrero:
de esta arte fué vencido Octaviano
y Antonio vencedor su compañero,
cuando de los que a César dieron muerte,
la venganza les dió la feliz suerte.

»Mas después que la obscura noche eterna
puso a Alonso en el cielo más sereno,
el príncipe que el reino nos gobierna
fué el segundo don Juan y rey treceno:
éste, por haber fama sempiterna
sobre todo valor de hombre terreno,
quiso buscar de la luciente Aurora
el término que yo descubro ahora.

»Envía mensajeros que pasaron
a España, Francia e Italia celebrada,
y en el ilustre puerto se embarcaron
donde ya fué Parténope enterrada,
Nápoles, do los hados se mostraron,
haciéndola de varios sojuzgada,
y al fin, por la ilustrar con claros soles,
al señorío la rinden de españoles.

»Por el mar alto Sículo navegan,
por las playas de Rodas arenosas,
y de allí a las riberas altas llegan
que con muerte de Magno son famosas:
van a Menfis y tierras que se riegan
de las aguas de Nilo caudalosas;
suben a la Etiopia, sobre Egipto,
que de Cristo ya guarda el santo rito.

»Pasan también las ondas eritreas
que el pueblo de Israel sin nao pasara;
quédanle atrás las tierras nabateas
que el hijo de Ismael con nombre ornara;
las playas odoríferas sabeas
que la madre de Adonis tanto honraba;
ven la Feliz Arabia descubierta,
dejando la Petrosa y la Desierta.

»Ven el estrecho Pérsico, do dura
de la Babel confusa la memoria,
donde entra en Tigre Eufrates por su altura,
cuyas fuentes están casi en la gloria:
de allí van a buscar el agua pura,
que causa me será de larga historia,
del Indo, por el mar largo Oceano,
donde no se atrevió a pasar Trajano.

»Vieron gentes incógnitas y extrañas
de la India, de Carmania y Gedrosía,
viendo varias costumbres, varias mañas,
que en sí cada región produce y cría;
mas de vías tan ásperas tamañas
tornarse fácilmente no podía:
allá mueren en fin y allá quedaron,
que a su querida patria no tornaron.

»Parece que guardaba el claro cielo
a Manuel, y sus merecimientos,
esta notable empresa, que su celo
siempre fué de subidos movimientos:
éste sucede al primo y al abuelo
en reino y en altivos pensamientos,
y así como tomó del reino el cargo,
la conquista tomó del mar tan largo.

»El cual, como de noble pensamiento,
de aquella obligación que le quedara
de sus antepasados, cuyo intento
fué siempre acrecentar la tierra cara,
no dejase de ser sólo un momento
movido, cuando huye la luz clara
del sol, y las estrellas resplandecen
que al caer a las gentes adormecen.

»Estando ya en la cama recostado,
cuando el imaginar suele ser cierto,
revolviendo en su pecho con cuidado
cómo corresponder al gran concierto
de sus antepasados, le ha ocupado
un sueño que le deja más despierto,
porque apenas el ojo se adormece
cuando Morfeo en sueños le aparece.

»Aquí se le figura que subía
tan alto, que tocaba allá en la esfera
do delante de sí mil mundos veía,
mil naciones de gente extraña y fiera,
y cerca de do nace el claro día,
después que bien los ojos extendiera,
vió de montes antiguos las corrientes
de las dos celebradas y altas fuentes.

»Agrestes aves, fieras alimañas
por el monte en las cuevas habitaban;
hierbas, espinas y árboles extrañas
el paso y trato a gentes atajaban;
otras cerradas y ásperas montañas
ser de comercio alguno demostraban,
pero desde que Adán pecó, pisada
nunca de humano pie fué allí estampada.



»Oh rey, a cuyos reinos y corona
»grande parte del mundo se guardaba!
»Los dos, a quien la fama ser pregona
»libres, nuestra cerviz rendimos brava...

Canto IV, Estr. 73.

»Del agua se le antoja que salían,
hacia donde él estaba caminando,
dos hombres que muy viejos parecían,
de un aspecto, aunque agreste, venerando:
de la barba y cabello les caían
gotas que el cuerpo todo van bañando,
la color de la cara denegrida,
la barba espesa, blanca, algo cumplida.

»Ambos tienen la frente coronada
con los ramos de una árbol peregrina;
el uno es de presencia más cansada,
mostrando que de atrás viene y camina;
cuelga el agua con ímpetu alterada
que en parte más remota se avecina,
bien como Alfeo de Arcadia en Siracusa
va a buscar los abrazos de Aretusa.

»Este, que era más grave en la persona,
al rey como de lejos le hablaba:
«¡Oh rey, a cuyos reinos y corona
»grande parte del mundo se guardaba!
»Los dos, a quien la fama ser pregona
»libres, nuestra cerviz rendimos brava,
»y te avisamos que ya es tiempo mandes
»de nosotros cobrar tributos grandes.

»Yo soy el claro Ganges, que en la tierra
»santa mi origen tengo verdadero;
»estotro el Indo, río que en la tierra
»que ves su nacimiento es el primero:
»costaráte al principio dura guerra,
»mas serás vencedor a lo postrero:
»con no vistas victorias pondrás freno
»a las gentes que ves de este terreno.»

»No dijo más el río claro y santo
y ambos desaparecen al momento:
recuerda Manuel con nuevo espanto
y grande alteración del pensamiento:
extiende en esto el sol su claro manto
por el obscuro cielo soñoliento,
píntalo la mañana con colores
de vergonzosa rosa y blancas flores.

»Llama el rey los señores a consejo
para tomar del sueño algún acuerdo;
refiere lo que dijo el santo viejo
llamándole a reinar con pecho cuerdo:
«Si os parece, del mar el aparejo
»se haga, pues en ello nada pierdo,
»y váyanse a buscar por nuevos mares
»la tierra del Oriente y sus lugares.»

»Yo, que bien mal pensaba que en efeto
viera lo que mi pecho me pedía,
que siempre grandes cosas el conceto
presago al corazón le prometía,
no sé por qué razón, o qué respeto,
o qué virtud tan grande en mí se veía,
que hizo al grande rey darme la llave
de este acometimiento nuevo y grave.

»Y con ruego y palabras amorosas,
que es modo de mandar que más obliga,
me dijo: «Las empresas gloriosas
»se alcanzan con trabajo y con fatiga:
»a las personas hace ser famosas
»la vida que se pierde aunque sea amiga,
»que cuando del temor vil no se prende,
»mientras más poco dura más se extiende.

» Entre todos os tengo yo escogido
» para una empresa cual a vos se debe;
» trabajo ilustre, duro, esclarecido,
» yo sé que en ser por mí os será muy leve.»
No esperé más; mas luego: «!Oh rey subido!
» ¿Con tal favor por vos quién no se atreve
» al fuego, hierro, muerte, a la cadena,
» que el ser poco una vida me da pena?

» Imaginad, gran rey, las aventuras
» que a Hércules Eurísteo inventaba;
» el león clioneo, harpías duras,
» el puerco erimanteo, la hidra brava,
» abajar a las sombras más oscuras
» do los campos de Dite Estige lava,
» porque a mayor peligro y más afrenta
» se pondrá el corazón a vuestra cuenta.»

» Con reales mercedes me agradece
la voluntad, y alaba las razones;
que la virtud loada vive y crece
e inflama a grandes hechos los varones:
a acompañarme luego se le ofrece,
por descubrir mejor sus aficiones
al rey y a mí, con hambre de honra y fama,
mi deseado hermano Paulo Gama.

» Fué luego Nicolao Coello tercero,
hombre de gran valor y de consejo,
que en los peligros suele ser primero,
no mostrando al trabajo sobrecejo:
ya de la gente moza y del guerrero,
en quien crece el deseo, me aparejo:
todos de grande esfuerzo ser parecen,
pues con tal pecho a tal temor se ofrecen.

»Fueron de Manuel remunerados
porque con más amor se apercibiesen,
y con palabras blandas animados
para cuantos trabajos sucediesen:
así fueron, oh Minias, ajuntados
a que el reino de Colcos combatiesen
en la hadada nao que osó primera
cortar el mar Euxino venturera.

»Ya en el puerto de la ínclita Ulisea,
con alboroto noble y con trabajo,
donde su arena y agua que azulea
en el salado mar la mezcla Tajo,
está la flota a punto, y ya desea
cada cual al partir hallar atajo,
que la gente del mar y la del Marte
están para seguirme a cualquier parte.

»Por las playas vestidos los soldados
vienen de mil colores y mil artes,
y no menos de esfuerzo aparejados
para buscar del mundo nuevas partes,
en las naos los vientos sosegados
revuelven los lustrosos estandartes,
y ellas muestran que allá en los mares largos
se volverán estrellas, cual la de Argos.

»Apercibidos todos de esta suerte
de lo que tal viaje pide y manda,
al trance se aparejan de la muerte,
que en la mar ante el ojo a todos anda:
al inmenso poder eterno y fuerte,
que nos vuelva su vista veneranda
imploramos, pidiendo nos guiase
y que a nuestros comienzos aspirase.

» Partímonos así del sacro templo
que en las playas del mar está asentado,
con nombre de la tierra, para ejemplo,
donde fué Dios al mundo en carne dado.
Certificote, rey, que si contemplo
cómo fuí de estas playas apartado,
de duda el pecho y de recelo lleno,
apenas a mis ojos pongo freno.

» Gente de la ciudad en aquel día,
unos por ser amigos o parientes,
otros sólo por vernos, concurría,
haciendo cada cual los ojos fuentes:
nosotros, con la santa compañía
de religiosos padres diligentes,
en procesión solemne a Dios llamando,
a los bateles vamos caminando.

» En tan largo camino y tan dudoso,
por perdidos las gentes nos juzgaban,
las mujeres con llanto muy piadoso,
los hombres con suspiros que arrancaban;
madres, damas y esposas, que el celoso
amor más desconfía, acrecentaban
la desesperación y miedo frío
de nunca poder ver vuelto navío.

» Cuál va diciendo: «¡Oh hijo, a quien tenía
» sólo por refrigerio y dulce amparo
» de mi vejez cansada, que a porfía
» acabaré con lloro nada avaro!
» ¡Por qué me dejas, dulce ánima mía.
» por qué de mí te vas, oh hijo caro,
» a hacer el funéreo enterramiento
» donde seas de peces alimento?»

» Cuál en cabello: » ¡Oh dulce y caro esposo,
» sin quien no da el amor de vivir muestra!
» ¿Por qué me aventuráis al mar rabioso
» la vida, que es más vida mía que vuestra?
» ¿Cómo, por un camino tan dudoso
» se os olvida el amor y afición nuestra,
» que nuestro gusto y nuestro dulce aliento
» queréis que con las velas lleve el viento? »

» Estas y otras palabras nos decían
de amor y de piadoso sentimiento:
los viejos y los niños nos seguían,
a quien la edad les da más corto aliento;
los montes más cercanos respondían
movidos en tan triste apartamiento;
las lágrimas la arena allí bañaban
y en número con ella se igualaban.

» Nosotros, sin volver los tiernos ojos
a las madres y esposas con cuidado,
porque dejar de amor tales despojos
no estorben el camino comenzado,
sintiendo mil dolores, mil enojos,
sin el despedimiento acostumbrado
subimos a la nao, que al despedirse
no puede el que se parte no afligirse.

» Mas un viejo de aspecto venerando
que en la playa se queda entre la gente,
volviéndose a nosotros, meneando
tres veces la cabeza blanca y frente,
la voz cansada un poco levantando
porque en la mar se oyese claramente,
con saber de experiencias solas hecho,
estas palabras saca de su pecho:

»¡Oh gloria de mandar, vana codicia
»de aquesta liviandad que llaman fama!
»¡Oh fraudulento gusto, oh gran malicia,
»atizada del ser que honra se llama!
»¿Qué castigo tan grande, qué justicia
»en el pecho ejecutas que te ama?
»¿Qué muertes, qué peligros, qué tormentas
»le pones con trabajos, con afrentas?

»Dura perturbación del alma y vida,
»fuente de desamparos y adulterios,
»sagaz consumidora conocida
»de haciendas, de reinos y de imperios:
»llámante ilustre, llámante subida,
»siendo digna de infames vituperios;
»llámante fama, gloria soberana,
»nombres para engañar la gente humana.

»¿A qué nuevos destinos determinas
»de llevar estos reinos, esta gente?
»¿Qué peligros, qué muertes le destinas
»debajo de algún nombre preeminente?
»¿Qué promesas de tierras, y aun de minas
»de oro, que le darás tan fácilmente?
»Qué famas les dirás tener, qué historias,
»qué triunfos, qué palmas, qué victorias?

»¡Oh tú, generación de aquel insano
»cuyo pecado triste e inobediencia
»no sólo de aquel Reino soberano
»te puso en tal destierro y dura ausencia,
»mas aun del otro estado más que humano,
»que fué de la primer simple inocencia
»de aquella edad de oro, te ha privado
»y en la de hierro y armas te ha dejado!

»Ya que en aquesta vanidad gustosa
»tanto enfrascas la loca fantasía;
»ya que a la fiera fuerza rigurosa
»le das nombre de esfuerzo y valentía;
»ya que tienes por cosa tan honrosa
»el despreciar la vida que debía
»de ser tenida en mucho, pues temiera
»perderla el Redentor que nos la diera:

»¿No tienes a la puerta el ismaelita,
»con quien armado campo y guerras veas?
»¿No sigue éste la ley falsa, maldita,
»si por la ley de Dios sólo peleas?
»¿No tiene pueblos mil tierra infinita,
»si tierras y riquezas más deseas?
»¿No es el moro por armas esforzado,
»si quieres en victorias ser loado?

»En tu tierra te dejas al contrario
»por ir a buscar otro a nueva tierra;
»dejas tu reino solo al adversario
»por mover al ausente cruda guerra;
»vas buscando el peligro extraordinario
»por la gloria que en sí la fama encierra,
»llamándote señor, con grande copia,
»de la India, Arabia, Persia, de Etiopia.

»¡Oh, maldito el primero que en el mundo
»al agua le entregó vela y madero,
»digno de estar en penas del profundo,
»si es justa ley la ley que seguir quiero!
»Nunca juicio alguno alto y profundo,
»ni cítara sonora de otro Homero,
»te dé por ello fama ni memoria,
»mas contigo se acabe nombre y gloria.

» Bajó el hijo de Jápeto del cielo
» el fuego que inspiró en el pecho extraño,
» encendiendo con él muertes, recelo,
» armas, deshonoras, guerras, grave engaño:
» ¡cuánto mejor Prometeo fuera al suelo,
» y cuánto a los vivientes menos daño,
» que tu estatua aquel fuego no tuviera
» con que locas empresas emprendiera!

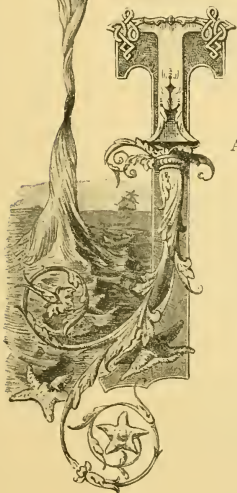
» No acometiera el mozo miserando
» del padre el carro, ni el aire vacío
» del grande arquitector el hijo, dando
» uno al mar nombre y otro fama al río:
» ningún prez de valor justo o nefando,
» por hierro, fuego, Marte, calma o frío,
» dejará de intentar la humana gente.
» ¡Mísera condición, triste accidente!»



CANTO QUINTO

TALES sentencias dice el viejo honrado
en alta voz, al tiempo que tendimos
las velas al sereno y sosegado
viento, y del puerto amado nos partimos;
y como ya en el mar es muy usado,
al desplegar la vela voces dimos
diciendo: «¡Buen viaje!» Luego el viento
en el mástil mostró su movimiento.

»Era tiempo en el cual el Sol la lumbre
entraba en el Nemeo truculento,
y el mundo, declinando de su cumbre,
estaba en sexta edad cargado y lento.
en ella ve, como es vieja costumbre,
cursos del Sol catorce veces ciento
con más noventa y siete en que corría
cuando la flota al mar largo se hacía.



»La vista poco a poco se destierra
de aquellos patrios montes que quedaban:
quedaba el caro Tajo y fresca sierra
de Cintra, do los ojos se alejaban;
quedábanos el alma allá en la tierra,
que lástimas y amor nos la arrancaban,
y en alta mar metidos con tal duelo,
no vimos más, al fin, que mar y cielo.

»Así fuimos rompiendo aquellos mares
que nunca en tiempo alguno proa rompiera,
viendo las nuevas islas y lugares
que el generoso Enrique descubriera:
los africanos montes y casares,
tierra que Anteón rey la poseyera,
a la izquierda se queda; a la derecha
no hay certeza de tierra, mas sospecha.

»Pasamos juntamente la famosa
isla, de su madera así llamada,
conocida por fama provechosa
después que por nosotros fué poblada,
y no por ser postrera Venus osa
llamar a cualquier otra más preciada,
que a ella, siendo suya, le rindiera
a Cipro, Gnido, Pafos y Citera.

»De Masilia la costa atrás dejamos,
do apastan aceniegues su ganado,
donde las frescas aguas no gustamos
ni hay hierba que les baste en campo y prado;
ser la tierra infructífera hallamos,
con aves que digieren hierro helado,
padeciendo de todo extrema inopia,
aparta a Berbería de Etiopia.

»El límite pasamos donde llega
el Sol que para el Norte el carro guía,
donde yacen los pueblos a quien niega
el Climeneo la color del día;
aquí gentes extrañas lava y riega
el negro Sanagá con su agua fría,
donde el cabo Arsinario el nombre pierde,
llamándole los nuestros cabo Verde.

»Habíamos pasado las Canarias,
que de Fortuna el nombre recibieron;
las hijas navegamos ordinarias
que de Hesperio Hesperias se dijeron,
y las tierras do nuevas cosas varias
en otro tiempo nuestras gentes vieron,
a do tomamos puerto con buen viento
por tomar de la tierra algún sustento.

»A aquella isla aportamos que tomara
el nombre del guerrero Santiago,
santo que al español siempre ayudara
a hacer en los meros bravo estrago;
de aquí, luego que Bóreas nos soplara,
tornamos a cortar el ancho lago
de la salada mar, y así dejamos
la tierra do el refresco dulce hallamos.

»Por aquí rodeando aquella parte
de África que quedaba hacia el Oriente,
la provincia Jalofo, que reparte
por diversas naciones negra gente;
la muy grande Mandinga, por cuya arte
gozamos el metal rico y luciente,
que cerca del Gambea famoso vive,
cuya agua el mar Atlántico recibe.

»Las Dórcadas pasamos, que pobladas
de hermanas otro tiempo se vivían,
que de vista total siendo privadas
las tres de un ojo solo se servían:
tú sola, cuyas trenzas encrespadas
a Neptuno en las aguas encendían,
sintiendo ya por ellas grave pena,
de víboras henchiste aquesta arena.

»Siempre, en fin, para el Austro va la proa
y en el inmenso golfo nos metimos,
dejando la sierra áspera Lioa,
y el cabo a quien de Palmas nombre dimos,
y el grande río, que, como en Lisboa
el Tajo, da en las playas que allí dimos;
quedóse la isla ilustre que tomara
el nombre del que el lado a Dios tocara.

»Allí de Congo el reino está excelente,
que por nosotros cree la fe de Cristo.
donde el Zaire reparte su corriente,
río por los antiguos nunca visto;
por este largo mar huye la gente
del conocido Polo de Calisto,
siendo el término ardiente ya pasado,
donde el medio del mundo es limitado.

»Ya descubierto habíamos delante
en el nuevo hemisferio nueva estrella
no vista de otra gente, que ignorante
estuvo tiempo alguno incierta de ella;
vemos la parte menos rutilante,
y por falta de estrellas no tan bella,
del polo fijo, donde aun no se sabe
si otra tierra comience o mar acabe.

»Así pasando aquellos pueblos sanos
por adonde dos veces pasa Apolo,
dos inviernos haciendo y dos veranos
en cuanto corre de uno al otro polo;
por calmas, por tormentas, vientos vanos
que en la alterada mar levanta Eolo,
vimos las Ursas, a pesar de Juno,
en las aguas bañarse de Neptuno.

»Contarte, grande rey, las milagrosas
cosas del mar que los hombres no entienden,
súbitas tempestades peligrosas,
relámpagos que el aire en fuego encienden,
negras lluvias y noches tenebrosas,
rayos que en su caer al mundo hienden,
no menos es trabajo que gran yerro,
aunque mi voz, señor, fuera de hierro.

»Los casos vi que rudos marineros,
que tienen por maestra la experiencia,
cuentan por ciertos siempre y verdaderos,
juzgándolos por sola la apariencia;
mas los que tienen juicios más enteros,
que sólo por ingenio puro y ciencia
ven del mundo secretos escondidos,
entienden no ser veros ni entendidos.

»Fué claramente visto el fuego vivo
que la gente del mar tiene por santo
en tiempo de tormenta y viento esquivo,
de tempestad obscura y triste planto:
no menos les fué a todos excesivo
milagro, y causa grande de harto espanto,
ver las nubes del mar con caño largo
las aguas recoger del mar amargo.

»Yo lo vi ciertamente (y no presumo que la vista me engaña) levantarse en el aire un vapor de sutil humo y, movido del viento, rodearse: alzarse de aquí un caño al polo sumo se veía, tan delgado, que mirarse del ojo fácilmente no podía: la materia de nubes parecía.

»Íbase poco a poco acrecentando, y más que un grueso mástil se engrosaba: aquí se estrecha, allí se alarga, cuando los golpes grandes de agua en sí chupaba: estábase en las aguas ondeando y encima una gran nube se espesaba, haciéndose mayor y más cargada con la carga del agua en sí tomada.

»Cual roja sanguijuela que pegada en labios de la bestia que imprudente en el agua la coge, aunque delgada, con la sangre se vuelve más potente, chupando el cuerpo engruesa, y alargada, se rellena y se hincha extrañamente, tal la larga columna hinchando aumenta a sí y la negra nube que sustenta.

»Mas después que del todo se hartara, el pie que está en la mar en sí recoge, y en el cielo lloviendo, al fin volara porque con agua el agua aumente y moje: las ondas da a las ondas que tomara; mas como del sabor de sal despoje al agua, los que saben de escritura díganme estos secretos de natura.



Kostka, pintó

E. Martín, sc.

«¡Oh gloria de mandar, vana codicia,
»de aquesta liviandad que llaman fama!
»¡Oh fraudulento gusto, oh gran malicia,
»atizada del-ser que honra se llama

Canto IV, Estr. 95.

»Si los antiguos sabios que anduvieron
tantas tierras por ver secretos de ellas
lo que pasé pasaran cuando fueron
maravillas buscando y cosas bellas,
cuánto más escribieran, que escribieron,
del influjo de signos y de estrellas.
¡Qué extrañezas, qué grandes cualidades,
y todo sin mentir, puras verdades!

»Ya la Cintia, que habita en el primero
cielo, por cinco veces presurada,
ahora medio rostro, ahora entero,
mostró mientras la mar corta el armada,
cuando de la alta gavia un marinero
gritaba: «¡Tierra, tierra deseada!»
Luego mira del bordo nuestra gente
el horizonte claro del Oriente.

»A manera de nubes se comienzan
a descubrir los montes que miramos;
las áncoras pesadas se aderezan;
las velas, ya llegados, amainamos;
los expertos pilotos luego empiezan
a conocer las partes donde estamos
por el nuevo instrumento y astrolabio,
invención de sutil juicio y sabio.

»Saltóse de la armada en la espaciosa
parte, donde la gente se derrama,
de ver cosas extrañas deseosa,
en tierra de que nunca tuvo fama;
mas yo con el Maestre en la arenosa
playa, junto mi hermano Paulo Gama,
tomamos todos tres del Sol la altura,
viendo del astrolabio la pintura.

»Y hallamos del todo haber pasado
del semicapro pez la grande meta,
estando entre él y el círculo nevado
austral, parte del mundo más secreta;
y al punto trae mi gente rodeado
un bruto morador de color prieta,
que tomara por fuerza en la montaña
mientras de dulce miel favos apaña.

»Turbado está en la vista y muy confuso,
como quien no se viera en tal extremo;
ni él entiende a mi gente, ni ella el uso
entiende del callado Polifemo.
Comiéndole a mostrar la piel que puso
a Colcos su valor, metal supremo,
la plata, la caliente especería,
y a nada de esto el bruto se movía.

»Mando mostrarle piezas más rateras,
de cristal unas cuentas transparente,
algunos cascabeles y monteras
rojas, que es la color que le contente;
vi luego por señales verdaderas
con aquesto holgarse grandemente:
con todo lo solté, y de allí camina
para su población, que está vecina.

»Y luego el día siguiente sus parceros,
desnudos todos, de color obscura,
descienden por los ásperos oteros
a probar como estotro su ventura:
domésticos se muestran, placenteros,
y tanto que, movido con locura,
Fernán Veloso de ellos se confía
y a ver la tierra va en su compañía.

»Es Veloso en su brazo confiado,
y de arrogante cree que va seguro,
mas siendo un grande espacio ya pasado
en que alguna señal saber procuro,
estando el ojo alerta con cuidado,
al venturero por el monte duro
le veo correr al mar tan sin aliento
que vence en la presteza al presto viento.

»El batel de Coello fué a la orilla
a tomarlo, mas antes que llegase,
uno de los que vienen en cuadrilla
tras él se echó en la mar, no se escapase;
vienen tantos, que verle es gran mancilla,
sin que pueda hallar quien le ayudase:
en su favor a vela y remo corro,
y mil negros al negro dan socorro.

»De espesa nube saetas y pedradas
llueven sobre nosotros sin medida,
y no fueron al viento en vano echadas,
que esta pierna de allí saqué herida;
nosotros, como gentes lastimadas,
la respuesta les dimos merecida,
que en más que en los bonetes se sospecha
que va color bermeja de esta hecha.

»Estando ya Veloso en salvamento,
nos recogimos todos al armada,
notando la malicia y torpe intento
de la gente bestial, bruta y malvada,
de quien ningún mejor conocimiento
tuvimos de la India deseada
que estar muy lejos de ella este paraje
y convenir seguir nuestro viaje.

»Preguntóle a Veloso un compañero
(estándose los más de esto riendo):
«¡Hola, Veloso amigo! Aquel otero
»¿es más fácil subiendo o descendiendo?»
«De bajar es mejor, dijo el guerrero;
»mas cuando tantos perros vi viniendo
»al armada y que en ella yo no estaba,
»corrí, porque esta empresa me esperaba.»

»Contónos cómo al punto que pasaron
el monte, no quisieron más dejarlo;
que hacia el mar se vuelva, señalaron,
queriendo, si no torna, allí matarlo;
y en volviéndose, luego se emboscaron
por matar los que fuesen a tomarlo,
y enviarnos con muerte al reino obscuro
para mejor robarnos al seguro.

»Mas eran cinco soles ya pasados
después que nos partimos navegando
los mares nunca de otros navegados
con mar bonanza y viento en popa blando,
cuando una noche, estando descuidados,
en proa unos durmiendo, otros velando,
una nube que todo lo obscurece
sobre nuestras cabezas aparece.

»Tan temerosa viene y tan cargada
que al corazón más fuerte el temor toca;
brama la triste mar, y cual quebrada
ola, suena, si da en alguna roca.
«¡Oh potestad divina sublimada!,»
dijo mi corazón y helada boca:
«¡Qué castigo la mar nos representa,
»que mayor cosa es ésta que tormenta!»

»Antes de decir más, una figura
en el aire se muestra tosca y válida,
de disforme y grandísima estatura,
con el rostro cargado y barba escuálida;
los ojos encorvados, la postura
horrenda, la color terrena y pálida,
llenos de tierra y crespos los cabellos,
los dientes amarillos los más de ellos.

»Tan grande era de miembros, que bien oso
certificarte que éste era el segundo
de Rodas extrañísimo coloso,
de los milagros siete uno del mundo:
un sonido de voz, triste, medroso,
que parece salir del mar profundo:
erízanse las carnes y el cabello
a todos con oirlo, y más con vello.

»Y dijo: «¡Oh gente osada más que cuantas
»en el mundo intentaron grandes cosas!,
»tú que por guerras ásperas y tantas,
»y por trabajos vanos, no reposas:
»pues los vedados términos quebrantas,
»y navegar mis mares largos osas,
»que por muy largo tiempo he yo guardado,
»sin que proa jamás los haya arado:

»Pues que vienes a ver los escondidos
»secretos por el húmedo elemento,
»a ningún grande humano concedidos
»de noble o de inmortal merecimiento,
»los daños que le están apercibidos
»oirás a tu sobrado atrevimiento
»por todo el largo mar y por la tierra
»que tienes que rendir con dura guerra.

»Sabe que cuantas naos este viaje
»que tú haces, hicieren de atrevidas,
»enemigo tendrán este paraje
»con vientos y tormentas desmedidas,
»y en la primer armada que pasaje
»hiciera por las hondas mal sufridas
»me tengo de mostrar gran enemigo,
»tomando de repente cruel castigo.

»Aquí espero tomar, si no me engaño,
»de quien me descubrió grave venganza,
»y no se acabará con esto el daño
»de vuestra no domada confianza:
»antes en vuestras naos veréis cada año
»(si es cierto lo que aquí mi ciencia alcanza)
»naufragios, perdiciones, de tal suerte
»que el menor mal de todos sea la muerte.

»Y del primer ilustre que ventura
»con fama lo hará subir de vuelo
»seré nueva y eterna sepultura
»por juicios incógnitos del cielo:
»aquí de la turquesa armada dura
»el despojo pondrá, y el mortal velo
»conmigo de sus daños le amenaza,
»Quiloa, destruída con Mombaza.

»Otro también vendrá de honrada fama,
»liberal, caballero, enamorado,
»y consigo traerá la bella dama
»que amor por gran favor le habrá otorgado;
»mas ¡ay!, que el negro hado acá los llama
»a este mi terreno, duro, airado,
»donde de su naufragio saldrán vivos
»para sufrir trabajos excesivos.

» De hambre morirán los hijos caros,
 » con amor engendrados y nacidos;
 » vendrán los cafres ásperos y avaros
 » a quitar a la dama sus vestidos;
 » los cristalinos miembros y preclaros
 » al frío y al calor serán curtidos;
 » después de haber pisado (¡oh grave pena!)
 » con delicados pies la ardiente arena.

» Verán los que pudieren escaparse
 » de tanto mal y grave desventura
 » los dos amantes míseros entrarse
 » en la implacable y férvida espesura:
 » allí verán las piedras ablandarse
 » con lloroso dolor, lástima pura,
 » y abrasadas las almas tomar vuelo
 » de la prisión mortal al alto cielo.»

» Adelante pasaba el monstruo horrendo
 contando nuestros hados, cuando, alzado,
 dije: «¿Quién eres tú, que ese estupendo
 » cuerpo el rostro me tiene demudado?»
 La boca y ojos negros retorciendo,
 dando un grito espantoso muy airado,
 me respondió con voz triste, pesada,
 como a quien la pregunta no le agrada:

«Yo soy aquel oculto y grande cabo
 » a quien llamáis vosotros Tormentorio,
 » que nunca a Ptolomeo, Pomponio, Estrabo,
 » Plinio y cuantos pasaron fué notorio:
 » yo toda la africana costa acabo
 » en este nunca visto promontorio
 » que para el Polo antártico se extiende,
 » a quien vuestra osadía tanto ofende.

»Soy uno de los hijos de la Tierra,
»cual Encélado, Egeo o Centimano:
»llaméme Adamastor, fuí a la guerra
»contra el que el rayo vibra de Vulcano:
»no que pusiese sierra sobre sierra,
»mas conquistando el mar loco e insano,
»por capitán quedé de donde andaba
»la armada de Neptuno que buscaba.

»Amores de la esposa de Peleo
»me hicieron tomar tan grande empresa:
»de las diosas no cura mi deseo
»por amar de las aguas la princesa:
»con las hijas la vi del gran Nereo
»en la playa desnuda, y quedó presa
»allí mi voluntad de tal manera,
»que no siento haber cosa que más quiera.

»Como fuese difícil alcanzarla
»por la grandeza fea de mi gesto,
»determiné por armas conquistarla,
»y a Doris mi deseo manifiesto;
»la diosa de temor comienza a hablarla,
»mas ella con un bel donaire honesto
»responde: — ¿Cuál será el amor bastante
»de ninfa que sustente el de un gigante?

»Pero para evitar un mal tamaño
»de cruda guerra, buscaré manera
»con que con mi honra excuse el grave daño. —
»Tal respuesta me dió la mensajera:
»yo, que caer no pude en el engaño,
»que es grande del amante la ceguera,
»hinchiéronme con grandes alabanzas
»el pecho de deseos y esperanzas.

»De la propuesta guerra desistiendo,
»una noche, de Doris prometida,
»el rostro vi venir resplandeciendo
»de mi hermosa Tetis, tan querida:
»como loco tras de ella corro abriendo
»los brazos por coger mi dulce vida
»de este cuerpo; besé sus ojos bellos,
»su boca, sus mejillas, sus cabellos.

»Mas ¡ay!, que el gran dolor la habla apoca;
»que creyendo abrazar a la que amaba,
»abrazado me hallé con una roca
»de duro monte y de espesura brava:
»juntando con la peña frente y boca,
»que por el rostro angélico apretaba,
»sin sentido quedé, quebrado el casco,
»hecho junto al peñasco otro peñasco.

»¡Oh ninfa dulce, amparo de mi daño!,
»pues que esta mi presencia no te agrada,
»¿qué te cuesta tenerme en este engaño,
»o fueses monte, o nube, o sueño, o nada?
»Mas viniéndome cierto desengaño,
»me partí por la afrenta aquí pasada
»a buscar otro mundo do no viesse
»quien de mi lloro y pena se riese.

»Eran ya en este tiempo mis hermanos
»vencidos y en miseria extrema puestos,
»que por quietarse más los dioses vanos
»los tienen a los montes sotopuestos,
»mas como contra Dios no valen manos,
»yo que llorando andaba en los recuestos
»de montes, comencé del enemigo
»hado a sentir las penas y el castigo.

»Convirtiósse mi carne en peña dura,
»en peñascos los huesos se volvieron;
»estos miembros que ves y esta figura
»por estas largas aguas se extendieron:
»en fin, esta grandísima estatura
»en el remoto cabo convirtieron
»los dioses, y por darme pena fea,
»con sus aguas la Tetis me rodea.»

»Aquesto nos contó, y con triste lloro
súbito de la vista se apartaba;
la nube se deshizo y con sonoro
bramido el agua adentro resonaba;
yo, levantando el rostro al sacro coro
angelical que allí nos aportaba,
a Dios pedí quitase aquellos duros
casos que Adamastor contó futuros.

»Ya Flegón y Pirois venían tirando
con otros dos el carro rutilante,
cuando se fué la tierra alta mostrando
en qué fué convertido el gran gigante.
Al longo de la costa comenzando
a cortar ya las aguas de Levante,
por ella abajo un poco navegamos,
donde segunda vez tierra tomamos.

»La gente que esta tierra poseía,
puesto que brutos negros todos eran,
más humana en el trato parecía
que los que atrás tan mal nos recibieran:
con bailes y con fiestas de alegría
por la playa a mirarnos concurrían
las mujeres consigo, y el ganado,
que apacentaban gordo y bien criado.

» Las mujeres quemadas traen encima
de vagarosos bueyes asentadas,
bueyes que es el ganado que se estima,
que todo lo demás anda en manadas:
coplillas pastoriles, prosa y rima,
en su lengua cantaban concertadas
con dulce son de rústicas avenas,
de Títiro imitando las camenas.

» Estos, como en la vista placenteros
eran, humanamente nos trataron,
trayéndonos gallinas y carneros
a trueco de otras piezas que llevaron;
mas como nunca al fin mis compañeros
de su lengua entender algo alcanzaron
ni señal de la tierra que buscamos,
dando velas, las áncoras alzamos.

» Ya habíamos cercado con corona
la costa negra de África, y tornaba
la proa a demandar la ardiente zona;
atrás el polo antártico quedaba;
queda también la isla que pregona
haber visto la armada que buscaba
el Tormentorio cabo, y descubierto
haber en ella hecho el viaje cierto.

» De aquí fuimos contando muchos días
entre tristes tormentas y bonanzas,
descubriendo en el mar no vistas vías
con el hilo de solas esperanzas,
trayendo con las aguas mil porfías,
que como todo en ellas son mudanzas,
una corriente hallamos tan pujante
que no nos consintió pasar delante.

»Era mayor la furia en demasía
de la mar, que ir atrás nos obligaba
con el grande furor con que corría,
que la fuerza del viento que soplabá;
pero, corrido Noto que en porfía
la mar contra su soplo tanto estaba,
hinchando los carrillos reciamente,
las naos hizo vencer a la corriente.

»Traía el Sol el día esclarecido
en que al Portal los tres Reyes vinieron,
buscando con la Estrella el Rey nacido
en quien los tres tres Reyes conocieron:
un puerto en este día ha aparecido
de las gentes que atrás nos recibieron
en un hermoso río, al cual le dimos
el nombre de aquel día en que vinimos.

»Refresco de esta gente en él tomamos
y dulce agua del río, mas no pudo
nadie hallar la nueva que buscamos,
siendo el pueblo a nosotros todos mudo.
Contempla, oh Rey, qué grande tierra andamos,
sin salir nunca de este pueblo rudo,
sin hallar rastro o nueva, ni señales,
de las buscadas partes orientales.

»Imaginad ahora cuán cuitados
andaríamos todos y perdidos,
de hambres, de tormentas quebrantados,
por climas y por mares no sabidos,
y del largo esperar tanto cansados
cuanto a desesperar casi movidos,
por cielos tan aversos de las vidas
cuanto son en el nuestro guarecidas.

»Corrompido el vital mantenimiento
y muy dañoso el flaco cuerpo humano,
y con esto ningún contentamiento
que aun fuese a la esperanza un gusto vano,
¿creeréis que si este nuestro ayuntamiento
de soldados no fuera Lusitano,
que pudiera durar tan obediente,
en ausencia, a su rey y a su regente?

»¿Creeréis que ya no fueran levantados
contra su capitán si resistiera,
haciéndose piratas, obligados
de desesperación y hambre fiera?
Grandemente por cierto están probados
los que vienen debajo mi bandera
en una Portuguesa alta excelencia
de firme lealtad y de obediencia.

»Dejando el puerto, en fin, del dulce río,
y tornando a cortar la agua salada,
hicimos de esta costa algún desvío,
engolfando en el medio nuestra armada;
porque, soplando Noto manso y frío,
no nos cogiese el agua represada
de la costa que un seno allí hacía
hacia donde Zofala el oro envía.

»Pasado este peligro, el mástil alto
al sacro Nicolás encomendamos,
y a do hace en la costa el mar asalto
la proa de una y otra nao inclinamos:
muéstrase de esperanza el pecho falto
de los que de un madero nos fiamos,
cuando, del esperar desesperado,
fué de una novedad alborotado.

»Ya que la flota llega cerca al puerto
do las playas y valles bien se veían,
en un río, que corre al mar abierto,
mil bateles entraban y salían:
alegría muy grande fué por cierto
encontrar con personas que sabían
navegar, porque entre ellas esperamos
hallar los dulces nuevas que hallamos.

»Etiópes son todos, mas con gente
mejor, al parecer, comunicaban:
arábigo lenguaje se les siente
entre la común lengua que hablaban:
con paño de algodón muy sutilmente
las cabezas ceñían y apretaban:
con otro que de tinta azul se tiñe
cada cual sus vergüenzas cubre y ciñe.

»Por la arábiga lengua mal hablada,
aunque bien de Martínez entendida,
nos dicen que por naos cual nuestra armada
es la mar en su tierra dividida;
que de do sale el Sol hacen jornada
a la costa del Sur más escondida,
y del Sur para el Sol, tierra do había
gente de la color del blanco día.

»Grandemente aquí todos nos holgamos
con nuevas de esta gente tan cabales,
y porque en este río señal hallamos,
el nombre le quedó de Las Señales;
un padrón en la tierra levantamos
que para señalar lugares tales
traían: con el nombre quedó el suelo
del que guió a Tobías a Gabelo.

»Aquí las sucias naos, de cosas llenas
que en las aguas del mar se crían saladas,
limpiamos, dando a todas sus carenas,
reforzando las tablas desclavadas;
de los que en las orillas sobre arenas
viven en las casillas mal labradas
alcanzamos refresco y el sustento,
con un pecho de mal vacío y exento.

»Mas no fué la esperanza tan inmensa
que hubimos en la tierra limpia y pura
de alegría, que luego en recompensa
Ramnusia la mezcló con desventura:
así el hermoso cielo lo dispensa,
con esta condición pesada y dura
nacimos, que el pesar tenga firmeza
y mude presto el bien naturaleza.

»Y fué que sobrevino con gran saña
un grave mal en todos, y dejaron
muchos la vida, donde en tierra extraña
los huesos para siempre sepultaron:
no saben qué aprovecha ni qué daña,
mas tan disformemente se hincharon
las encías en todos, que crecía
la carne y juntamente se podría.

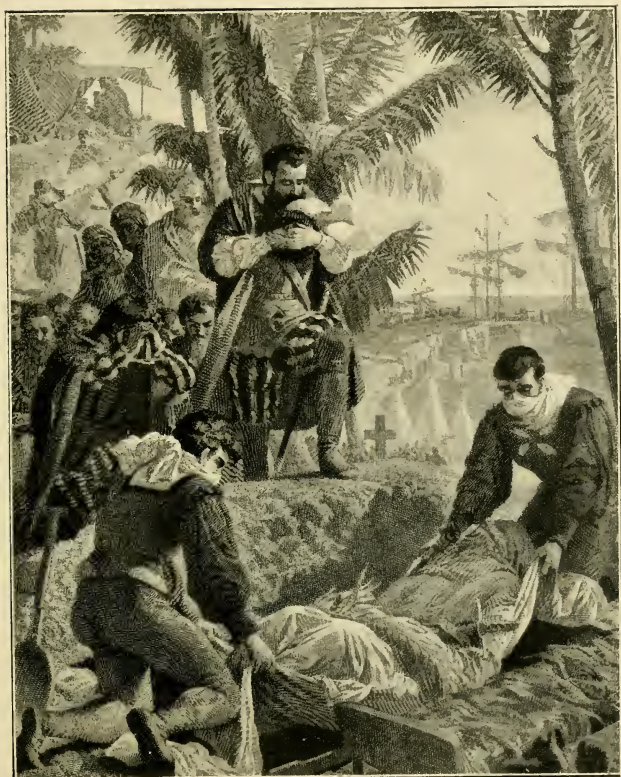
»De ellas salía un olor tan malo y bruto
que el aire más vecino inficionaba;
no se hallaba allí médico astuto,
cirujano sutil menos se hallaba:
cualquiera en este oficio poco instruto
por la podrida carne así cortaba
como si fuera muerta, y convenía,
pues muerto queda luego el que la cría.

»En fin, que en esta incógnita espesura
gran parte se quedó de compañeros,
que en el largo camino y desventura
con nosotros se vieron ventureros.
¡Cuán presto halla el cuerpo sepultura!
En agua, en tierra, en valles, en oteros,
doquiera, cual si fuera nuestra tierra,
el túmulo el ilustre cuerpo encierra.

»Así que de este puerto nos partimos
con mayor esperanza y más tristeza,
y por la costa abajo el mar abrimos
buscando nueva alguna de firmeza:
en Mozambique cruel al fin surgimos,
de cuya falsedad y vil bajeza
ya serás sabedor, y de los daños
de Mombaza y sus pueblos con engaños.

»Hasta que aquí seguros a este puerto,
cuya blandura y dulce tratamiento
dará salud a un vivo, vida a un muerto,
nos trajo la piedad del alto asiento.
Aquí como en florido y fresco huerto
reciben cuerpo y alma gran contento,
y con esto, señor, cuanto pediste
te ha contado mi lengua tosca y triste.

»Mira ahora, gran rey, si hubo en el mundo
gentes que tal camino acometiesen
¿Crees que tanto Eneas o el facundo
Ulises por el mundo se extendiesen?
¿O ha osado alguno ver del mar profundo,
por más versos que de él ya se escribiesen,
de lo que he visto yo con maña y arte,
y de lo que veré, la octava parte?



Kostka, pintó

Wagenmann, sc.

En fin, que en esta incógnita espesura
gran parte se quedó de compañeros,
que en el largo camino y desventura
con nosotros se vieron ventureros.

Canto V, Estr. 83.

»Ese a quien tanto honró la fuerte Aonia,
sobre quien traen contienda peregrina
entre sí Esmirna, Rodas, Colofonia,
Atenas, Ios, Argo y Salamina,
y esotro que esclarece a toda Ausonia,
a cuya voz poética divina
el río patrio Mincio se adormece
y el Tibre con su son se ensoberbece:

»Canten, loen, escriban siempre extremos
de esos sus semidioses, y encarezcan,
fingiendo magas, Circes, Polifemos,
sirenas que al cantar los adormezcan;
denles más navegar a vela y remos
los Cicones, y tierras do fallezcan,
a do los compañeros con el loto
olviden en las aguas su piloto.

»Vientos sueltos les finjan e imaginen
de cueros, y Calipsos malhadadas;
harpías que el manjar les contaminen;
ir a ver a las sombras ya pasadas;
que por mucho y por mucho que se afinen
en estas vanas fábulas soñadas,
la verdad que yo canto clara y pura
vence toda grandílocua escritura.»

De la boca del docto y fuerte Gama
pendiendo estaban todos embebidos
cuando sus veces dió a la sacra fama
que prosiga sus hechos tan subidos.
Alaba el rey la ilustre y fértil rama
de los reyes doquiera tan temidos,
de la gente la antigua fortaleza,
la lealtad de ánimo y nobleza.

Va recontando el pueblo que se admira
el caso cada cual que más notara:
nadie de ellos los ojos mueve o tira
mirando a quien el mar se sujetara;
mas las riendas el Delio vuelve y gira
que el lampacio mancebo mal guiara,
por gozar de la Tetis más de espacio,
y el rey se va del mar a su palacio.

¡Cuán dulce es el loor y propia gloria
de claros hechos, cuando son sonados!
Cualquier noble trabajo que en memoria
venza o iguale los grandes ya pasados,
la envidia de la ilustre ajena historia
hace mil veces hechos sublimados,
y al que en obras de fama se ejercita
el ajeno loor mucho le incita.

No tuvo en tanto Aquiles el famoso
Alejandro, aunque fuerte en la pelea,
cuanto de quien lo canta el numeroso
verso, por quien lo envidia, a quien desea.
El premio de Milcíades glorioso
a Temístocles tanto agujijonea,
que nada le encendía y animaba
como cuando sus hechos celebraba.

Trabaja por mostrar Vasco de Gama
que el largo navegar que el mundo canta
no mereció tan grande gloria y fama
cual éste que a la tierra y cielo espanta;
por más que el héroe aquel, que estima y ama,
con dones, con favores y honra tanta,
haga sonar la cítara mantuana
la gloria de su Eneas y romana.

Da la tierra de España Escipiones,
Césares, Alejandro, y da Augustos;
mas no les da con todo aquellos dones
cuya falta los hace tan robustos.
Octavio en las mayores opresiones
compone versos doctos y venustos:
no dirá Fulvia, cierto, que es mentira
que Antonio la dejaba por Glafira.

Vence César de Francia la pujanza
y las armas no impiden a la ciencia:
trae una mano la pluma, otra la lanza,
igualando de Tulio la elocuencia;
pues el gran Escipión lo sumo alcanza
del cómico escribir con experiencia:
leía Alejandro a Homero de manera
que siempre lo tenía a la cabecera.

En fin, ¿qué capitán fuerte no ha habido
que no fuese en las letras señalado
de los que Italia o Grecia ha producido?
Sólo en los españoles ha faltado,
con vergüenza lo digo, que no ha sido
más de un ilustre hecho celebrado
por no tener valor el verso y rima,
que quien no sabe el arte no la estima.

Por esto, y no por falta de natura,
no se hallan Virgilibios ni aun Homeros,
ni habrá jamás, si tal costumbre dura,
Eneas píos ni aun Aquiles fieros;
y, lo que peor es, que la ventura
tan ásperos los hizo, tan austeros,
tan rudos y de ingenio tan avieso,
que a muchos se les da muy poco de eso.

Agradezca a las Musas nuestro Gama
el amor patrial que las obliga
a dar nombre a los suyos con la fama
de la ilustre y la bélica fatiga,
que él, ni el que de su stirpe ser se llama,
a la Musa no tiene tan amiga,
ni las hijas del Tajo, que dejasen
las telas de oro fino y lo cantasen.

Porque el amor fraterno, puro, honesto,
de dar al lusitano pecho y hecho
digno loor, ha sido el presupuesto
de las bellas Tagides que esto han hecho:
por lo cual sólo debe estar dispuesto
a las altas empresas siempre el pecho,
pues por ésta o por otra cualquier vía
no perderá su precio y su valía.



CANTO SEXTO



Yo sabía en qué modo festejase
el negro rey los fuertes navegantes,
porque el amor y feudo granjease
del señor de unas gentes tan pujantes:
pésale ver que tanto lo apartase
su ventura de aquellas abundantes
tierras de Europa, y no estar más vecino
de do Alcides abrió en el mar camino.

Con juegos, danzas y otras alegrías
según la policía melindana,
con usadas y alegres pesquerías
con que Antonio a Lageia puso ufana,
este famoso rey todos los días
entretiene la gente Lusitana
con banquetes, manjares desusados,
con frutas, aves, carnes y pescados.

Mas viendo el capitán que se tardaba
más de lo que conviene y que ya el viento
a la partida llama, se aprestaba,
a la par, de pilotos y alimento:
a la vela se hace, que aun restaba
mucho por navegar del elemento:
con amor, del pagano se despide,
que a todos amistad larga les pide.

Pídeles más: que aquel su puerto sea
siempre de sus armadas visitado;
que ningún otro bien mayor desea
que dar a gente tal reino y estado,
y que en cuanto con vida el cielo vea
estará muy de veras aprestado
a dar la vida y reino totalmente
por rey de tanta alteza y por tal gente.

Otras tales palabras respondía
el capitán, y al viento velas dando,
al reino de la Aurora se partía,
que tanto tiempo ha que va buscando:
el piloto que lleva no tenía
el pecho falso, mas le va mostrando
la verdadera rota y mar futuro,
y con esto se va sobre seguro.

Las ondas navegaban del Oriente
en el inmenso mar, y divisaban
los tálamos del Sol, que nace ardiente,
y casi sus deseos se acababan;
mas Baco airado, que en el alma siente
las venturas que allí se aparejaban
a la gente del Luso, de ellas dina,
arde, muere, blasfema y desatina.

El cielo veía estar determinado
de hacer de Lisboa nueva Roma:
no lo puede estorbar, que destinado
está del gran poder que el mundo doma:
a la tierra bajó desesperado,
nuevo remedio en ella busca y toma,
entra el húmoro reino y vase al fuerte
de aquel a quien le cupo el mar en suerte.

Lo más íntimo entró de las profundas
cavernas altas donde el mar se esconde,
de do las olas salen furibundas
cuando el furor del viento al mar responde:
Neptuno vive, y viven las jocundas
Nereïdas, la parte del mar, donde
las aguas dejan campo a las ciudades
que habitan estas húmedas deidades.

Descubre el hondo nunca descubierto,
las arenas de plata neta y fina,
torres altas se ven en campo abierto
de transparente masa cristalina,
y cuanto más se allega, menos cierto
la vista lo que sea determina,
si es cristal, si es aljófár o diamante,
según se muestra claro y rutilante.

Las puertas de oro fino, claveteadas
del rico aljófár que las conchas crían,
de hermosa pintura dibujadas,
los ojos del dios Baco entretenían:
de colores se veían variadas
del viejo Chaos las formas que yacían;
vense cuatro elementos trasladados
en diversos oficios ocupados.

Allí el sublime fuego estaba encima
sin que sea en materia sostenido;
de allí las cosas vivas siempre anima
después que por Prométeo fué cogido;
luego tras él el aire se sublima
que pegado a la esfera puso nido,
no dejando lugar caliente o frío
en todo el universo estar vacío.

Está la tierra en montes revestida
de verdes hierbas y árboles floridas,
dando pasto diverso y dando vida
a las fieras en ella producidas:
la clara forma allí estaba esculpida
de las aguas por tierras esparcidas,
que de pescados crían varios modos,
cebando con su humor los cuerpos todos.

En otro lado está puesta la guerra
que dioses y gigantes han tenido;
Tifeo sotopuesto está a la sierra
Etna, por donde fuego ha despedido;
esculpido se ve dando en la tierra,
ante el pueblo que a verlo ha concurrido,
por sacar el caballo, el gran Neptuno;
cuando Palas produjo el aceituno.

Poco se tarda aquí el Tebano airado
en mirar estas cosas; mas entrando
adonde está Neptuno, que, avisado
de su venida, en pie le está esperando,
recíbelo a la puerta, acompañado
de ninfas que se están maravillando
de ver que, acometiendo tal camino,
venga al reino del agua el rey del vino.

«¡Oh Neptuno!, le dijo, no te espantes
si a Baco en tus palacios recibieres,
que también con los grandes y pujantes
suele mostrar fortuna sus poderes:
manda llamar los dioses del mar antes
que hable más, si más oír quisieres;
verán de desventura grandes modos:
oigan todos el mal que toca a todos.»

Juzgando ya Neptuno que sería
extraño caso aqueste, llamar manda
a Tritón a los dioses de agua fría
y a los que habitan una y otra banda.
Tritón, que de ser hijo se gloria
del rey y de Salaucía veneranda,
era mancebo grande, negro y feo,
trompeta de su padre y su correo.

Los pelos de la barba y cabellera,
que a los hombros abaja, ser mostraba
del limo de la mar a do naciera;
tales que nunca peine los peñara:
las ostras y la pesca vil, ratera,
de las mojadas puntas le colgaba:
en la cabeza trae por gorra, aposta,
una cáscara grande de langosta.

Desnudo el cuerpo y miembros genitales,
porque al nadar no tenga impedimento,
aunque cubiertos todos de animales
que en ellos se amontonan ciento a ciento:
arañas y cangrejos y otros tales,
que de Febe reciben crecimiento,
inmundos animales el inmundo
lugar cubren, cogidos del profundo.

La conca que llevaba, retorcida,
con tanta fuerza y brío la soplabá
que en un punto de todos fuera oída
según en la mar ancha retumbaba:
luego la compañía apercebida
de dioses al palacio caminaba
del dios que el muro hizo de Dardania,
destruído después de griega insania.

El Océano viene acompañado
de los hijos e hijas que engendrara:
Nereo, que con Dorio fué casado,
y de ninfas el mar todo poblara:
el profeta Proteo deja el ganado
marítimo pacer por la agua clara:
allí viene también, aunque sabía
a lo que Baco al mar venido había.

De Neptuno la linda y bella esposa,
hija de Celo y Vesta, allí se halla
grave, y con rostro alegre tan hermosa,
que está la mar en leche por miralla:
vestida una camisa preciosa
de bengala o beatilla, que a tapalla
no es posible, mas deja el cuerpo verse,
que tanto bien no es bien pueda esconderse.

Anfitrite, más bella que las flores,
no quiso que aquí menos se sintiese:
consigo trae el delfín que a los amores
del rey le aconsejó que obedeciese;
con los ojos de cuanto ve señores
cualquiera pensará que al sol venciese:
las dos van mano a mano igual partido,
pues ambas son esposas de un marido.

Y la que, de las furias de Atamante
huyendo, mereció divino estado,
consigo trae su hijo, bello infante
que en número de dioses es contado:
brincando por la playa va delante
con las conchas que cría el mar salado,
por la arena a las veces se recrea,
y otras lo lleva en brazos Panopea.

Y el dios que humano fué, mas por extraño
caso con una hierba poderosa
fué convertido en pez, y de este daño
le vino la deidad santa, gloriosa,
aun se viene llorando el grave engaño
que Circes con su Escila usa hermosa,
la cual ama de veras siendo amado,
que a aquesto obliga amor mal empleado.

Ya finalmente todos asentados
dentro de una capaz y rica sala,
las diosas en riquísimos estrados,
los dioses en fino oro de Zofala,
de Neptuno son todos regalados,
el dios Baco con él está a la iguala;
y con suave olor la arabia masa
que nace dentro el mar hinche la casa.

Estando sosegado ya el tumulto
de dioses y de sus recibimientos,
comienza a descubrir del pecho oculto
la razón Tioneo de sus tormentos;
un poco entristeciéndose en el bulto,
dando muestra de grandes sentimientos,
por dar a los del Luso triste muerte
con hierro ajeno, habla de esta suerte:

» Príncipe que de juro señoreas
de un polo al otro polo el mar airado,
y como tú lo quieres y deseas,
término das al mundo limitado,
y tú, padre Oceano, que rodeas
el globo de la tierra que has cercado,
y a ninguno permites, aunque amigo,
que tus límites pase sin castigo.

» Y los demás que nunca habéis sufrido
injuria en vuestro reino chica o grande,
que con castigo igual no hayáis tenido
venganza de este tal que en la mar ande,
¿cómo en tanto descuido habéis vivido,
quién puso en tanto grado que os ablande
los pechos con razón endurecidos
contra los hombres flacos y atrevidos?

» Visteis que con grandísima osadía
el cielo acometieron más supremo;
visteis aquella loca fantasía
de tentar a la mar con vela y remo;
visteis y veis ahora cada día
empresas tan soberbias, que me temo
serán del cielo y agua Lusitanos
los dioses, y nosotros los humanos.

» Veis ahora la poca y flaca gente
que de un vasallo mío nombre toma,
con soberbia de pecho y alta frente
a vos y a mí y al mundo todo doma:
ved cómo corta el mar del Oriente,
a do jamás llegó fuerza de Roma:
ved cómo, el reino de agua sojuzgando,
los estatutos vuestros van quebrando.

»Yo vi contra los Minias, que primero
camino por el agua en nao hicieron,
que injuriado Bóreas y el parcerero
Aquilo a los demás les resistieron:
si del ayuntamiento venturero
los vientos esta injuria así sintieron,
vos, a quien más compete esta venganza,
¿qué esperáis, qué queréis con tal tardanza?

»Y no consiento, dioses, que ninguno
piense que por su amor bajé del cielo,
ni que siento la injuria de Neptuno:
la mía es la que temo yo y recelo;
mi suerte lloro, que el hado importuno
en mis victorias ponga obscuro velo,
y lo que yo gané por el Oriente
lo vea ser rendido de esta gente.

»Que el gran señor y hados que destinan
a su albedrío el ser del bajo mundo
mayor fama que a nadie determinan
darle por el mar ancho del profundo.
Mirad, oh dioses sacros, si se inclinan
por pasión los del cielo, que segundo
se ve, nadie tendrá menos valía
que quien con más razón valer debía.

»Y por esto bajé del cielo huyendo,
buscando algún remedio a mis pesares,
por ver si lo que en él se fué perdiendo
lo hallaré ganado en vuestros mares.»
Queriendo decir más, vanle impidiendo
las perlas que llorando caen a pares
de los húmedos ojos, con que luego
se encienden las deidades de agua en fuego.

La ira con que al punto fué alterado
el corazón de todos los vivientes
no sufre más consejo bien pensado
ni dilación mayor, ni inconvenientes.
Al grande Eolo envían un recado,
de parte de Neptuno y sus clientes,
que dé suelta a los vientos repugnantes,
con que no haya en el mar más navegantes.

Proteo bien quisiera haber audiencia
para decir allí lo que sentía,
y según lo descubre su presencia,
era alguna profunda profecía;
mas en todos hallaba resistencia
de aquella tumultuosa compañía,
y Tetis, indignada, dijo en alto:
«Proteo, no es Neptuno en ciencia falto.»

Luego el soberbio Hipótades soltaba
de la cárcel los vientos furiosos,
el furor con palabras avivaba
contra nuestros guerreros animosos:
al punto el claro cielo se entoldaba,
que los vientos comienzan impetuosos
a correr por el mar fuerzas tomando,
torres, montes y casas derribando.

En cuanto este consejo se hacía
en el acuoso asiento, nuestra flota
con viento sosegado proseguía
por el tranquilo mar su larga rota.
Era cuando la luz del claro día
del hemisferio Eoo está remota;
los del cuarto de prima se acostaban,
y al segundo los otros despertaban.

Del gran sueño vencidos, mal despiertos,
boceando a menudo se albergaban
por sobre las antenas, descubiertos
sin defensa a los vientos que soplaban;
los ojos con trabajo grande abiertos,
los perezosos miembros estiraban,
remedios contra el sueño buscar quieren,
historias cuentan, casos mil refieren.

«¿Cómo será mejor, uno decía,
este tiempo pasar grave y pesado
sino con algún cuento de alegría
con que nos deje el sueño tan cargado?»
Responde Leonardo, que traía
pensamientos de firme enamorado:
«¿Qué cuentos contarán que sean mejores,
para pasar el tiempo, que de amores?»

«No es, dijo Veloso, cosa justa
de blanduras tratar en la aspereza
que el trabajo del mar, que nos disgusta,
no consiente blanduras ni terneza;
antes de dura guerra, cruel, robusta,
aquesta historia sea, pues dureza
nuestra vida ha de ser a lo que entiendo,
que el mal que ha de venir lo está diciendo.»

Todos vienen en ello y encomiendan
a Veloso que cuente lo que aprueba:
«Yo lo contaré, dijo, como entiendan
que no es fábula antigua o ficción nueva;
y porque los oyentes de aquí aprendan
a hacer hechos grandes de alta prueba,
diré de los que son de nuestra tierra
los doce de la guerra de Inglaterra.»

»En tiempo que las riendas de su reino
el rey don Juan primero moderaba,
gozando de la paz con su gobierno
que el cercano enemigo perturbaba,
dentro de Inglaterra, que en invierno
perpetuo con la nieve blanqueaba,
la fiera Erimnis siembra tal cizaña
que fuese inmortal fama a nuestra España.

»Entre las damas de la corte inglesa
y nobles cortesanos hubo un día
una grave discordia sobre mesa,
o fué por opinión o por porfía;
los cortesanos, a quien poco pesa
decir graves palabras de osadía,
dicen sustentarán que honras y famas
en tales damas no hay para ser damas.

»Y si alguno con lanza o con espada
quisiere demandarles lo contrario,
ellos en campo raso o estacada
convencerán con muerte al adversario:
la femenil flaqueza, poco usada
a semejante afrenta, el necesario
auxilio implora luego de las gentes,
buscándolo entre amigos y parientes,

»Mas como fuesen grandes y pujantes
del reino los galanes, no se atreven
ni parientes ni amigos ni aun amantes
a sustentar las damas como deben.
Con lágrimas humanas, y bastantes
a que tras sí los sacros dioses lleven,
echadas por el rostro de alabastro,
se van todas al duque de Alencastro.



F. Gerard, dibujó

Piget, sc.

Viendo Vasco de Gama que en el puerto
de su dulce deseo se perdía,
viendo hasta el infierno el mar abierto
y que con nueva furia el cielo veía...

Canto VI, Estr. So.

»Era gran capitán y se hallara
en guerras con la gente portuguesa
cuando contra Castilla se mostrara
defendiendo su tierra en alta empresa:
la fuerza del amor allí notara
que a su hija la hizo ser princesa,
porque con su beldad el pecho doma
del fuerte rey, y por mujer la toma.

»Este, que socorrerlas no quería
por no causar discordias intestinas,
les dijo: «En Portugal, cuando atendía
»el rey a haber las tierras iberinas,
»noté en los portugueses tal valía,
»tal primor, tal esfuerzo y partes dinas,
»que ellos solos podrían, si no yerro,
»sustentar esta causa a fuego y hierro.

»Y si, agraviadas damas, sois servidas,
»de vuestra parte irán embajadores
»que con cartas discretas y sentidas
»los hagan de este agravio sabedores:
»con ellas en extremo encarecidas,
»con palabras de halagos y de amores,
»vuestras lágrimas sean, que yo creo
»veréis puesto en efecto ese deseo.»

»Así las aconseja el duque experto,
y doce les nombró de los más fuertes,
mas porque cada cual tenga uno cierto,
les manda que sobre ellos echen suertes:
doce a doce les dió, y al descubierto
por suyo, cada cual sus penas, muertes,
sus afrentas escribe por mil modos,
y todas a su rey, y el duque a todos.

»Ya llega a Portugal el mensajero
y con la novedad la corte altera:
quisiera el rey sublime ser primero,
si la alteza real lo consintiera:
cualquiera cortesano el venturero
holgara que su suerte lo hiciera,
y tienen por dichoso y bienhadado
al que viene del duque señalado.

»Ya en la fuerte ciudad de do nombrada
nuestra tierra quedó con nombre eterno
de Portugal, se apresta gruesa armada
por orden del que tiene el real gobierno:
apercíbense luego a la jornada
de ropas con galán corte moderno,
yelmos, cimarras, letras y primores,
caballos y libreas de colores.

»Ya de su rey tenían la licencia
para partir del Duero celebrado
aquellos que escogidos por sentencia
fueran del duque inglés tan sublimado.
No se halla en los doce diferencia
en caballero, diestro o esforzado,
mas uno que Magricio se decía
de esta suerte habló a la compañía:

«Fortísimos guerreros, yo deseo
»ha mucho tiempo ver cosas extrañas,
»por ver más tierras y aguas que aquí veo,
»varias gentes del mundo, varias mañas;
»y así, puesto que sea gran rodeo,
»pues las cosas del mundo son tamañas,
»querría, si queréis,irme por tierra,
»que yo llegaré a tiempo a Inglaterra.

»Y cuando caso fuere que, impedido
»por la que da a las cosas fin postrero,
»en el plazo faltare definido,
»no será grande falta un compañero:
»todos por mí haréis lo que es debido,
»aunque, según en Dios confío y espero,
»ríos, montes, fortuna, ni embarazo,
»no harán que no llegue al justo plazo.»

»Siendo con esto todos abrazados,
tomada la licencia, de ellos parte
por León, por Castilla y los ganados
lugares por valor del patrio Marte.
Ve a Navarra y los montes encumbrados
de Pirene, que a España y Francia parte;
vistas en fin de Galia cosas grandes,
al estado pasó grande de Flandes.

»Allí llegado, o fuese industria o maña,
sin pasar se detuvo muchos días;
mas los once, que marchan con gran saña,
cortan el mar del Norte con porfías:
llegados a la costa inglesa extraña,
para Londres tomaron breves días:
del duque son con fiestas regalados,
de las damas servidos y animados.

»Llégase el plazo y día señalado
de entrar en campo con los doce ingleses,
que el seguro del rey ya estaba dado:
de yelmos se arman todos y de arneses;
las damas por su parte ven armado
el esfuerzo feroz de portugueses:
vístense de colores todas ledas,
con oro, joyas, perlas, ricas sedas.

»Mas a la que le cupo por su suerte
el ausente Magricio, así le pesa,
que de luto se viste como en muerte,
pues su galán le falta en esta empresa:
los once publicaron con voz fuerte,
que lo entienda la corte toda inglesa,
que a las damas les den las justas palmas
aunque dos o tres de ellos den las almas.

»Ya en un sublime y público teatro
se asienta el rey inglés con los señores:
estaban tres a tres y cuatro a cuatro
mirando los valientes guereadores:
no son vistos del sol, del Tajo al Batro,
de fuerza, esfuerzo y de ánimo mayores,
otros doce salir cual los ingleses,
ni cual salen los once Portugueses.

»Tascaban los caballos espumando
los frenos de oro con feroz semblante:
el sol está en las armas verberando
como en limpio cristal y bel diamante;
mas divísase en uno y otro bando
partido desigual y disonante
entre once y doce, cuando ya la gente
comienza a alborotarse comúnmente.

»Vuelven todos el rostro donde había
la causa principal del rebullicio
y ven un caballero que venía
con armas y caballo a su servicio:
saluda al rey y damas, y seguía
los once Lusitanos, que es Magricio:
sus amigos abraza el compañero,
que al peligro no falta aunque postrero.

»La dama, como vió que era venido
el que ha de defender su nombre y fama,
del animal de Heles se ha vestido,
que más que a la virtud el vulgo lo ama.
Ya dan señal, y el bélico ruído
los encendidos pechos tanto inflama,
que pican y las riendas sueltan luego,
bajan las lanzas, salta en tierra el fuego.

»El tropel de caballos al encuentro
retumbar hace el bajo y hueco suelo:
a nadie el corazón le cabe dentro
del pecho con temor y con recelo:
cuál de la silla vuela al hondo centro;
cuál de tierra la cara vuelve al cielo,
cuál en rojas las armas tiñe blancas,
cuál con yelmo y penacho da en las ancas.

»Alguno allí granjea eterno sueño
que quisiera quizás no granjeallo:
allí corre un caballo ya sin dueño,
aquí corre ya un dueño sin caballo:
ya la soberbia inglesa con desdén
de tres o cuatro muertos halla al fallo,
que al hacer con espada la batalla
hay más que arnés, escudo, yelmo y malla.

»Gastar palabras en contar extremos
de golpes fieros, fieras cuchilladas,
es de los gastadores que sabemos
de tiempo con las fábulas soñadas:
basta por fin del caso que entendemos
que con hazañas grandes señaladas
los nuestros alcanzaron la victoria
y las damas quedaron con su gloria.

»El duque recogió los vencedores
en sus casas con fiestas y alegría:
cocineros ocupa y cazadores
de las damas la bella compañía,
que quieren dar a sus libertadores
suntuosos banquetes cada día,
en cuanto los tuviere Inglaterra
sin dejarlos volver para su tierra.

»Mas dicen que después el gran Magricio,
deseoso de ver cosas más grandes,
en la tierra se queda, do un servicio
a la condesa hizo que es de Flandes
(que profesando, oh Marte, tu novicio,
no se acobardará en cuanto le mandes):
un fiero francés mata que el destino
de Torcato traía y de Corvino.

»Y de los doce un otro en Alemania
se queda, donde tuvo un desaffo
con un falso germano que con maña
lo pretendió dejar rendido y frío.»
Contando esto Veloso con gran saña,
le piden que no haga tal desvío
del caso de Magricio y su victoria,
y que del alemán tenga memoria.

Todos del que contaba están colgando,
y el mestre del aire, tras quien anda,
el silbo toca a priesa, despertando
los marinos de una y otra banda;
y porque el viento viene refrescando,
los trinquetes de proa coger manda:
«Alerta, grita, alerta, que recrece
el viento de la nube que parece.»

No eran los trinquetes aun plegados
cuando les sobrevino la procela:
«¡Izad la vela grande, descuidados!»
«¡Amainad con furor la mayor vela!»
No esperaron los vientos indignados
que amainen los que están en centinela:
mil pedazos la hacen con ruido
que el mundo pareció ser destruído.

Hiere el cielo con gritos nuestra gente
con súbito temor desacordada:
queda la nao sin vela tan pendiente
que por el bordo al mar le daba entrada.
«¡Alija, alija, todos prestamente;
la ropa vaya al mar, no quede nada;
otros den a la bomba, no cesando;
abomba, que nos vamos anegando!»

Corrieron los soldados animosos
a la bomba, y al punto que llegaron
los vaivenes del mar impetuosos
al bordo todos juntos los echaron.
Tres marineros diestros y forzosos
el timón menear nunca bastaron:
cuñas le ponen de una y otra parte,
si aprovechar pudiese esfuerzo y arte.

Nunca fuerza mayor mostrar pudieron
los vientos, ni más ímpetu furioso,
cuando por derribar juntos vinieron
el fuerte de Babel tan suntuoso:
en los profundos mares que crecieron,
cual batel que en la mar no halla reposo,
se muestra la gran nao y mueve espanto
poderse sustentar en la mar tanto.

La nao grande en que va Paulo de Gama
por el medio llevaba el mástil roto;
anegada la gente al cielo clama,
pidiendo ayuda a Dios con lloro y voto;
por el aire también voces derrama
toda la nao de Coello, aunque el piloto
tuvo al venir del viento tanto tiento
que primero amainó que diese el viento.

A veces a las nubes los subían
las olas de Neptuno furibundo;
a veces los abajan donde veían
las íntimas entrañas del profundo:
Noto, Austro, Bóreas, Aquilo querían
arruinar la máquina del mundo:
la noche, triste y negra, relucía
con rayos en que el cielo todo ardía.

Las alcioneas aves triste canto
junto a la brava costa levantaron,
tornando a la memoria el grave llanto
que las furiosas aguas les causaron;
los tímidos delfines, entre tanto,
en las cuevas marítimas se entraron,
la tempestad huyendo y vientos duros
que ni al fondón los dejan ser seguros.

Nunca tan vivos rayos fabricara
contra la gigantea fuerza y gente
el que de su antenado sublimara
las armas con el temple reluciente,
ni nunca el gran Tonante al mundo echara
tan a menudo el trueno y rayo ardiente
en el grande diluvio do vivieron
los que piedras en gente convirtieron.

¡Cuántos montes entonces derribaron
las olas que batían denodadas!
¡Cuántas viejas encinas arrancaron
las furias de los vientos indignadas!
Las forzosas raíces no pensaron
poderse ver jamás desarraigadas,
ni las hondas arenas desde el suelo
llegar con viento y agua hasta el cielo.

Viendo Vasco de Gama que en el puerto
de su dulce deseo se perdía,
viendo hasta el infierno el mar abierto
y que con nueva furia el cielo veía,
confuso de temor, de vida incierto,
donde ningún remedio le valía,
aquel remedio llama santo y fuerte
que lo imposible puede, de esta suerte:

«¡Divina guarda, amparo y bien del triste,
que el cielo, mar y tierra señoreas!
Tú que al triste Israel refugio diste
en medio de las aguas eritreas,
Tú que libraste a Pablo y defendiste
de peligrosas sirtes y ondas feas
y guardaste con hijos al segundo
poblador del vacío y yermo mundo:

»Si tengo nuevos miedos peligrosos
de otra Escila y Caribdis ya pasados,
otras sirtes, bajíos arenosos,
otros Acroceraunios infamados,
¿al fin de tantos casos trabajosos,
por qué somos de ti desamparados,
si este nuestro trabajo no te ofende.
mas con él tu servicio se pretende?

»¡Oh dichosos aquellos que pudieron,
entre las gruesas lanzas africanas
morir, en cuanto fuertes sostuvieron
la santa fe en las tierras mauritanas,
de quien hechos ilustres se supieron,
de quien quedan memorias soberanas,
de quien se gana vida con perdella,
siendo la muerte honrosa en honra de ella!»

Diciendo esto, los vientos que luchaban
como toros indómitos bramando,
más y más la tormenta acrecentaban
por la menuda jarcia resonando:
relámpagos horribles no cesaban,
fieros truenos que están representando
el cielo de sus ejes dar en tierra,
tener los elementos cruda guerra.

Ya la amorosa estrella cintilaba
delante el claro Sol, puesta al Oriente,
mensajera del día, y visitaba
la tierra y largo mar con leda frente,
y la diosa, que a ella gobernaba,
a quien el rostro guarda Orión ausente,
luego que vió en el mar la rota armada,
de miedo, enojo y rabia fué tocada.

«Estas obras de Baco son por cierto,
dijo; mas su intención falsa y aleve
no pasará adelante: descubierto
me será siempre el mal a que se atreve.»
Esto diciendo, baja al mar abierto,
gastando en el camino tiempo breve:
manda luego a las ninfas amorosas
coronarse de flores y de rosas.

Manda poner guirnaldas de colores
sobre cabellos rubios a porfía:
¿quién no dirá que nacen rojas flores
sobre el oro que Arabia fértil cría?
Ablandar determina por amores
de vientos la enojada compañía,
mostrándoles sus ninfas caras, bellas,
que más hermosas van que las estrellas.

Así fué, porque luego que llegaron
a ver la vista de ellas, les fallecen
las fuerzas con que de antes pelearon
y ya como rendidos le obedecen:
pies y manos al punto les ligaron
los cabellos que rayos obscurecen,
y a Bóreas, que en amor más la quería,
le dijo la bellísima Oritia:

«No creas, fiero Bóreas, que te creo,
que me tuviste nunca amor constante:
la blandura es de amor más cierto arreo,
y el furor no está bien a firme amante:
si con freno tu furia no la veo,
no tienes que esperar de aquí adelante
que pueda más amarte, mas temerte,
que amor contigo en miedo se convierte.»

Así mismo la bella Galatea
decía al fiero Noto; que bien sabe
haber tiempo que en verla se recrea
y bien cree que con ella todo acaba:
no sabe si este bien tan grande crea,
que en su pecho tal gozo apenas cabe,
mirando que su dama ya le manda,
y piensa que hace poco aunque sea blanda.

De esta suerte las otras amansaban
con palabras sus firmes amadores,
y a la hermosa Venus se entregaban,
amansadas sus iras y furores.
Ella les prometió, viendo que amaban,
sempiterno favor en sus amores,
tomándoles a todos homenaje
de servir a la flota en su viaje.

Daba ya la mañana en los oteros
por donde el Ganges suena murmurando,
cuando de la alta gavia marineros
por la proa van tierra divisando:
fuera ya de tormenta y mares fieros,
el temor van del pecho desterrando.
Grita alegre el piloto melindano:
«¡De Calicut la tierra está a la mano!

«Si la India buscáis, esta es la tierra
del Indo verdadero, que aparece:
aquí vuestro viaje se destierra;
aquí vuestro trabajo se fenece.»
El fuerte capitán, en quien se encierra
el bien y el mal de cuanto allí se ofrece,
humilde se postró y a Dios adora,
que a la tierra los trujo de la Aurora.

Mil gracias daba a Dios, con grato pecho,
que no sólo la tierra le mostraba
que con tanto temor, tan sin pertrecho,
con trabajos ha tanto que buscaba;
mas en salvo lo puso del estrecho
de la muerte que el mal aparejaba:
libre se ve del golfo y sobre un leño,
como quien despertó de un grave sueño.

Por medio de peligros tan pesados,
de trabajos tan graves y temores,
alcanzan los que son a fama dados
los títulos honrosos de señores,
no estando en nobles troncos recostados,
sólo con el valor de sus mayores,
no en los dorados techos, ni con finos
aforros de Moscovia cebellinos.

No con manjares nuevos y exquisitos,
no con paseos blandos ociosos,
no con varios deleites infinitos
que afeminan los pechos generosos,
no con nunca vencer los apetitos
que la fortuna tiene tan mimosos,
que no sufre a ninguno dar un paso
por obra de virtud que no sea escaso.

Mas con ganar con fuerzas de su brazo
honra que con razón la llame propia,
poniéndose de acero el fuerte lazo,
sufriendo mil miserias con inopia,
venciendo el torpe frío en el regazo
del Sur, y los calores de Etiopia,
tragando, aunque corrupto esté, el sustento
templado con un arduo sufrimiento.

Con mostrar al peligro en el semblante
una seguridad de pecho entero,
al pasar la pelota por delante
llevando pierna o brazo al compañero:
esto hará que el pecho se levante
despreciando las honras y dinero,
las honras y dinero que ventura
forjó, no la virtud, que es justa y dura.

De esta arte quedará el entendimiento
con experiencias hecho reposado,
viendo, cual atalaya, de alto asiento
el bajo trato humano mal trabado:
este tal, donde hubiere regimiento
derecho, y no de afectos ocupado,
subirá como debe a tener mando
contra su voluntad, y no rogando.





CANTO SÉPTIMO

A se veían llegados a la tierra,
tan deseada, de la clara Aurora,
que entre las aguas Índicas se encierra
y Ganges, que en celeste suelo mora.
Ora, sus, gente fuerte, que en la guerra
queréis llevar la palma vencedora:
ya sois llegados, ya tenéis delante
la tierra de oro y piedras abundante.

¡Oh vosotros, del Luso stirpe clara,
que tan pequeña parte sois del mundo,
del mundo, mas ¿qué digo?, de la rara
partícula que cerca el mar profundo!
Vos a quien ni la muerte sujetara,
ni estorbó a conquistar el pueblo inundo
la ambición, ni codicia, ni obediencia,
a la que está en el cielo por esencia:



Portugueses, tan pocos como fuertes,
que al flaco poder vuestro no mirando,
a costa vais de vuestras tristes muertes
la ley de vida eterna dilatando:
echadas son del cielo ya las suertes,
que por más que os veáis ir apocando,
por vos se ensalzará la ley más alta,
que Cristo a la humildad pequeña exalta.

Ved de Alemania el pérfido ganado,
que por tan largos campos se apacienta,
del sucesor de Pedro rebelado,
nuevo pastor y secta nueva inventa.
Miradlo en fieras guerras ocupado,
que aun con el ciego error no se contenta,
no contra el soberbísimo otomano,
mas por salir del yugo soberano.

Ved el falsario inglés, que se intitula
rey de Jerusalén, ciudad sagrada
que el turco feroz tiene, abate, anula,
y él conserva la honra no ganada:
mirad cómo a su carne blanda adula,
que nueva cristiandad tiene inventada,
su espada contra el Papa descargando,
no contra quien tiene su tierra en mando.

En tanto un falso rey le tiene en guarda
la Jerusalén clara de este suelo,
en cuanto la ley santa el rey no guarda
de la Jerusalén sacra del cielo.
Pues a ti, Galo indigno, ¿qué te aguarda?
Que el nombre cristianísimo y el celo
tomaste, no en defensa ni a guardarlo,
mas para ser ayuda al derribarlo.



Gerard, dibujó

Foschi, sc.

Un regidor del reino al puerto estaba,
que en su lengua se llama Catual,
rodeado de Naires, que esperaba
con desusada fiesta al general.

Can'o VII, Estr. 44.

¿Sientes tener derecho en señoríos
ajenos, siendo el tuyo largo y tanto,
y no contra Cinifio y Nilo, ríos
enemigos del nombre antiguo santo?
Allí se han de probar la espada y bríos
en quien de nuestra Iglesia abate el canto:
de Carlos, de Luis el nombre y tierra
heredas, no las causas de la guerra.

Pues ¿qué diré de aquellos que en regalos
que el ocio vil al mundo trae consigo,
tan sin sentido cual Sardanapalos,
viven sin el temor de haber castigo,
sin saber que es contrario Dios de malos,
sin ver que el pueblo fuerte es su enemigo?;
contigo hablo, Italia, zambullida
en vicios mil, de ti propia homicida.

¡Oh, míseros cristianos! ¿Por ventura
sois de Cadmo los dientes esparcidos,
que os dais unos a otros muerte dura,
siendo todos de un vientre producidos?
¿No miráis la divina Sepultura
poseída de perros, que así unidos
os vienen a tomar aún vuestra tierra
haciéndose famosos en la guerra?

Ved que tienen por uso y por decreto,
del cual son muy enteros observantes,
ajuntar el ejército inquieto
contra pueblos que son de Cristo amantes;
y entre vosotros nunca deja Aletó
de sembrar las cizañas repugnantes:
sed de vuestros peligros los testigos,
que ellos y vos os sois los enemigos.

Si codicia de grandes señoríos
os mueve a conquistar tierras ajenas,
ved que Pactolo y Hermo, claros ríos
ambos llevan doradas las arenas:
los asirios no están de oro vacíos,
África esconde en sí lucientes venas:
muévaos a pelear riqueza tanta,
pues no os puede mover la Casa santa.

Aquellas invenciones fieras, nuevas,
de instrumentos de fuerte artillería,
debían de hacer sus duras pruebas
en muros de Bizancio y de Turquía:
haced que vuelva a las silvestres cuevas
de Caspios montes y de Escitia fría,
la turquesa nación, que multiplica
con despojos de nuestra Europa rica.

Griegos, traces, armenios, georgianos,
gritos os dan que aqueste pueblo bruto
sus hijuelos obliga a los profanos
preceptos de Mahoma (¡cruel tributo!):
en castigar los pechos inhumanos
os gloriad de un pecho fuerte astuto,
y no queráis loores arrogantes
en ser contra los vuestros muy pujantes.

Mas en tanto que ciegos y sedientos
andáis de vuestra sangre, gente insana,
no faltarán cristianos ardimientos
en esta poca gente Lusitana:
en África ya tiene sus asientos,
en Asia es más que todos soberana,
y ya en el Nuevo Mundo campos ara,
y si más mundo hubiera, allá llegara.

Y veamos en tanto qué acontece
a aquellos tan famosos navegantes,
después que el blando amor les enflaquece
las fuerzas a los vientos repugnantes;
ya que en la larga tierra se aparece
el fin de sus porfías tan constantes,
donde van a sembrar la ley del cielo
por coger santo fruto al nuevo suelo.

Como a la nueva tierra se llegaron,
en batelillos vieron pescadores
que el camino derecho les mostraron
de Calicut, donde eran moradores:
allá luego las proas inclinaron,
que era aquesta ciudad de las mejores
del Malabar, do siempre residía
el rey que aquesta tierra poseía.

Entre el Indo y el Gange está una tierra
con un asiento grande asaz hermoso
que por la parte de Austro el mar la cierra,
por la del Norte Emodio cavernoso:
varios reyes le dió la varia guerra
con leyes varias; unos al vicioso
Mahoma, otros los ídolos adoran,
cual los brutos que están y entre ellos moran.

Allá en el grande monte que, cortando
tan larga tierra, toda el Asia corta,
que nombres tan diversos va tomando
según diversas partes donde aporta,
las fuentes nacen de do están manando
los ríos, cuya madre queda absorta
en el Índico mar, cercando el peso
de la tierra, haciendo el Quersoneso.

Entre el un río y el otro está, cual lazo
saliendo de la tierra, una gran punta
casi piramidal, que en el regazo
del mar con Ceilán ínsula se junta;
y cerca de do nace el largo brazo
gangético, el rumor antiguo apunta
a decir que de aquí los moradores
del olor se mantienen de las flores.

Mas ahora de nombres y de usanza
nuevos y varios son los habitantes:
los Delis, los Patanes, que en pujanza
de tierra y gente son más abundantes;
Decamis, Oriás, que la esperanza
tienen de su remedio en las sonantes
aguas de Gange, y tierra de Bengala,
fértil de suerte que otra no la iguala.

El reino de Cambaya belicoso
(dicen que fué de Poro, rey potente);
el reino de Narsinga, poderoso
más de oro y piedras que de fuerte gente:
divísase de aquí del mar undoso
un monte alto que corre largamente,
sirviendo al Malabar de fuerte muro
con que del Canará vive seguro.

Los naturales llaman a éste Gate,
del pie del cual en cantidad pequeña
sale una estrecha falda, donde bate
la furia de la mar que la desdeña:
aquí de otras ciudades, sin debate,
Calicut sola hace la reseña
de cabeza de imperio, rica y bella:
Samorín se intitula el señor de ella.

Pues siendo nuestra flota aquí llegada,
por tierra un portugués al rey se parte,
del capitán llevándole embajada
y pidiendo licencia, de su parte,
para saltar en tierra. Y la no usada
color, el gesto extraño y no vista arte
del mensajero, que entra por el río,
a verle junta luego un gran gentío.

Entre la que a mirarle concurría,
se llega un mahometa, que nacido
fuera en la calurosa Berbería,
donde Anteón por rey fué obedecido:
o por la vecindad quizás tenía
el reino Lusitano conocido,
o fué ya señalado de su hierro
y fortuna lo trajo a tal destierro.

En viendo el mensajero, con jocundo
rostro, como quien sabe lengua hispana,
le dice: «¿Quién te trujo al nuevo mundo,
tan lejos de tu patria Lusitana?»
«Abriendo, le responde, el mar profundo,
por donde nunca vino gente humana,
venimos a buscar la gran corriente
del Indo, do la ley de Dios se aumente.»

Espantado quedó del gran viaje
el moro, que Monzaide se llamaba,
oyendo los trabajos que al pasaje
del mar el Lusitano le contaba;
mas viendo que la fuerza del mensaje
sólo al rey de la tierra le tocaba,
le dijo cómo el rey no está en palacio,
pero la tierra adentro breve espacio.

Y en tanto que la nueva le llegase
de su venida extraña, si quería,
en su pobre casilla reposase
y el manjar de la tierra probaría;
que después que algún rato descansase,
con él para la flota volvería,
pues que gozo no puede ser tamaño
como ver un vecino en reino extraño.

El Portugués recibe muy de gana
lo que Monzaide moro da y ofrece;
la voluntad conoce limpia y sana,
y con él bebe y come y le obedece:
a la armada tornaban Lusitana,
donde el moro regalan cual merece:
en torno lo cercaba nuestra gente
y con amor lo trata blandamente.

El capitán lo abraza muy gozoso,
viendo que el español nuestro hablaba,
y de saber del reino codicioso,
mil cosas todas juntas preguntaba.
Cual el bosque de Ródope frondoso
en uno tras el canto se juntaba
cuando tocaba Orfeo la lira de oro,
tal se junta la gente oyendo el moro.

«¡Oh gente, el moro dice, a quien Natura
vecina hizo de mi patrio asiento!
¿Qué destino tan grande, o qué ventura,
os dió a tan alta empresa atrevimiento?
No es causa oculta, no, o razón obscura,
que del Tajo y el Miño os traiga el viento,
por mares nunca de otro leño arados,
a reinos tan remotos y apartados.

»Por cierto Dios os trae, que aquí pretende
ser por vos conocido y adorado:
por eso solo os guía y os defiende
de peligros del mar y viento airado.
Sabed que esta es la India, do se extiende
diverso pueblo, rico y prosperado,
de oro luciente, fina pedrería,
olor suave, ardiente especería.

»Esta provincia, cuyo puerto ahora
habéis tomado, Malabar se llama:
los ídolos con culto antiguo adora
que acá por estas partes se derrama:
es de diversos reyes, mas señora
con uno solo fué, según es fama:
Saramá Perimal fué el rey postrero
que gozó de este reino solo entero.

»Y como por el trato aquí viniesen
de allá del seno Arábigo otras gentes
que el culto mahomético trujesen,
en el cual me criaron mis parientes,
sucedió que al gran rey lo convirtiesen
predicándole sabios y elocuentes:
él recibió la ley con fervor tanto,
que en ella presupuso morir santo.

»Armó una fuerte flota, do el famoso
metió mercadería la más rica,
para luego hacerse religioso
del Profeta que aquesta ley publica:
mas, antes de partirse, el poderoso
reino que deje reyes le suplica:
él, sin hijos, lo parte a sus privados,
haciéndolos de pobres prosperados.

»A cuál Cochín, a cuál Cananor parte,
a cuál Calé, a cuál la isla de Pimienta;
cuál Coulán, Cranganor cuál lleva en parte,
dando más al que más sirve y contenta.
De uno se le olvidó cuando reparte,
que por amor merece mayor renta:
a éste a Calicut sola le aplica,
ciudad por trato noble, grande y rica.

»Esta le da, con título excelente
de emperador, que sobre todos mande,
y hecha la partija, diligente
se parte do con lloro el cielo ablande:
de aquí se les quedó el nombre potente
Samorín, más que todos digno y grande,
al mozo y descendientes, de do viene
este que aqueste imperio manda y tiene.

La ley de aquesta gente en todo estado
de fábulas compuesta se imagina:
desnudos andan, y un paño fajado
en partes que a cubrir Natura inclina:
dos modos hay de gente; el uno, honrado,
de Naïres; otro es chusma menos dina:
Poleas es un nombre, a quien obliga
la ley a no mezclar su casta antiga.

»Y así los que usan siempre un mismo oficio
no pueden recibir de otro mujeres,
ni los hijos tener otro ejercicio
sino el que el padre tuvo, o más poderes:
para los Naires es muy grande vicio
mezclarse con aquéstos por haberes,
y si a alguno le toca por ventura,
con ceremonias mil de ello seapura.

»Como el pueblo judaico no tocaba por precepto la gente de Samaria, así Naire y Polea no se mezclaba, conservando en lo más su usanza varia: a los Naires la guerra se dejaba: de la parte defienden que es contraria a su rey con la mano siempre usada, la izquierda, adarga; la derecha, espada.

»Bramines son sus santos religiosos, nombre antiguo de grande preeminencia: observan los preceptos rigurosos del que primero dió nombre a la ciencia: no matan cosa viva, y temerosos en comer carne, guardan abstinencia, y sólo en el venéreo ayuntamiento hay más licencia, menos regimiento.

»Común es la mujer, y solamente son, para el engendrar, de sus maridos: ¡dichosa condición, dichosa gente, que nunca son de celos combatidos! Estos diversos usos variamente son por los malabares admitidos: la tierra es gruesa en trato en todo estilo de lo que lleva el mar de China al Nilo.»

Esto contaba el moro, mas vagueando por la ciudad andaba ya la fama de esta nueva venida y gente, cuando el rey manda llamar al fuerte Gama: ya vienen por las calles caminando, con multitud que a verlos se derrama, aquellos que buscar el rey mandara al capitán que al puerto se llegara.

Mas él, que ya del rey tiene licencia
para desembarcar, acompañado
de nobles Portugueses de presencia,
parte, de ricos paños adornado:
de colores la bella diferencia
la vista alegre al pueblo alborotado:
corta el ligero remo, sin desvío,
primero el mar, después el fresco río.

Un regidor del reino al puerto estaba,
que en su lengua se llama Catual,
rodeado de Naires, que esperaba
con desusada fiesta al general:
en llegando a la tierra lo llevaba
un lecho muy labrado de nogal,
que el principal aquí es ya muy usado
en hombros de los hombres ser llevado.

De esta arte el malabar, de esta arte el Luso
caminan para donde el rey espera:
los demás Portugueses van al uso
que infantería sigue o escuadra fiera:
el pueblo que concurre va confuso
de ver la gente extraña, y bien quisiera
preguntar; mas en tiempo ya pasado
en la Babel confusa fué vedado.

El Gama y Catual se iban hablando
en lo que la ocasión les ofrecía:
entre ellos va Monzaide interpretando
las palabras que de ambos entendía:
por medio la ciudad van caminando,
a do una rica fábrica se veía
de un suntuoso templo; ya llegaban,
por las puertas del cual juntos entraban.

Allí están de sus dioses las figuras
esculpidas en palo y piedra fría,
varios de gesta, varios de pinturas,
en formas que el demonio aparecía:
vense las detestables esculturas
cual la Quimera en miembros se varía:
los ojos, a mirar su Dios usados
en forma humana, están maravillados.

Cuernos tiene en la frente uno esculpido,
cual Júpiter Amón en Libia estaba;
otro en el cuello rostros tiene unidos,
como el antiguo Jano se pintaba;
otro, con muchos brazos divididos,
a Briareo parece que imitaba;
otro, frente canina, ladradora,
cual Anubis menfítico, se adora.

Aquí la gente bárbara con brío
hace la adoración supersticiosa,
y derechos se parten sin desvío
al palacio do el rey está y reposa:
creciendo más y más viene el gentío
a ver aquesta gente belicosa:
están por los tejados y ventanas
viejos, mozos, doncellas muy galanas.

Ya llegan cerca, y, no con pasos lentos,
de los frescos jardines olorosos,
que en sí esconden los regios aposentos,
altos de torres no, mas suntuosos:
edifican los nobles sus asientos
entre bosques, con flores, deleitosos,
y así viven los reyes de esta gente
en la ciudad y campo juntamente.

Muéstrase en los portales la destreza
de Dédalo, el ingenio, ciencia y arte,
mostrando con figuras la nobleza
del Indo muy distinto parte a parte:
matizadas están con tal viveza
las historias que en ellos él reparte,
que el que noticia tiene acaso entera,
por la sombra ve allí la verdadera.

Estaba un grande ejército que pisa
la fértil tierra que el Idaspe lava:
rígelo un capitán de frente lisa,
que con floridos tirsos peleaba:
por él edificada estaba Nisa
en riberas del río que manaba,
tan propio que, si Sémele lo viera,
al pronto ser su hijo conociera.

Adelante bebiendo seca el río
muy grande multitud de asiria gente,
sujeta al femenino señorío
de una tan bella como incontinente:
allí tiene a su lado nunca frío
esculpido el feroz jinete ardiente
con quien tendría el hijo competencia.
¡Amor nefando, bruta incontinencia!

De aquí más apartadas volteaban
las banderas de Grecia gloriosas
tercera monarquía, y sojuzgaban
aun las aguas gangéticas undosas:
de un capitán mancebo se guiaban,
de palmas rodeado valerosas,
que ya no de Filipo, mas sin falta
de progenie de Júpiter se exalta.

Estando todos viendo estas memorias,
al capitán el regidor decía:
«Otro tiempo vendrá que con victorias
estas que veis ahora desharía:
aquí se escribirán nuevas historias
por extranjera gente que vendría:
que nuestros sabios magos lo alcanzaron
cuando el tiempo futuro profetaron.

»Mas nos dijo la mágica ciencia
que para declinar fuerza tamaña
no valdrá de los hombres resistencia,
que contra Dios no vale industria o maña;
mas dice que la bélica excelencia,
en guerra y paz, de aquesta gente extraña
será tal, que será en el mundo oído
el vencedor, por gloria del vencido.»

Así hablando, entraban por la sala
donde el emperador grande reposa
en una rica cama, a quien no iguala
en precio ni labor la más costosa:
el recostado bulto en sí señala
una majestad sacra poderosa:
un paño de oro viste, y la cabeza
con rubíes y diamantes la adereza.

Bien junto de él un viejo está presente,
de rodillas, que da de cuando en cuando
la verde hoja de la hierba ardiente
que el rey la está en la boca destilando:
un bramino, persona preeminente,
para el Gama se va con paso blando,
porque por él al rey sea presentado,
que ante sí le mandó fuese sentado.

Llegado el Gama junto al rico lecho,
apartados los suyos, con cuidado
miraba Samorín de trecho a trecho
la color, traje y gesto denodado:
arrancando la voz de un sabio pecho,
con grande autoridad muy sosegado,
delante el rey, delante el pueblo todo,
el capitán comienza de este modo:

«Un grande rey de aquellas partes donde
el primer móvil con perpetua rueda
de la tierra con tierra el Sol esconde,
dejando en triste noche la antes leda,
oyendo el gran rumor que allá responde
de tu ser y valor, y cuánto pueda
sobre el Indo y el Ganges tu grandeza,
amistad te demanda con firmeza.

»Por rodeos muy largos hoy me manda
que te haga saber que sólo un hilo
de lo que hay en el mar y en tierras anda
no le falta del Tajo hasta el Nilo:
desde la fría playa de Zelanda
hasta la donde el Sol no muda estilo
en días, sobre gente de Etiopia,
todo lo hay en su reino con gran copia.

»Y si quieres con pactos y conciertos
de paz y de amistad sincera y pura
comercio consentir en estos puertos
de las ricas haciendas que él procura,
tus rentas crecerán, y más despiertos
los nuestros, probarán en mar ventura,
y en ambos se verá generalmente,
provecho en ti y en él gloria excelente.

»Y siendo así que el nudo firme y fuerte
entre los dos atado permanezca,
estará pronto a toda adversa suerte
que a tu reino por guerra se le ofrezca:
con gente, armas y naos hasta la muerte
no sufrirá que ayuda te falezca,
y de tu voluntad sobre esto puesta
te demando, señor, cierta respuesta.»

Con esto el capitán dió su embajada,
a quien el rey con gracia respondía
que de la nueva gente que es llegada
su puerto y reino gloria recibía;
mas la resolución que es demandada
con los de su consejo la vería,
informándose cierto de quién era
el rey, la gente y tierra que dijera.

Y que en tanto podía del trabajo
pasado descansar, que en tiempo breve
él daría al negocio corte y tajo
con que a su rey respuesta alegre lleve:
en esto trae la noche el dulce atajo
del humano cansancio, porque cebe
con el sueño los miembros trabajados,
ocupando los ojos desvelados.

Con los suyos se hospeda juntamente
el Gama en el florido retrainimiento
del noble regidor de la india gente,
con fiestas y con gran contentamiento.
El Catual, muy pronto y diligente,
de su rey tiene ya por regimiento
saber aquesta gente de dó viene,
qué costumbres, qué ley, qué tierra tiene.

Y al punto que los carros del hermoso
Delio parecen que la luz renueva,
envía por Monzaide, deseoso
de informarse de aquesta gente nueva:
al moro le pregunta muy mañoso
si de éstos tiene hecha alguna prueba
para saber quién son, que él adivina
que es gente de su tierra muy vecina.

Que particularmente allí le diese
información muy larga, pues hacía
servicio en esto al rey, porque supiese
lo que en este negocio se haría.
Monzaide le responde: «Aunque quisiese
decirte de ellos más, yo no sabría:
sólo sé que son gente de la España,
donde el Sol en el mar se esconde y baña.

»Tienen ley de un Profeta que engendrado
fué sin dar a su Madre detrimento
y por divino Hijo está probado
de Dios, cuyo es el cielo y regimiento;
mas lo que entre nosotros es vulgado
de ellos es su valor sanguinolento
en guerra en que su brazo resplandece,
lo que en nuestros pasados se parece.

»Porque ellos con virtud que es sobrehumana
los campos les quitaron abundosos
del rico Tajo y fresco Guadiana
con hechos memorables y famosos:
no contentos con esto, en la africana
parte, cortando mares procelosos,
no nos quieren dejar vivir seguros
ganando las ciudades y altos muros.



Kostka, pintó

A. Schultzer's

Por lo que ve pregunta; mas el Gama
le rogaba primero que se asiente
y aquel sumo deleite que tanto ama
la secta epicurea experimente.

Canto VII, Estr. 75.

» No menos han mostrado esfuerzo y maña
en cualquier otra guerra que han tenido,
o con gentes guerreras de su España,
o con las que de Francia han descendido:
así que nunca, en fin, con lanza extraña
se encontró, do victorias no haya habido,
y no se halla, no, ningún Marcelo
para estos Anibales en el suelo.

» Y si esta información no fuere entera
cuanto conviene, de ellos tú pretende
informarte, que es gente verdadera
a quien la falsedad pequeña ofende.
Ve su flota, sus armas, su manera,
su fundido metal, de do se entiende
su valor, su denuedo y policía
en guerra, en paz, en juegos y en porfía.»

Ya con deseos Catual ardía
de ver esto que el moro le contaba:
manda equipar bateles, que quería
ver la flota do el Luso navegaba:
ambos van de la playa, a quien seguía
la Neira gente que la mar cuajaba:
la capitana suben, fuerte y bella,
do Paulo los recibe al bordo de ella.

Rojos eran los toldos, las banderas
de seda fina que el gusano cría;
pintadas campeaban las guerreras
obras que el brazo fuerte hecho había:
las campales batallas ventureras,
las guerras de la ardiente Berbería,
lo cual, como al gentil se representa,
en ello vista y ojos apacienta.

Por lo que ve pregunta; mas el Gama
le rogaba primero que se asiente
y aquel sumo deleite que tanto ama
la secta epicurea experimente:
de vasos espumantes se derrama
el licor que Noé mostró a la gente;
mas el gentil probar nada pretende,
que la secta que sigue lo defiende.

La trompeta que en paz al pensamiento
le muestra guerra, mueve a los millares
pintados, y el diabólico instrumento
en el fondón resuena de los mares.
Todo lo ve el gentil, y el fijo intento
tiene siempre en los hechos singulares
de los que en el retrato puestos veía
con descripción de muda poesía.

Álzase en pie, con él los Gamas junto,
y de otra parte Coello, el mauritano,
por ser mejor un bélico trasunto
de un viejo de un aspecto soberano,
cuyo nombre no puede ser difunto
en cuanto el mundo viere trato humano:
la ropa está a la usanza griega hecha,
un ramo por insignia en la derechá.

Con un ramo en la mano. Mas, oh ciego,
¿qué es lo que emprendo, insano y temerario,
sin vos, ninfas del Tajo y del Mondego,
por camino tan arduo, largo y vario?
Vuestro favor invoco, que navego
por alto mar con viento tan contrario,
que, si no me ayudáis, tengo recelo
que mi flaco batel aniegue el cielo.

Mirad que ha tanto tiempo que, cantando
el vuestro Tajo y vuestros Lusitanos,
la fortuna me trae peregrinando,
nuevos trabajos viendo entre paganos;
ahora el mar, ahora exprimentando
los peligros mavorcios inhumanos,
cual Cánace, a la muerte condenada,
la pluma en una mano, en otra espada.

Ahora con pobreza aborrecida,
por hospicios ajenos desterrado,
de la esperanza ahora ya adquirida
de nuevo más que nunca derribado,
escapando en las costas ya la vida
que de un hilo colgaba muy delgado,
que no menos milagro fué salvarse
que para el rey judío acrecentarse.

Y sobre todo, ninfas, no bastaba
que tan grandes miserias me cercasen,
sino que los que yo cantando andaba
tal premio de mis versos me pagasen:
en cambio del descanso que esperaba,
que con ricas guirnaldas me adornasen,
trabajos nunca usados me inventaron,
con que en tan duro estado me dejaron.

¡Ved, Tagides, qué ingenios de señores
el vuestro Tajo cría valerosos,
que así precian y pagan con favores
al que en rima los hace gloriosos!
¡Qué ejemplo a los futuros escritores
para avivar ingenios curiosos,
para poner las cosas en memoria
que merezcan tener eterna gloria!

Pues luego en tantos males es forzado
que vuestro favor sólo no falezca,
principalmente aquí que soy llegado
donde diversos hechos engrandezca:
vuestra ayuda me dad, pues he jurado
de no emplearla en quien no la merezca,
ni alabar por lisonja algún subido,
so pena de no ser agradecido.

No creáis que daré a ninguno fama
de los que el bien común y rey pospone
a su propio interese, con que infama
la ley que Dios y el rey al reino pone:
codicioso ninguno no me llama
por más que con sus cargos se me entone,
por poder con sus torpes ejercicios
usar más largamente de sus vicios.

Ni el que de su poder usa bastante
para servir mejor a su deseo,
y que por complacer al vulgo errante
se muda en más figuras que Proteo;
ni tampoco temáis que aquel yo cante,
que con hábito honesto y grave veo,
por contentar al rey con nuevo oficio,
robar, sacar al pueblo de su quicio.

Ni al que halla que es justo, que es derecho
que se guarde la ley severamente,
y no halla ser justo y ser provecho
pagarle su trabajo al que es sirviente;
y el que siempre con poco experto pecho
quiere venderse al pueblo por prudente,
tasando con su mano, torpe, escasa,
los trabajos ajenos que él no pasa.

Aquellos cantaré que aventuraron
por su Dios y su rey la amada vida,
do perdiéndola, en fama la ganaron,
con gloria de sus obras merecida.
Apolo y Musas que me acompañaron
me doblarán la furia concedida
en cuanto tomo aliento, descansado,
por tornar al trabajo más holgado.





CANTO OCTAVO



EN aquella figura se detiene
el Catual, al vivo dibujada,
que en la mano en divisa el ramo tiene,
con barba blanca, larga y bien peinada:
quién era, y por qué causa le conviene
el ramo, preguntó; mas fuéle dada
por Paulo la respuesta muy discreta,
que el arábigo sabio la interpreta.

«Estas figuras todas que parecen
en vista bravas fieras, en aspectos
más bravas y más fieras, resplandecen
con fama de sus ínclitos efectos:
antiguos son, mas nunca desfallecen
sus nombres entre ingenios más perfectos:
aqueste viejo es Luso, por quien fama
a nuestra tierra Lusitania llama.

»Fué hijo o compañero del Tebano
que el mundo conquistó con maña y arte,
y viniendo a parar al nido hispano,
siguiendo su conquista y duro Marte,
viendo el campo con Duero tan ufano,
llamado Elisio, quiso en esta parte
dar sepulcro a sus huesos tan cansados,
y que los nuestros fuesen de él llamados.

»El ramo que le ves para divisa,
el verde tirso, fué de Baco usado,
el cual a nuestra edad muestra y avisa
que o fué su compañero, o hijo amado.
¿Esotro que de Tajo el campo pisa,
después de haber el largo mar pasado,
y allí muros perpetuos edifica
y templo a Palas, con memoria rica?

»Ulises es que hizo aquella casa,
a la que le otorgó lengua fecunda,
que si en Asia la Troya insigne abrasa,
en Europa la gran Lisboa funda.»
«¿Quién será estotro acá, que el campo arrasa
de muertos con presencia furibunda?
Tiene batallas mil desbaratadas,
de banderas con águilas pintadas.»

Preguntó Catual. Responde el Gama:
«Este que ves, pastor fué de ganado,
Viriato sabemos que se llama,
más diestro por la lanza que cayado.
Corrida está de Roma la gran fama
con este vencedor tan señalado:
no tuvieron romanos, ni pudieron,
el primor que con Pirro ya tuvieron.

»No con fuerza, mas maña vergonzosa,
cortan la vida que a la Roma espanta,
que en aprieto la gente valerosa
las leyes del valor pasa y quebranta.
Otro está aquí que contra su enojosa
tierra con nuestra gente se levanta:
escogió bien con quien se levantase
para que eternamente se ilustrase.

»Ved cómo también vence las banderas
de esas aves de Júpiter validas,
que las vieron en breve las guerreras
gentes, a nuestra gente ser rendidas:
ve las sutiles artes y maneras
para adquirir las tierras tan fingidas;
la fatídica cierva que lo avisa:
Sertorio es él, y es ella su divisa.

Mira estotra bandera do estampado
está el progenitor de los primeros
reyes, que húngaro hizo el dulce hado
y Lotaringo hacen extranjeros:
después de haber los moros sujetado,
gallegos y leoneses caballeros,
pasa a la santa Casa el santo Enrique
porque el tronco real se santifique.»

«Dime, ¿quién es estotro que me espanta,
pregunta el malabar maravillado,
que tantos escuadrones, gente tanta,
con tan poca, la ha roto y destrozado;
tantos muros aspérrimos quebranta,
tantas batallas da sin ser cansado,
tantas coronas tiene en tantas partes
a sus pies derribadas, y estandartes?»

«El primer rey Alfonso, dijo el Gama,
que todo Portugal al moro toma,
por quien juró, y lo cumple bien la fama,
de más no celebrar hombre de Roma:
éste es aquel celoso a quien Dios ama,
con cuyo brazo al moro vence y doma,
abate de su reino el fuerte muro,
no reservando nada a lo futuro.

»Si César, si Alejandro rey tuvieran
tan pequeño poder, tan poca gente,
contra tantos contrarios cuantos eran
los que desbarataba este excelente,
no creáis que sus nombres se supieran
con gloria, voz y fama tan potente:
mas sus hechos dejemos no explicables,
que los de sus vasallos son notables.

»Este que ves mirar con gesto airado
para el rompido alumno, mal sufrido
diciéndole que el campo destrozado
recoja y torne al puesto defendido:
vuelve el mozo del viejo acompañado,
que vencedor lo hace de vencido:
Egas Muñiz se llama el fuerte viejo,
de vasallos leales claro espejo.

»Veslo acá: con sus hijos va a entregarse,
la sogá al cuello y la espada en la mano,
porque no quiso el mozo sujetarse
como él lo aprometiera al castellano:
con la promesa hizo el cerco alzarse
que en aprieto tenía al rey Lozano:
los hijos y mujer lleva a la pena,
que a todos, por salvar su rey, condena.

»No hizo el cónsul tanto, que cercado
fué en las horcas caudinas de ignorante,
cuando pasar por bajo fué forzado
del samnítico yugo triunfante:
él solo por su pueblo injuriado,
a sí se entrega firme y muy constante:
estotro a sí, mujer, hijos entrega:
mirad el fiel amor dónde más llega.

»¿Ves este que, dejada la celada,
da sobre el rey que cerca a Villafuerte,
al cual ya tiene preso, y descercada
la villa con un hecho de alta suerte?
Míralo acá pintado en esta armada
del mar, dando a los moros cruda muerte,
ganándoles galeras con la gloria
de la primer marítima victoria.

»Es don Fuas Ropiño, que en la tierra
y en el mar resplandece juntamente
con fuego que encendió en Abila sierra
en las galeras de la mora gente:
mira cómo en tan justa y santa guerra
el morir peleando no lo siente,
y de entre moras manos vuela el alma
a los cielos, llevando justa palma.

»¿Ves el ayuntamiento, de extranjero
traje salir de aquella armada nueva,
que ayuda a combatir al rey primero,
a Lisboa haciendo de sí prueba?
Mira a Enrique, famoso caballero,
la palma que nació junto a su cueva:
por ella muestra Dios milagro visto:
germanos son los mártires de Cristo.

»El sacerdote ve blandir la espada
contra Arronches, que toma por venganza
de Leiria, que antes fué tomada
del que con falsa secta enristra lanza.
Es el prior Teutonio; mas cercada
verás a Santarem, y la esperanza
de gente que en el muro la primera
levantó de las quinas la bandera.

»Ves acá donde Sancho desbarata
los moros de Vandalia en dura guerra,
rompiendo el campo, al diestro alférez mata
y el pendón sevillano arrastra en tierra:
Men Moñiz, que el valor en sí retrata,
que el paterno sepulcro cubre y cierra,
digno de estas banderas, pues sin falta
la adversa abate, mas la suya exalta.

»Mira el que va bajando por la lanza
con las cabezas dos de centinelas,
do la emboscada esconde, con que alcanza
la ciudad por sus mañas y cautelas,
cuya figura con tan gran pujanza
por armas le sirvió (no de novelas)
a la ciudad: ¡oh hecho nunca hecho,
digno del gran Giraldo y de su pecho!

»¿No ves el caballero que agraviado
del nono Alfonso, siendo a Lara amigo,
por odio con los moros se ha juntado,
de Portugal haciéndose enemigo?
Abrantes gana, yendo acompañado
de moros que a la guerra trae consigo;
y cómo un Portugués, con poca gente,
lo desbarata y prende osadamente.

»Martín López se llama el caballero
que al castellano causa eterno lloro;
mas ve un eclesiástico guerrero,
que trueca en lanza el báculo que es de oro,
estar entre dudosos más entero,
no negando batalla al bravo moro;
qué señal en el cielo le aparece,
con que a sus pocos la virtud les crece.

»Mira cuál van de Córdoba y Sevilla
los reyes y otros dos huyendo el lazo,
rotos, vencidos, muertos: maravilla
hecha de Dios, que no de humano brazo.
¿Alcacere no ves cómo se humilla,
sin valerle defensa ni embarazo,
a don Mateo de Lisboa, prelado
de mitra, mirto y lauro coronado?

»Ve venir de Castilla rica y bella
el Maestre portugués a la conquista
de la tierra de Algarbes, sin que en ella
pueda hallar varón que le resista:
con maña, esfuerzo y con benigna estrella,
villas, castillos entra a escala vista:
ganó a Tavila de sus moradores,
en venganza de siete cazadores.

»Del moro gana con astucia y saña
a Silves, que él ganó con fuerza urgente,
el buen Payo Correa, cuya maña
y grande esfuerzo envidia mucha gente;
y no dejes los tres que en Francia, España,
se hacen conocer públicamente
en desafíos, justas y torneos,
dejando en ellas puestos sus trofeos.

» Con títulos venían de ventureros
a Castilla, do el prez solos llevaron
en juegos de Belona verdaderos
que allí por mal de algunos se inventaron:
ve muertos los soberbios caballeros
que al mayor de los tres desafiaron:
Gonzalo de Ribeiro se llamaba,
a quien la misma muerte respetaba.

» Mira uno que la fama así lo extiende,
que de ningún pasado se contenta,
la patria que de un hilo flaco pende
como sobre sus hombros la sustenta.
¿No lo ves enojado, que reprende
la vil desconfianza, floja y lenta,
del pueblo a quien sujeta al dulce freno
de su rey natural, no del ajeno?

» Mira: por su consejo y osadía,
guiada de la fuerza soberana,
pudo, lo que imposible parecía,
vencer la mucha gente castellana:
veis por su industria, esfuerzo y valentía
otro estrago y victoria más que humana,
en gente así feroz como infinita
que entre el Tarteso y Guadiana habita.

» ¿Mas no ves el poder desbaratado
de nuestra gente por la dura ausencia
del capitán devoto que apartado
orando está a la trina y una Esencia?
Mira cómo de algunos fué hallado,
que le dicen faltar ya resistencia
contra tanto poder que se viniese
y esfuerzo con su vista al pueblo diese.

»Mas mira con qué santa confianza
que aun no era tiempo de eso respondía,
como quien tiene en Dios cierta esperanza
que a su tiempo victoria les daría:
así Pompilio oyendo la pujanza
de gente que su tierra le corría,
a quien la triste nueva le está dando:
«Pues yo, responde, estoy sacrificando.»

»Si el que con tanto esfuerzo a Dios se atreve
saber quisieres cuál su nombre sea,
Portugués capitán llamarse debe,
aunque de don Nuño Álvarez se arrea:
gloria la patria con tal hijo lleve,
mas padre, pues que en cuanto el Sol rodea
este globo de Ceres y Neptuno
siempre suspirará por tal aluno.

»Mira qué presas gana en esta guerra
esotro capitán de poca gente:
comendadores vence, y les encierra
el robado ganado osadamente:
otra vez baña en sangre lanza y tierra
de éstos, por libertar con pecho ardiente
un preso amigo; preso, y por leal,
Pedro Rodríguez es de Landroal.

«Al falsario verás cómo le paga
el perjurio que hizo y vil engaño:
Gil Fernández es de Elvas quien lo estraga
y trujo a pagadero de su daño:
de Jerez roba el campo y no se apaga
el fuego con la sangre del rebaño:
Rui Pereira del rostro hace escudo
a las galeras y al furor más crudo.

»Mira qué diecisiete lusitanos
en un monte subidos se defienden
de más de cuatrocientos castellanos
que al derredor por los coger se extienden:
retiráronse presto y no muy sanos,
que más que se defienden los ofenden,
digno hecho de ser al mundo eterno,
grande al antiguo tiempo y al moderno.

»Sábese antiguamente que trescientos
bien contra mil romanos pelearon,
en tiempo que el valor y atrevimientos
de Viriato tanto se ilustraron;
y de ellos alcanzando vencimientos
notables, por herencia nos dejaron
que a los muchos por pocos no temamos,
lo que después acá siempre probamos.

»Mira a Pedro y Enrique, dos infantes,
del rey don Juan progenie generosa;
aquél dejó con hechos muy pujantes
en Germania su fama milagrosa:
estotro rompió el mar, do ninguno antes
llegara con empresa muy famosa:
a Ceuta hace caer de su esperanza
abriéndole sus puertas con la lanza.

»¿Ves el conde don Pedro, que sustenta
dos cercos contra toda Berbería?»
Otro conde allí está, que representa
a Marte con esfuerzo y osadía:
de poder defenderse no contenta
Alcacere de tanta compañía,
defiende de su rey la cara vida,
siendo muro la suya hasta pérdida.



F. Gerard, dibujó

Forster, sc.

¿Qué rey hay en la Hesperia sublimada,
con locura tan grande y desmedida,
que mande acometer con naos y flotas
tan inciertas provincias y remotas?

Canto VIII, Estr. 61.

»Otros muchos verías que pintores
aquí como estos otros pintarían,
mas fáltales pincel, faltan colores,
honra, paga, favor que al arte crían:
culpa de los viciosos sucesores,
que degeneran siempre y se desvían
del lustre y del valor de sus pasados,
en sus gustos y vicios enfrascados.

»Los claros padres que principio dieron
a la casa que de ellos cuelga y pende,
por la virtud hazañas mil hicieron
y por dejar la línea que descende.
¡Ciegos! Que si del hecho que emprendieron
su ilustre fama y el valor se extiende,
oscuros dejan siempre a sus menores,
haciéndolos las gentes más peores.

»Otros hay también grandes y ensalzados
sin tener tronco o casta de do vengán,
por culpa de los reyes, que a privados
dan más que a mil que esfuerzo y saber tengan:
no querrán ver los suyos dibujados
éstos, pues no hay colores que convengan:
aborrecen pincel, dibujo y tabla,
porque en ella lo muerto al vivo habla.

»No niego haber, con todo, descendientes
de generoso tronco y casa rica,
en quien con las empresas excelentes
la heredada nobleza multiplica.
Y si en ellos la luz de sus parientes
con nuevo esfuerzo no se clarifica,
no falta al menos, ni se hace obscura;
mas de éstos halla pocos la pintura.»

Así el Gama declara aquellos hechos
que el pincel representa al ojo y tinta,
por la artífice mano tan bien hechos,
que no color, mas vida, da el que pinta.
Los ojos tiene fijos y derechos
el Catual en la historia distinta:
mil veces preguntaba, y mil oía
las gustosas batallas que allí veía.

Ya la luz se mostraba muy dudosa,
que la lámpara grande se escondía
debajo el horizonte, y luminosa
llevaba a los antípodas el día,
cuando el gentil y gente generosa
de Naires de la armada se partía
a buscar el reposo que descansa
los lasos miembros en la noche mansa.

En esto los arúspices famosos
de opinión falsa, que con sacrificios
previenen a los casos más dudosos
por señales diabólicas e indicios,
mandados del rey propio, estudiosos
ejercitan sus artes y ejercicios
sobre aquesta venida nueva, extraña,
de la apartada gente de la España.

El demonio dió señas descubiertas
de cómo aquesta gente les sería
perpetuo yugo, y que al abrir las puertas
el reino se perdía y monarquía:
uno le lleva al rey las nuevas ciertas,
según lo que de vuelos entendía,
descubriendo el peligro que notara
en las aves que allí desentrañara.

Ajúntase con esto que a un devoto
alfaquí de la ley de su Mahoma,
del odio concebido no remoto
contra la santa fe que su fe doma,
Baco le apareció con traje ignoto,
que el hábito de moro y forma toma,
al tiempo que ya el sueño le adormece,
y su envidia en el pecho más recrece.

«Guardaos, le dice, gente mía querida,
del peligro que está casi en la puerta,
que corta el agua ya a vela tendida,
por quien vuestra ruina será cierta.»
Despierta la memoria espavorida
del sueño que lo tuvo un rato alerta,
mas creyendo ser sueño y ya pasado,
a dormir se tornó muy sosegado.

Tornó Baco: «¡Qué es esto! ¿No conoces
al gran legislador de tus pasados,
que su ley predicó con grandes voces,
sin la cual fueran todos bautizados?
¿Es justo que yo llore y tú te goces?
Pues sabe que a tu puerta son llegados
los que serán al reino extraño daño
si con tiempo no ve su desengaño.

» Mientras la fuerza es flaca de esta gente,
ordena cómo el reino les resista,
porque al salir del sol muy fácilmente
se puede en él fijar la aguda vista;
mas cuando está en el medio más ardiente
no hay vista que se atenga a su conquista:
así serán aquestos muy felices
si les dejáis echar hondas raíces.»

Con esto el sueño y él se les despide
y atónito se queda el agareno:
deja la cama, lumbre al punto pide,
obrando por las venas el veneno:
luego que la tiniebla no lo impide,
al salir de la luz del sol sereno,
los de su secta todos ha juntado
y sueño y sueños cuenta alborotado.

Diversos pareceres y contrarios
allí se dan, según lo que entendían:
traiciones varias con engaños varios
unos inventan, y otros las tejían;
mas dejando consejos temerarios,
la muerte de esta gente pretendían
con mañas más sutiles y mejores,
sobornando los falsos regidores.

Allegan a su parte, con secretas
dádivas, a los que eran principales;
con razones notables y discretas
alborotan las gentes naturales:
dicen que estas naciones inquietas,
de los mares huyendo occidentales,
viven de solo robo y ladronicio,
sin ley, sin rey, sin virtud y con vicio.

¡Oh, cuánto debe el rey que bien gobierna
ver que sus consejeros y privados
sean de ciencia y de virtud interna
y de sincero amor y fe dotados!
Que como está en la silla más superna,
mal puede de negocios apartados
tener noticia cierta, o más entera,
que la que da la lengua consejera.

Ni me parece justo que el rey tanto
se pague de conciencia limpia y cierta,
que ande a buscar el pobre humilde manto
do la ambición acaso está encubierta:
que el que está en su rincón con pecho santo,
en negocios del mundo poco acierta,
que no puede tener cuenta enlazada
la conciencia en su Dios siempre ocupada.

Mas aquellos avaros Catuales
que el gentílico pueblo gobernaban,
inducidos de gentes infernales,
el Portugués despacho dilataban.
mas el Gama, que entiende por señales
lo que contra él los moros maquinaban,
una señal pretende llavar cierta
al rey de aquesta tierra descubierta.

Procura aquesto, porque bien sabía
que después de llegar con la certeza,
armas, gentes y naos despacharía
Manuel a esta tierra con presteza,
con que a su yugo y ley sujetaría
de las tierras y mar la amplia grandeza,
que él es descubridor tan solamente
de las remotas partes del Oriente.

Hablar al rey gentil se determina,
porque con su despacho se tornase,
pues sabe que esta gente cruel, malina,
le tiene de impedir cuanto intentase:
el rey, que de la nueva falsa, indina,
no era de espantar si se espantase,
crédito y fe les dió a los agoreros,
siendo en ello los moros los terceros.

Este nuevo temor resfría su pecho,
aunque por otra parte la codicia
deshace lo que el miedo tiene hecho,
y entre dos aguas anda la malicia;
conoce el interés y gran provecho
que tendrá si el contrato con justicia
establece, con tratos limpios, sanos,
entre él y el fuerte rey de Lusitanos.

Sobre esto en los consejos que tomaba
había muy contrarios pareceres,
que en aquellos con quien se aconsejaba
ejecuta el dinero sus poderes:
a nuestro capitán llamar mandaba,
a quien, llegado, dice: «Si quisieres
confesar con verdad tu yerro y culpa,
perdón alcanzarás dando disculpa.

» Bien informado soy que la embajada
que de tu rey me diste era fingida,
porque ni tienes rey, ni patria amada,
mas vagabundo pasas triste vida.
¿Qué rey hay en la Hesperia sublimada,
con locura tan grande y desmedida,
que mande acometer con naos y flotas
tan inciertas provincias y remotas?

» Y si de grandes reinos poderosos
tiene tu rey el mando y suma alteza,
¿qué presentes me traes tan costosos
por do conozca yo su gran riqueza?
Con preseas y dones suntuosos
los reyes en su amor ponen firmeza,
que no es señal ni prenda algo bastante
la plática de un vago navegante.

»Si venís por ventura desterrados,
como lo fueron hombres de alta suerte,
en mi reino seréis bien hospedados,
que cualquier tierra es patria al varón fuerte;
y si piratas sois al mar usados,
decidlo sin temor de infamia o muerte,
que a la ilustre nobleza la enemiga
necesidad a más que esto la obliga.»

Dicho esto, el fuerte Gama, que ya tiene
sospechas del engaño que ordenaba
el mauritano bando, de do viene
aquello que tan mal el rey pensaba,
con alta confianza, cual conviene,
con que seguro crédito alcanzaba,
que Venus Acidalia le influía,
al rey su sano pecho descubría:

«Si el primer yerro que la gran malicia
humana acometió en la edad primera
no causara que el vaso de nequicia,
azote cruel de gente verdadera,
sembrara una perpetua inimicicia
en la casta de Adán por pena fiera,
oh grande rey de aquesta secta mora,
no hubiera en ti el recelo que ahora mora.

»Mas porque ningún bien grande se alcanza
sin gran trabajo, y en cualquiera hecho
va el temor tras los pasos de esperanza
que vive siempre dentro un mismo pecho,
me muestras, rey, tan poca confianza,
de esta verdad poniéndome en estrecho,
sin ver lo que en contrario hallarías,
sin creer a quien creer no le debías.

»Si sólo de rapiñas yo viviese,
si fuera de mi patria desterrado,
¿cómo puedes creer que me viniese
a buscar este asiento acá apartado?
¿Por qué esperanzas o por qué interese
había de cortar el mar airado,
los antárticos fríos y calores
que sufren los del Aries moradores?

»Si con grandes presentes de alta estima
me has crédito de dar a lo que digo,
yo sólo a buscar vine a questo clima
donde el hado te dió reino y abrigo;
mas si ventura tanto me sublima
que yo torne a mi patria y nido amigo,
el presente verás soberbio y rico
con que mi vuelta aquí te certifico.

»Si te parece no creíble hecho
que el rey de Hesperia a ti venir me mande,
al corazón sublime, al fuerte pecho
el caso que es posible no le es grande:
si tú estuvieras ya bien satisfecho,
vieras cómo es razón que el rey demande
mayor crédito y fe de más alteza
para poder creer su fortaleza.

»Sabe que ha muchos años que los nuestros
reyes con gran firmeza propusieron
de vencer los trabajos y siniestros
que a las grandes empresas se opusieron,
y en descubrir los mares siendo diestros,
con ardiente deseo pretendieron
saber qué fin tenían, dónde estaban,
las últimas riberas que lavaban.

»Concepto digno fué del ramo claro
del venturoso rey que aró primero
la mar por ir a echar del nido caro
de Abila al morador que fué postrero:
aqueste, con su industria e ingenio raro,
con un madero junta otro madero
y descubre la parte que está clara
con la luz de Argos, Hidra, Liebre y Ara.

»De los sucesos prósperos primeros
nació el osar: con éste descubrieron
poco a poco caminos extranjeros,
que yendo unos tras otros prosiguieron.
Los moradores de África postreros,
los que las siete llamas nunca vieron,
fueron vistos de nos, atrás dejando
cuantos están los Trópicos quemando.

»Así, con firme pecho y con constante
propósito, vencimos la fortuna,
hasta que aquí en tu reino tan pujante
asentamos la última coluna:
pasando de la mar, loca, inconstante,
la tempestad mortífera, importuna,
a ti llegamos, rey: sólo queremos
señal que a nuestro rey de aquí llevemos.

»Esta es la verdad, rey; que no haría
por tan incierto bien, tan flaco premio,
cual, no siendo esto así, esperar podía,
tan largo, tan fingido y tal proemio:
mas antes descansar me dejaría
en el inquieto y sin reposo gremio
de la ancha Tetis, cual pirata inico
con ajenos trabajos hecho rico.

» Así que, oh rey, si la verdad propuesta
la tienes por sincera y no doblada,
allega brevedad a la respuesta,
no me agües el placer de la tornada;
mas si aun te parece que es compuesta,
ahonda en la razón, que está probada,
que con claro juicio puede verse:
que la verdad es fácil de entenderse.»

Notando estaba el rey la confianza
con que el Gama probó lo que decía:
concibe con su plática esperanza,
crédito firme a cuanto refería:
pondera de palabras la pujanza,
juzga en la autoridad grande valía,
comienza de tener por engañados
los Catuales torpes sobornados.

Con esto la codicia del provecho
que espera del contrato cada año
hácele obedecer luego de hecho
al capitán y no al nefando engaño:
en fin al Gama manda que derecho
se vuelva al mar, seguro de algún daño,
y que a la tierra envíe su hacienda
que por la especería trueque y venda.

Que traiga la hacienda al fin le manda.
que en los reinos gangéticos no haya,
si alguna nueva trae de la otra banda
do se acaba la tierra y entra playa.
De la presencia parte veneranda,
demandando batel en que se vaya
al Catual, a quien incumbe el cargo,
que los suyos están muy a lo largo.

Pide la embarcación con que se vuelva;
mas el mal regidor, que nuevos lazos
armaba, no hay remedio se resuelva,
interponiendo excusas y embarazos:
desea que con alguien se revuelva
y al mar lo lleva, no en servirles brazos,
mas a pie, do ejecute su malicia,
sin que el rey pueda de ello haber noticia.

Lejos de allí le dijo que él daría
embarcación bastante en que se fuese,
o que para la luz de esotro día
su partida algún tanto difiriese:
ya de aquestas tardanzas colegía
el Gama lo que a queste pretendiese,
que en la traición entraba torpe y fiera
lo que de él hasta allí nunca creyera.

Era este Catual de los que estaban
sobornados de aquella perra gente,
el principal por quien se gobernaban
las ciudades del Samorín potente:
de este solo los moros esperaban
efecto a sus engaños torpemente,
y el que en este concierto vil conspira
de su falsa esperanza no delira.

El Gama con instancia le requiere
que le haga llevar luego a su armada,
y que así lo mandara, le refiere,
a quien está la tierra sujeta.
¿Por qué razón le impide y le difiere
ser la hacienda allí desembarcada?
Pues lo que ya los reyes han mandado,
no puede ser por otros derogado.

No cura el Catual, ciego y corruto,
de las palabras, antes revolviendo
dentro en su fantasía algún astuto
engaño con ardid fiero, estupendo,
de cómo bañar pueda el hierro bruto
en la inocente sangre, o deje ardiendo
la flotá con tal fuego que acabase
porque ningún soldado se escapase.

Que no se salve nao de éstas pretende
el consejo infiel de mahometanos,
porque no sepa nunca dó se extiende
la tierra Eoa el rey de Lusitanos.
No se va el Gama, en fin, que lo defiende
el regidor de bárbaros profanos;
ni sin su permisión irse podía,
que las embarcaciones le impedía.

A las voces del Gama detenido
el Catual responde que mandase
llegar la flota a tierra, do servido
sería mejor, si fuese o si tornase;
señal es de enemigo fementido
hacer que a tierra amiga no llegase,
que siendo fiel el rey y amigo cierto,
no tiene por qué no tomar el puerto.

De estas palabras el discreto Gama
divisa bien lo que las naos desea
el Catual, porque con hierro o llama
consume su intención dañada y fea:
en varios pensamientos se derrama
por hallar el remedio que provea
a tanto mal, a tanto daño y pena;
todo y en todo piensa, teme, ordena.

Cual la refleja luz que da el pulido
espejo de cristal claro y hermoso,
que del rayo solar siendo herido,
el rayo reverbera luminoso,
y si a diversas partes es movido
de casa por el mozo curioso,
anda paredes, techos y tejado,
temblando aquí y allí, mas no cansado:

Tal el vago juicio fluctuaba
de Gama preso, cuando se acordara
si Coello en la ribera le esperaba
con barcos, como él antes lo ordenara;
luego secretamente le mandaba
que se torne a la flota que dejara,
no fuese aquella noche salteado
del enemigo bando conjurado.

Tal ha de ser quien quiere con el Marte
imitar los ilustres, o igualarlos:
que vuele el pensamiento a toda parte;
adivinar peligros y evitarlos;
con militar ingenio y sutil arte
entender los contrarios y engañarlos;
creer a todos con prudencia rara
y no decir después: ¿Quién tal pensara?

Insiste el malabar en que esté preso
hasta ver junto a tierra nuestra armada:
él, constante en el trance más avieso,
sus amenazas tiene casi en nada:
que él quiere sobre sí tomar el peso
de lo que fragua la traición malvada
y no poner en riesgo y aventura
la flota de su rey, que está segura.

Aquella noche estuvo detenido,
y parte de otro día, cuando ordena
de se volver al rey; mas fué impedido
por la guarda que tiene en guarda buena:
el Catual le sale a otro partido,
temiendo de su rey castigo y pena
si sabe esta malicia, que podría
saberla si allí más lo detenía.

Que mande sea traída la hacienda
de la flota en barquillos a la tierra,
para que de vagar se trueque y venda,
que quien no quiere trato busca guerra;
puesto que la intención bien se la entienda,
el Gama, que el dañado pecho encierra,
el partido aceptó que aquí le trata,
pues que su libertad con él rescata.

Era la condición que le daría
equipados bateles en que venga,
que los suyos el Gama no quería
traerlos do el contrario los detenga:
la codiciosa y rica mercancía
manda el Gama venir cuanta convenga,
para que libre el negro le dejase,
y a su hermano escribió que la enviase.

Traída que fué a tierra, el Moro luego
en lugar a su gusto la aposenta:
quedáronse con ella Alvaro y Diego
para poder hacer la justa venta:
cuánto más que el oficio, mando y ruego,
al pecho vil el premio le sustenta,
bien lo mostró el gentil en este hecho,
pues suelta al Gama viendo otro provecho.

A la flota lo envía porque tiene bastante prenda donde haber pudiese muy mayor interés del que le viene si al capitán más tiempo detuviese; mas Gama, viendo ya que no conviene a la tierra volver do le cogiese el Catual, al puesto ya llegado, de asiento se dejó estar sosegado.

En las naos se queda vagoroso hasta ver lo que el tiempo descubría, que no se fía ya del codicioso regidor que a sobornos atendía. Vea ahora el juicio curioso cuánto en el rico y pobre puede hoy día el interés, la sed torpe, enemiga, del dinero, que a todo nos obliga.

A Polidoro mata el rey Treício, por quedarse señor de su tesoro; cogió por el fortísimo edificio su hija a Acrisio aquella lluvia de oro; pudo tanto en Tarpeya a queste vicio que por él granjeó perpetuo lloro, pues por él al contrario le dió entrada y muere en pago de él casi ahogada.

Éste rinde las altas fortalezas y en traidores nos vuelve los amigos; a los nobles hacer hace vilezas, entregar capitanes a enemigos; de las vírgenes coge las purezas sin temor, honra, fama ni testigos; éste deprava a veces las ciencias, cegando los juicios y conciencias.

Este interpreta más que sutilmente
textos y leyes todo a su albedrío:
éste causa perjuros en la gente
y en tiranía vuelve el señorío:
aun hasta a los que a Dios omnipotente
se ofrecen, los sujeta con su brío,
del labrador al rey, al santo papa,
tomando de virtud la honesta capa.





CANTO NONO

EN la ciudad se estaban muy de asiento los dos sin disponer de la hacienda, que los moros con maña y falso intento hacen que nadie compre ni les venda: quieren con engañoso fingimiento los nuestros detener con esta prenda hasta que fuese tiempo que viniesen las naos de Meca, que éstas deshiciesen.

En el seno Eritreo, do fundada fué Arsinoe del egipcio Ptolomeo, del nombre de su hermana así llamada, trocada en Suez, perdido ya su arreo, cerca del puerto está Meca, nombrada por una falsa fama y devaneo que afirma haber en ella la profana corriente religiosa mahometana.

Gidá se llama el puerto donde el trato
de todo el mar Bermejo florecía,
de que lleva provecho grande y grato
el soldán que esta tierra poseía:
de aquí dos malabares, por contrato
del infiel, la bella compañía
de naos por el mar Índico y extraño
por droga al puerto viene cada un año.

Aquestas naos los moros esperaban,
que, como grandes eran y famosas,
a las que su comercio salteaban
desharían con llamas polvorosas:
tanto en este socorro confiaban
que del Luso no quieren ya más cosas,
sino que tanto tiempo allí tardase
que la flota de Meca la saltease.

Mas el gobernador de cielo y gentes,
que para lo que está determinado
siempre provee de medios convenientes
por donde tenga efecto lo asentado,
influyó aquí piadosos accidentes
de afición en Monzaide, que guardado
estaba para dar al Gama aviso
y merecer con esto el Paraíso.

De éste los moros nunca se guardaban
por ser moro como ellos, antes era
participante en cuanto maquinaban:
la traición descubrió nefanda y fiera:
muchas veces las naos que al mar estaban
visita, y con piedad bien considera
el daño y sinrazón que se le ordena
por la maldita gente sarracena.

Al Gama informa de las naos y armadas
que de Meca aquí vienen cada un año,
que ahora son por todos deseadas
para ser instrumento de este daño:
de armas y gentes vienen pertrechadas
allanando en el mar cualquiera extraño,
y que puede ser de ellas oprimido,
según estaba mal apercebido.

El Gama, que también consideraba
el tiempo que al partir le incita y llama
y que del rey despacho no esperaba
mejor, porque a los moros cree y aun ama,
los factores venir luego mandaba,
sin que de su venida vuele fama,
porque ella la tornada no la impida,
la cual quiere que hagan escondida.

Pero no tardó mucho que volando
un rumor comenzó luego a sonarse
que fueron los factores presos, cuando
se supo en la ciudad querer tornarse:
la fama a las orejas penetrando
del capitán, buscó cómo vengarse,
y presa hace en unos que vinieron
a vender pedrería que trujeron.

Eran estos tratantes los mayores
de Calicut, por ricos conocidos:
su falta la sintieron los mejores
y el estar en la flota detenidos:
en las naos ya están trabajadores
volviendo el cabrestante, repartidos
al trabajo: unos tiran de la amarra,
quiebran con duro pecho otros la barra.

Cuélganse otros del mástil y desatan,
la vela que con grita se soltaba,
cuando con mayor grita al rey relatan
cómo ya nuestra armada se aprestaba:
las mujeres e hijos que se matan
de aquellos que van presos, donde estaba
el Samorín, se quejan ser perdidos
el padres de unos, de otras los maridos.

Envió los factores Lusitanos
con toda su hacienda libremente,
a pesar de los perros mahometanos,
porque el capitán suelte aquella gente.
De los presos lavaba el rey sus manos
con excusas de un hecho así indecente:
con verlos se holgaron, y tornando
los negros, van al viento velas dando.

Vase la costa abajo, porque entiende
que en vano con un rey tal trabajaba
establecer el feudo que pretende
por firmar los comercios que trataba;
mas como ya la tierra, que se extiende
al Aurora, sabida la dejaba,
a su patria se vuelve dulce y cara,
señal llevando de la que hallara.

Malabares algunos que tomados
fueron de los que el rey había enviado,
con los factores nuestros libertados;
y la pimienta y clavo que ha comprado;
de especie varios géneros juntados,
la seca flor de banda, y nuez que ha hallado
en Maluco famoso, y la canela,
con que así de Ceilán la fama vuela.

Esto todo alcanzó por diligencia
del Monzaide fiel que lo procura,
el cual por la divina Providencia
a Cristo se volvió de su locura;
africano feliz, que la clemencia
divina lo sacó de niebla oscura
y lejos de su patria halló manera
con que a la patria suba verdadera.

De la costa apartándose, se acuesta
al peligroso mar vuelta la proa,
do de Buena Esperanza estaba puesta
la meta, más temida que Lioa:
llevan alegres nuevas y respuesta
de la parte oriental para Lisboa,
emprendiendo otra vez los duros miedos
del mar incierto, tímidos y ledos.

El llegar a su patria dulce y cara,
a sus caros penates y parientes,
el contar la derrota larga y rara,
los varios cielos, climas, tierras, gentes,
el alcanzar el premio que ganara
por tan graves trabajos y accidentes,
es a cualquiera un gusto tal, que el pecho
y corazón para él es vaso estrecho.

Pero la diosa Cipria, que abogada
ha sido de los Lusos largos años,
del padre eterno, y por buen genio dada,
para les evitar males extraños,
la gloria por trabajos alcanzada,
la recompensa de los graves daños
les andaba ordenando, y pretendía
darles en tristes mares alegría.

Después de haber un poco revolvido
consigo, el largo mar que navegaron,
las graves penas que por el nacido
en tierra de Anfión se les causaron,
ya traía de atrás en el sentido
para premio de cuanto mal pasaron,
buscar algún deleite, algún descanso
en el reino del mar líquido y manso.

Algún reposo, en fin, con que pudiese
refocilar la gente tan cansada
de la navegación, como interese
de la vida en el mar triste pasada.
Párecele ser justo que se diese
cuenta a su hijo, cuya flecha airada
a los dioses abaja al vil terreno,
los hombres sube al cielo más sereno.

Aquesto imaginado, determina
sosiego darles en la grande anchura
con alguna fingida isla divina
matizada de flores y frescura,
cual las tiene en el reino que confina
con el que al hombre fué de poca tura,
fuera de las que tiene soberanas
adentro de las puertas herculanas.

Quiere que las acuáticas doncellas
allí esperen los ínclitos varones,
las hermosas que dan gloria con vellas
y con la gloria dan pena y pasiones;
con danzas y con fiestas, porque en ellas
influirá secretas aficiones,
porque con más presteza sean cazados
los pechos del amor siempre llagados.

De aquesta maña usó para que fuese
el que parió de Anquises recibido
en tierra, que do un cuero se extendiese
labró la enamorada y triste Dido.
El hijo va a buscar que esto supiese,
que su poder está puesto en Cupido,
que como le ayudó en aquella liga,
quiere que en ésta ahora ayude y siga.

Las aves junta al carro que en la vida
las exequias de muerte están cantando,
y aquellas en que fué ya convertida
Peristea, las flores apañando.
En cerco de la diosa, ya partida,
se van lascivos besos todas dando:
ella por donde pasa, el aire, el viento,
sereno hace con su movimiento.

A los Idalios montes se descende
do su flechero hijo acaso andaba
ayuntando otros muchos, que pretende
expedición hacer soberbia y brava
contra el caduco mundo, porque enmiende
errores en que ha mucho que se estaba,
amando cosas que le fueron dadas,
no para ser amadas, más usadas.

Ve Acteón en caza tan austero,
ciego de una alegría bruta, insana,
que por seguir un feo animal fiero
huye la gente y bella forma humana,
y por darle un castigo cruel, severo,
la belleza le muestra de Diana,
y guárdese no sea consumido
de los perros y galgos que ha querido.

Del mundo ve los grandes y señores
que nadie en el bien público imagina,
ni tienen a otra cosa alguna amores
si no es a sí o a quien Filautia inclina:
ve que los que frecuentan como odores
las salas, por la buena y fiel doctrina
vencen adulación, que mal consiente
limpiarse el nuevo trigo floreciente.

Los que deben tener a la pobreza
amor, y al pueblo caridad ferviente,
aman sólo los mandos y riqueza,
fingiendo la justicia exteriormente:
de fea tiranía y aspereza
hacen derecho, y lo que más se siente,
las leyes en favor del rey se hacen,
las en favor del pueblo se deshacen.

Ve al fin que ninguno ama lo que debe,
sino aquello que mal su mal desea:
no quiere diferir al que se atreve
el castigo que duro y justo sea:
sus ministros ajunta, porque lleve
el ejército igual a la pelea
que tendrá con la mal regida gente
que no fuere al amor justo obediente.

Muchos de estos chiquillos voladores
están en varias obras trabajando:
unos afilan hierros pasadores,
otros los palotillos ahusando;
en su labor están cantando amores,
varios casos en verso tierno y blando,
melodía suave y concertada,
alegre letra, angélica sonada.

En las eternas fraguas do forjaban
puntas a las saetas penetrantes,
por leña corazones se quemaban,
entrañas vivas, telas palpitantes:
las aguas do los hierros se templaban
lágrimas son de míseros amantes;
la viva llama, el resplandor esquivo,
es el deseo que mata y queda vivo.

Ensayándose algunos allí andaban
en pechos duros de la gente ruda;
suspiros por el aire resonaban
de los que ya hirió la punta aguda:
hermosas ninfas son las que curaban
las llagas recibidas, cuya ayuda
no sólo vida da a los mal heridos,
mas pone en vida los aun no nacidos.

Hermosas son algunas, otras buenas,
según la cualidad de aquellas llagas,
que el veneno esparcido por las venas
no sanara triaca aunque más hagas:
unos quedan atados en cadenas
por palabras sutiles de las magas:
esto acontece cuando las saetas
aciertan a llevar hierbas secretas.

De estos tiros así desordenados,
que estos mal diestros mozos van tirando,
nacen amores mil desconcertados
en el herido pueblo miserando;
y en los héroes también de altos estados
ejemplos se verán de amor nefando,
cual de las mozas Biblis, Cinerea,
del mancebo de Asiria y de Judea.

Mil generosos vemos por pastoras
rendir las señorías a mercedes,
y por bajos lacayos las señoras
presas las vieron ya vulcanias redes:
unos esperan las nocturnas horas,
otros suben tejados y paredes;
mas yo creo que de este amor indino
ha más culpa la madre que el menino.

Llegada al prado donde el hijo pruebe,
paran cisnes el carro mansamente;
mas Venus, que las rosas vence y nieve,
del carro en tierra salta diligente:
el flechero, que al cielo alto se atreve,
a recibirla sale al continente:
salen los cupidillos servidores
a recibir la diosa que es de amores.

Ella, porque no gaste el tiempo en vano,
teniendo el hijo en brazos confiada,
le dice: «Amado hijo en cuya mano
mi potestad y fuerza está fundada,
en quien se ve el esfuerzo soberano
que las tifeas armas tiene en nada,
de necesidad grave compelida,
vengo para de ti ser socorrida.

»Bien ves las Lusitánicas fatigas,
que ya de muy atrás yo favorezco,
porque sé de las parcas mis amigas
que me han de venerar como merezco;
y porque con mayor amor me sigas,
mis romanos imitan, y me ofrezco
a les dar el ayuda que yo pueda,
clavando a la Fortuna el eje y rueda.

»Y porque, con insidias del odioso
Baco, en la India fueron molestados,
y en peligros del golfo proceloso
pudieron ser más muertos que cansados,
en el mar que les fué tan temeroso
quiero que sean ahora acariciados,
gozando del trabajo aquella gloria
que eterniza en los hombres la memoria.

»Y para esto querría que, heridas
las hijas de Nereo, en el profundo
fuesen de amor de aquéstos encendidas
que a descubrir vinieron nuevo mundo:
en un jardín florido conducidas,
yo las pondré con rostro muy jocundo,
que tendré dentro el mar aparejado,
del don de Flora y Céfiro adornado.

»Allí con mil refrescos y manjares,
con vinos odoríferos y rosas,
en labrados palacios singulares,
hermosas camas y ellas más hermosas,
en fin, con mil deleites no vulgares
los esperen las ninfas amorosas,
de amor heridas, dentro de esta casa,
sin ponerles al ver ni al gozar tasa.

»Quiero que haya en el reino neptunino,
do yo nací, progenie fuerte y bella,
y tome ejemplo el mundo aquí malino
que libertad no habrá do amor se sella;
que no valdrá ni el muro adamantino,
ni triste hipocresía podrá tenella,
que mal habrá en la tierra quien se guarde,
pues el fuego de amor en el mar arde.»

Propuso Venus, cuando el hijo inico,
para le obedecer, se apercibía:
manda traer su arco ebúrneo, rico,
con que tiene más cierta puntería:
alegre Venus, al hijo impudico
dentro del mismo carro lo subía,
y da rienda a las aves que con canto
la muerte de Faetón lloraron tanto.

Mas dice Amor que le era necesaria
una famosa y célebre tercera,
que puesto que mil veces le es contraria,
otras muchas le ha sido compañera:
la diosa Gigantea, temeraria,
jactante, mentirosa, verdadera,
que con cien ojos ve, burla y se entona,
y lo que ve con bocas mil pregona.

Vanla a buscar, y envíanla delante,
que celebre con voz sonora y clara
los hechos de la gente navegante
más que nunca de alguna celebrara:
resonando la fama tan pujante,
por las hondas cavernas penetrara
y hace ser de todos muy creída
venir credulidad con ella unida.

El rumor y loor alto excelente
el pecho de los dioses, que indignados
fueran por Baco contra aquesta gente,
los muda y hace ser aficionados:
el bando mujeril, que prestamente
cualesquiera propósitos tomados
muda, juzga por malo y por bajeza
desear mal a tanta fortaleza.

Despide en esto Amor crudas saetas
unas tras otras; gime el mar con tiros:
derechas por las ondas inquiëtas
algunas van, mas otras con mil giros:
dan en las ninfas, que de las secretas
entrañas despedían mil suspiros:
cualquiera cae sin ver el bulto que ama,
que tanto como el ver puede la fama.

Los cuernos junta de la ebúrnea luna
con fuerza, el mozo indómito, excesiva:
quiere a Tetis herir más que a ninguna,
porque más que ninguna le era esquiva:
no le queda en la aljaba saeta alguna,
ni en los ecuóreos campos ninfa viva,
y sí con las heridas van viviendo,
será para sentir que están muriendo.

Dad lugar, altas y espumosas ondas,
que Venus les trae ya la medicina:
muestra las blancas velas y redondas
que por el agua vienen neptunina,
para que amor recíproco respondas
a la llama amorosa femenina,
pues que aquí la pudica, casta, honesta,
a las obras de amor estará expuesta.

De Nereidas el corro se apareja:
presuroso y gallardo caminaba,
con bailes a la usanza antigua y vieja,
a la isla do Venus las guiaba:
allí la diosa a todas aconseja
lo que mil veces hizo cuando amaba:
ellas, que van de amor ciego heridas,
están con su cõsejo apercebidas.

Cortando viene el mar la compañía
del Luso para el cielo y patria amada,
con falta de alimentos y agua fría
para navegación tan prolongada,
cuando junta la flota conocía
tierra, de la isla fresca enamorada,
al tiempo que la madre deleitosa
de Memnonio parece más hermosa.

De lejos ven la isla fresca y bella,
que Venus por las ondas les llevaba,
como el viento la vela, si da en ella,
a do la armada estar se divisaba;
que porque no pasasen sin que en ella
tomasen puerto, como deseaba,
donde las naos navegan la movía
la Acidalia, que más que esto podía.

Luego la hizo inmoble, como vido
ser vista del piloto y demandada,
cual Delos se quedó habiendo parido
Latona y Febo y la que a caza es dada.
Al punto para allá fué el mar rompido
donde la costa hace una ancha entrada:
el arena tan blanca que recrea
y de conchas la pinta Citerea.

Tres montecillos frescos se mostraban
con altura soberbia y muy graciosa,
que del florido esmalte se adornaban
haciendo estar la isla deleitosa:
de la cumbre las fuentes abajaban
claras, que la verdura hacen viciosa:
entre las blancas guijas se refa
con dulce son el agua que corría.

A un valle ameno que los montes hiende
vienen las claras aguas a juntarse,
donde una mesa hacen que se extiende
tan bella, cuanto puede imaginarse:
el frutal sobre el agua se descende
como quien pronto está para afeitarse,
viéndose en el cristal resplandeciente
que en sí lo está pintando propiamente.

Mil árboles al cielo están subiendo
con frutos odoríferos y bellos:
el naranjo en su pomo refiriendo
la color que trae Dafne en los cabellos:
de la cidra los frutos van cayendo,
los ramos con el peso caen tras ellos;
los hermosos limones olor dando,
van los pechos virgíneos imitando.

La silvestre arboleda, que en cuarteles
los montes con sus ramas ha partido,
álamos son de Alcides, y laureles
por quien de Febo el pecho fué herido;
mirtos de Citerea, y los donceles
pinos, de quien Cibeles se ha servido:
allí apunta el derecho cipariso
la parte do está puesto el paraíso.

Los dones de Pomona allí Natura
produce diferentes en sabores,
sin serles necesaria la cultura,
pues sin ella se dan mucho mejores;
la color de cereza roja y pura,
y las moras que el nombre traen de amores;
el fruto que de Persia vino bueno
y mejor se tornó en terruño ajeno.

La granada descubre la rosada
color, con que tu precio, rubí, pierdes:
en los ramos del olmo está abrazada
la vid con sus racimos rubios verdes;
y si quieres vivir, pera, cortada
del árbol, vivirás como te acuerdes
de entregarte a los daños que con picos
en ti pueden hacer los pajaricos.

Pues la tapicería bella y fina
con que se cubre el rústico terreno
la de Aquemenia hace menos dina
y el valle, que es sombrío, más ameno;
la cabeza la flor cifisia inclina
sobre el estanque lúcido y sereno:
florece el hijo y nieto de Ciniras
por quien, oh pafia diosa, aun hoy suspiras.

No hubiera quien juzgara en esta hora,
viendo en el cielo y suelo unas colores,
si las flores la daban a la Aurora
o la Aurora la daba a aquestas flores:
pintando estaba allí Céfiro y Flora
con tinta las violetas de amadores,
el lirio rojo con la rosa bella,
cual se ve en las mejillas de doncella.

La azucena, de aljófar rociada,
y hierbabuena está en lugar distinto;
la flor que fué del claro Febo amada,
con sus letras se ve el triste jacinto,
con Pomona la Cloris igualada
quiere ser con las flores que aquí pinto:
si en el aire cantando aves volaban,
animales el suelo pavoneaban.



Gerard, dibujó

Reschomme, sc.

De esta arte, en fin, conformes las hermosas
ninfas con sus amados navegantes,
se coronan de flores deleitosas,
de laurel, oro y piedras abundantes;

Canto IX, Estr. 84.

Cerca del agua el blanco cisne canta,
el ruiseñor del árbol le responde;
Anteón de sus cuernos no se espanta,
y aunque se ve en el agua, no se esconde:
aquí la echada liebre se levanta,
la gama quiere huir y no halla dónde;
aquí en el pico trae al caro nido
el pájaro el sustento que ha cogido.

En tal frescura aquí desembarcaban
con gusto los segundos Argonautas,
donde por la floresta se dejaban
andar las bellas diosas como incautas;
algunas, dulces cítaras tocaban;
algunas, arpas; otras, dulces flautas;
otras, con arcos de oro se fingían
seguir la caza, y caza no seguían.

Así lo aconsejó la maestra experta,
que en el campo anduviesen derramadas,
que aunque la presa fuese vista incierta,
primero se hiciesen deseadas:
algunas, que en la forma descubierta
del bello cuerpo estaban confiadas,
puesta la artificiosa hermosura,
desnudas se metían en la agua pura.

Mas los fuertes mancebos que en la playa
ponen los pies, de tierra codiciosos,
que no hay ninguno entre ellos que no vaya,
cual todos, por hallar caza orgullosos,
no piensan que en su lazo o redes caya
caza en aquellos montes deleitosos,
tan suave, doméstica y benina
cual herida la tiene ya Ericina.

Unos, que en espingardas y ballestas
para herir los ciervos se fiaban,
por los sombríos bosques y florestas
determinadamente se arrojaban;
mas otros a las sombras, que de siestas
defienden la frescura, paseaban
cerca del agua que suave y queda
hace son con el son de la arboleda.

A divisar comienzan de repente
entre los verdes ramos las colores,
colores que la vista juzga y siente
no ser de rojas rosas ni de flores;
mas de lana y de de seda diferente,
que incita más y más a los amores,
de que se visten las humanas rosas,
haciéndose por arte más hermosas.

Da Veloso espantado un grande grito:
«Señores, caza extraña, dijo, es ésta:
si aquí dura el gentil y antiguo rito,
a diosas es sagrada esta floresta:
más se descubre aquí que el apetito
humano deseó, y se manifiesta
que son grandes las cosas y excelentes
que el mundo encubre a gentes imprudentes.

»Sigamos estas diosas, y veamos
si fantásticas son o verdaderas.»
Esto dicho, veloces más que gamos
se dieron a correr por las riberas:
huyen las ninfas por entre los ramos,
muy más industriosas que ligeras;
poco a poco riendo, y gritos dando,
se dejan de los galgos ir cazando.

Los hilos de oro de una el viento lleva;
de otra, al correr, las faldas delicadas:
enciéndese el deseo que se ceba
en las carnes que allí le son mostradas:
una de industria cae, y de que se atreva,
con muestras más donosas que indignadas,
riñe al enamorado que, herido
de amor, sobre ella cae mal advertido.

Otros por otra parte van topando
las diosas que desnudas se lavaban,
y de verlos venir están gritando,
como que asalto tal no lo esperaban:
algunas de ellas, menos estimando
la vergüenza que fuerza, se arrojaban
desnudas al huir, al ojo dando
lo que a las tristes manos van negando.

Otra, como acudiendo más de priesa
a no perder su honra en esta danza,
esconde en la agua el cuerpo; otra se apriesa
y por su ropa afuera se abalanza;
tal de los mozos hay que, por la priesa,
vestido se echa al agua, la tardanza
del desnudar temiendo, no se tarde
matar en agua el fuego que en él arde.

Cual perro de agua, en agua acostumbrado,
a tomar la ave o garza allí herida,
viendo ya el arcabuz enderezado
a la pata o garcilla conocida,
antes del tiro salta en ella airado
y trae de la que fué triste homicida,
nadando va y latiendo así el mancebo
por la que nunca fué hermana de Febo.

Leonardo, mancebo bien dispuesto,
 mañoso caballero, enamorado
 contra quien el Amor no perdió resto,
 pues siempre fué de damas mal pagado,
 el cual tiene por firme presupuesto
 ser con amores mal afortunado,
 pero nunca ha perdido la esperanza
 de poder en su hado haber mudanza:

Quiso aquí su ventura que corría
 tras Efire, un ejemplo de belleza,
 la cual más que las otras dar quería
 caro lo que le dió naturaleza;
 cansado de correr: «¡Ay mel, decía,
 indigna hermosura de aspereza,
 espera a quien te da del vivir palma:
 lleva el cuerpo, pues llevas, ninfa, el alma,

»Todas de correr cansan, ninfa pura,
 y cansadas se dan a su enemigo:
 tú duras en huirme en la espesura.
 ¿Quién te dijo ser yo el que aquí te sigo?
 Si te lo ha dicho ya aquella ventura
 que en toda parte siempre anda conmigo,
 no la creas, que yo, si la creía,
 mil veces cada punto me mentía.

»No canses, que me cansas; y si quieres
 huirme porque no pueda tocarte,
 es mi ventura tal que, aunque me esperes,
 ella hará que no pueda alcanzarte:
 espera; quiero ver, si tú quisieres,
 qué sutil modo busca de escaparte,
 y notarás al fin de este suceso
tra la spica e la man qual muro è messo.

»¡Oh!, no me huyas, no: así nunca el breve tiempo huya de ti y tu hermosura, pues que con refrenar el paso leve vencerás mi desdicha y fuerza dura. ¿Qué emperador, qué ejército se atreve a quebrantar la furia de ventura que en cuanto deseé, me va siguiendo? Lo que tú sola puedes no huyendo.

»¿Ayuda das a la desdicha mía? Flaqueza es dar ayuda al más potente. ¿El corazón me llevas que tenía libre? Suéltalo, irás más diligente: no te cargue aquesa alma y su agonía, que en esos hilos de oro reluciente llevas atada, si después de presa no mudó su ventura y menos pesa.

»Con solo aquesta fe te voy siguiendo, que o tú no sufrirás el peso de ella, o tu rostro que el alma va sufriendo le mudará su dura y triste estrella. Y si se ha de mudar, ¿qué vas huyendo? Que amor te herirá, bella doncella, y tú me esperarás si amor te hiere, y si me esperas, no hay más que yo espere.»

Ya no huye la bella ninfa, tanto por darse cara al Luso que seguía, como por ir oyendo el dulce canto, las lástimas de amor que le decía; y volviéndole el rostro blando y santo, todo bañado en risa y alegría, caerse deja a los pies del vencedor, que se deshace en frenesí de amor.

¡Qué hambriento besar en la floresta!
¡Qué regalado lloro que sonaba!
¡Qué suaves halagos! ¡Qué ira honesta
que en alegres risadas se trocaba!
Lo que más se pasó mañana y siesta,
que Venus con placeres inflamaba,
mejor será probarlo que juzgarlo,
mas júzguelo el que no puede probarlo.

De esta arte, en fin, conformes las hermosas
ninfas con sus amados navegantes,
se coronan de flores deleitosas,
de laurel, oro y piedras abundantes;
las blancas manos daban como esposas;
con palabras al hecho estipulantes,
aprométense eterna compañía,
en vida y muerte, de honra y alegría.

Entre ellas la mayor, a quien se humilla
todo el coro de ninfas, y obedece,
hija de Celo y Vesta, que, en su silla
puesta, las demás todas obscurece,
hinchiendo tierra y mar de maravilla,
al Gama, que la quiere y la merece,
recibe allí con pompa soberana,
mostrándose señora más que humana.

Después de haberle dicho quién ella era,
por alto exordio de alta gracia ornado,
haciéndole entender cómo viniera
por influjo y suasión del firme hado,
para le descubrir toda la esfera
de tierra inmensa y mar no navegado,
los secretos, por alta profecía,
que sola su nación saber debía:

Llévalo de amor preso, y por la mano,
a la cumbre de un monte alto y divino,
donde está un edificio soberano
de cristal claro, de oro puro y fino.
El día pasó aquí, alegre y ufano,
en dulces juegos y en placer contino:
en los palacios goza sus amores;
los demás por las sombras y entre flores.

De esta suerte la bella compañía
el día casi todo está pasando
en un nuevo placer, nueva alegría
los trabajos prolijos compensando,
que de sus hechos grandes y osadía,
fuerte y famosa al mundo, está aguardando
el premio allá en el fin bien merecido
con fama grande, nombre esclarecido.

Las ninfas de la mar, bellas, graciosas,
Tetis, la isla Angélica pintada,
no es otra cosa que las deleitosas
honras con que la vida es sublimada:
aquellas preeminencias gloriosas,
los triunfos y la frente coronada
de laurel, palma, gloria, nombre y fama,
son los deleites que esta isla derrama.

Las inmortalidades que fingía
la antigua edad que el pecho ilustre ama,
allá en el alto cielo, a quien subía
sobre las alas puesto de la fama,
por obras valerosas que hacía,
por el trabajo inmenso que se llama
camino de virtud alto y fragoso,
mas al fin dulce, alegre y deleitoso:

No eran sino premio, que reparte
por hechos inmortales soberanos
el mundo, con los que el esfuerzo y arte
divinos los hicieron, siendo humanos:
que Júpiter, Mercurio, Febo y Marte,
Éneas y Quirino, dos tebanos,
Ceres, Palas y Juno, con Diana,
todos fueron de flaca carne humana.

Mas la fama, trompeta de obras tales,
les dió en el mundo nombres tan extraños
de dioses, semidioses inmortales,
indígetes, heroicos, y de maños:
por eso los que a ser muy principales
aspiráis, si queréis veros tamaños,
despertad ya del sueño de ocio ignavo,
que el ánimo de libre hace esclavo.

Poned en la codicia un freno duro
y en la triste ambición que indignamente
tomáis mil veces, con el torpe obscuro
vicio de tiranía infame, urgente;
porque esas vanas honras, y oro puro,
verdadero valor no da a la gente:
mejor es merecerlas sin tenerlas,
que poseerlas y no merecerlas.

Dando al pueblo en la paz leyes constantes
que a los pobres protejan y a los buenos,
o tomando las armas rutilantes
contra los enemigos sarracenos,
haréis los reinos grandes y pujantes,
poseeréis todos más, ninguno menos:
gozaréis las riquezas merecidas,
y las honras que ilustran a las vidas.

Haced vuestro rey claro, que amáis tanto,
ahora con consejos bien pensados,
con la espada en la mano, al brazo el manto,
respondiendo al valor de los pasados;
por lo imposible no toméis quebranto
(siempre podrá el que quiere), y celebrados
seréis con los héroes esclarecidos
en esta isla de Venus recibidos.





CANTO DÉCIMO Y ÚLTIMO

AS ya el claro amor de Larisea
adúltera los carros inclinaba
para el piélago largo que rodea
Temistitán, do el Occidente estaba:
Favonio el gran calor del Sol recrea
con soplo que en las aguas respiraba,
volviéndole el frescor la dulce vida
al lirio y al jazmín, del sol perdida:

Quando se van las ninfas y amadores
por la mano conformes y obedientes
a los palacios ricos de labores
con pórvido y cristal resplandecientes;
las mesas tienen llenas, servidores,
de platos de manjares excelentes,
porque puedan allí con tal largueza
cada cual socorrer a su flaqueza.

Allí en las sillas ricas, cristalinas,
se asientan dos a dos amante y dama:
en dos que están primero, de oro finas,
con su diosa se puso el claro Gama:
de iguarias suaves y divinas,
a quien nunca llegó la egipcia fama,
se amontonan los llenos platos de oro,
traídos del atlántico tesoro.

Los vinos odoríferos, que encima
están, no son itálico Falerno,
mas ambrosía que Júpiter estima,
con todo su concilio sempiterno:
en vasos do no puede obrar la lima
blancas espumas alzan, y al interno
corazón mueven súbita alegría,
saltando con la mezcla de agua fría.

Mil pláticas alegres se hablaban,
risas, motes y dichos delicados,
que entre un manjar y el otro se tocaban
ya con los apetitos desbocados:
músicos instrumentos no faltaban
cuales en el Cocito a los penados
hicieron descansar de eterna pena
con una voz de angélica sirena.

Una ninfa cantaba, y sus acentos,
que por los altos aires van sonando,
en consonancia igual los instrumentos
a un mismo tiempo vienen conformando.
Un silencio refrena allí los vientos
y hace blandamente ir murmurando
las aguas: en sus casas naturales
adormece los brutos animales.

Con dulce voz está subiendo al cielo
los varones que aun no han venido al mundo,
cuyas ideas vió Próteo sin velo
en un globo diáfano y rotundo:
Júpiter se lo dió por su gran celo
en sueños, y él después en el profundo
lo dijo, do la ninfa en su memoria
recogió tan ilustre y clara historia.

Materia es de coturno, no de soco,
lo que aprendió la ninfa allá en su lago,
cual Yopas no supo, o Demodoco,
en los Feaces uno, otro en Cartago.
Aquí, sacra Calíope, te invoco
en el trabajo extremo, porque en pago
me des de lo que escribo, y yo pretendo,
el gusto de escribir que voy perdiendo.

Van los años bajando, y del estío
al otoño es el paso corto y breve:
la fortuna me ha hecho ya sin brío,
no se ensalza mi musa ni se atreve:
los disgustos me van llevando al río
do en olvido se queda el que lo bebe:
mas tú me da que cumpla, reina mía,
con lo que el amor quiere y yo quería.

Cantaba aquesta ninfa que vendrían
del Tajo, por el mar que Gama abriera,
gentes que las riberas vencerían
donde el Índico mar hace ribera;
y los gentiles reyes rendirían
al yugo de la luz de Dios sincera,
o por bien, o por mal, con brazo fuerte,
hasta rendirse a él, de él a la muerte.

De uno canta que allá en los Malabares
era de sacerdotes el primado,
y por guardar la fe a los singulares
Portugueses perdió todo su estado:
sus ciudades consiente y sus lugares
ser talados con fuego y hierro airado
por el gran Samorín que nuestra gente
quisiera aniquilar en el Oriente.

Y canta «cómo ve que se embarcaba
en Belén su remedio soberano,
sin saber lo que en sí la mar llevaba:
lleva a Pacheco, Aquiles Lusitano:
sienten su grave peso, cuando entraba
el corvo leño el férvido Oceano,
los troncos que en el agua ya gemían
y en ella sin quererlo se metían.

»Mas llegado a los fines orientales,
ayudándose queda con gran brío
al de Cochín, con pocos naturales,
en brazos del salado y ancho río:
desbarata los Naires infernales
al paso Cambalón, tornando frío
con espanto el ardor grande de Oriente
de lo mucho que hacía tan poca gente.

»Llamará el Samorín más gente nueva;
vendrán del Bipur reyes, del Tanor,
de sierras de Narsinga, que alta prueba
estarán prometiendo a su señor:
hará el Naire que todo al fin se mueva
de Calicut la tierra y Cananor:
vendrán diversas leyes a la guerra,
moros por mar, gentiles por la tierra.

»A todos otra vez desbaratando,
por tierra y mar, el gran Pacheco osado,
la grande multitud que irá matando
a todo el Malabar tendrá admirado:
Samorín, con la rabia, renegando,
al combate saldrá más denodado;
su gente con injuria, y los remotos
dioses, irá llamando con mil votos.

»Ya no defenderá solos los pasos,
mas quemarle ha lugares, templos, casas,
con furor Samorín, viendo ya lasos
a los que las ciudades hacen rasas;
los suyos, de la vida nada escasos,
te los echa Pacheco; mas tu pasas
sus vidas por el filo, y vas, volando,
de la una a la otra parte en todos dando.

»Vendrá allí el Samorín, porque en persona
los suyos a la guerra cruda anime;
mas un ligero tiro su corona
con sangre teñirá, y cetro sublime;
y viendo que a Pacheco le abandona
su fuerza, y que no hay fuerza que él estime,
inventará traiciones y venenos,
mas siempre (Dios queriendo) hará menos.

»Tornará la vez séptima, cantaba,
a pelear con el invicto Luso,
a quien trabajo alguno no espantaba,
y si lo esté, le tiene muy confuso.
Traerá para la guerra, horrenda y brava,
máquinas con maderos fuera de uso,
con que pueda anegar las carabelas,
sin serles de provecho mástil, velas.

» Por la mar llevará sierras de fuego
para abrasarle cuanta armada tiene;
mas la militar arte, e ingenio, luego
en humo volverá el fuego que viene:
ningún claro varón en marcio juego,
que en alas de la fama se sostiene,
llega a éste que la palma a todos toma:
perdónenme la ilustre Grecia y Roma.

» Porque tantas batallas sustentadas
con muy poquitos más de cien soldados,
y con artes de guerras señaladas
tener moros sin cuento ahuyentados,
o parecerán fábulas soñadas,
o que los altos coros invocados
bajaban en su ayuda y les traían
esfuerzo, fuerza, ardid, con que vencían.

» Ni el otro que en los campos Maratonios
el poder de Darío asuela y ofende;
ni el que con cuatro mil lacedemonios
el paso de Termópilas defiende;
ni Cocles el mancebo en los Ausonios
que con todo el poder tusco contiene
por defender la puente, oh Quinto Fabio,
no fué cual éste en guerra fuerte y sabio.»

La ninfa en este punto el son canoro
en ronco lo convierte entristecido,
cantando en baja voz envuelta en lloro
el gran esfuerzo mal agradecido.
«¡Oh Belisario, dice, que en el coro
de Musas serás siempre engrandecido!,
si en ti viste sin precio al bravo Marte,
ya tienes con quién puedas consolarte.

»Aquí habrá compañero, así en los hechos
como en el galardón injusto y duro:
en ti y en él veremos altos pechos
venir a bajo estado, humilde, obscuro:
morir en hospital en pobres lechos
los que a la ley y rey sirven de muro:
esto hacen los reyes cuyo imperio
puede más que justicia en su hemisferio.

»Esto hacen los reyes que, embebidos
en la blanda apariencia que contenta,
dan los premios de Ayace merecidos
a la lengua de Ulises fraudulenta:
vengarme he, que estos bienes mal partidos,
en el que dulces sombras representa,
si no los dan a sabios caballeros,
danlos a fementidos lisonjeros.

»Mas tú, de quien quedó tan mal pagado
un tal vasallo, rey no agradecido,
si no le diste tu sublime estado,
él te dió reino y mando esclarecido;
y en cuanto fuere el mundo rodeado
del Sol, será de todos conocido,
y vivirá entre gentes pobre y claro,
y tú en esto culpado por avaro.

»Otro vendrá, cantaba, intitulado
con el nombre real: traerá consigo
el hijo que en el mar será ilustrado,
siéndole de sus hechos buen testigo:
ambos darán con brazo fuerte, armado,
a la fértil Quiloa cruel castigo,
poniendo en ella un rey tal de su mano,
echando fuera el pérfido tirano.

»Dejarán a Mombaza, que se arrea
de casas suntuosas y edificios,
con hierro y fuego tan talada y fea,
que pague por cabal sus maleficios;
y en la costa, que toda se rodea
de leños enemigos y artificios,
contra los Lusos, a velas y remos,
el mancebo Lorenzo hará extremos.

»Dentro en las naos del Samorín potente,
que henchirán el mar, la gran pelota
que saldrá del cañón de cobre ardiente
dejará casco, mangle y vela rota;
y los garfios echando osadamente,
dará en la capitana, algo remota,
tan presto, que la deje con su espada
de cuatrocientos moros libertada.

»Mas de Dios la divina providencia,
que sabe bien de qué es mejor servida,
a do no vale esfuerzo ni prudencia
para guardar la vida ya perdida,
en Chaúl, donde en sangre y resistencia,
con hierro y fuego, el agua está teñida,
le harán que con vida no se vaya
las armadas de Egipto y de Cambaya.

»Allí el poder inmenso de esta gente,
que el grande esfuerzo con su fuerza apoca,
los vientos que le faltan y el ferviente
mar, que lo va arrojando a triste roca,
todo se conjuró contra el potente;
mas vaya el que de fuerte algo se toca
y a Esceva verá aquí despedazado,
sin saber ser rendido ni domado.

»Fáltale una rodilla, que en pedazos
la lleva un ciego tiro que pasara;
mas donde faltan piernas sobran brazos
y el fuerte corazón que le quedara;
hasta que otra pelota dió en los lazos
con que el alma en el cuerpo se enlazara:
de la prisión mortal voló a la hora
al cielo do se halla vencedora.

»Vete, alma, en paz, de guerra tan sangrienta,
en la cual mereciste paz serena;
que al cuerpo, que en pedazos se presenta
quien lo engendró venganza ya le ordena:
ya oigo resonar la gran tormenta
que viene a dar la cruda y triste pena
de esperas, basiliscos y trabucos
a los cambaicos y a los mamelucos.

»Viene el padre con ánimo estupendo,
con lástima y coraje por antojos,
con que el paterno amor le está trayendo
fuego en el corazón, agua en los ojos:
la ira le venía aprometiendo
que ha de ofrecer al hijo por despojos
tal multitud que el Nilo sea en sentirla,
el Indo pueda verla, el Gange oirla.

»Cual el toro celoso, que se ensaya
a la pelea, que sus cuernos tienta
al tronco de una encina o dura haya
y en la tierra su fuerza experimenta,
tal, antes que en el reino de Cambaya
entre Francisco airado, en la opulenta
Dabul su espada afila, y prueba el filo
cortando de los más el vital hilo.

»Y entrando por el puerto de la Dío,
ciudad ilustre en cercos y batallas,
destrozará la armada, con gran brío,
de Calicut, que remos trae por mallas;
la de Melique rendirá con frío
temor, pudiendo el fuego así espantallas,
que a las gentes dará en el hondo asiento
secreto lecho de húmedo elemento.

»Mas la de Mir-Hocén, que, blasonando,
la furia esperará de vengadores,
verá brazos y piernas ir nadando,
sin cuerpos, por el mar de sus señores:
rayos de fuego irán representando
con ciego ardor los bravos domadores:
cuanto allí sentirán ojos y oídos
llamas y humo será, con alaridos.

»Mas ¡ay!, que de esta próspera victoria,
cuando a su patrio Tajo dé la vuelta,
casi le robará toda su gloria
un suceso de suerte a su mal suelta.
El cabo Tormentorio su memoria
con huesos guardará, y allí resuelta
la vida, volverá a su Dios el alma
a quien le dió el Egipto e India palma.

»Tendrán allí los cafres más potencia
que los moros destrísimos tuvieron,
y con palos harán más resistencia
de la que flechas y arcos le hicieron:
juicios de divina Providencia,
a quien gentes que no los entendieron
les llaman hado malo, suerte oscura,
siendo de solo Dios voluntad pura.

»Ved con qué nueva luz el laberinto del Globo se aclaró, la voz sonaba, mostrando el mar Melinde en sangre tinto, con la ciudad de Lamo, de Oja y Brava, por Acuña feroz, que nunca extinto será su nombre en todo el mar que lava las islas de Austro y playas que se llaman de San Lorenzo, que en el Sur se afaman.

»Esta luz es del fuego y relucientes armas con que Albuquerque irá amansando los Parseos de Ormuz, que por valientes rehusarán el yugo honroso y blando: las saetas verán allí las gentes recíprocas volver al gentil bando contra quien las tiró: que Dios guerrea por quien por su fe santa entra en pelea.

»Allí de sal los montes no defienden de corrupción los muertos en combate; mas por la larga playa y mar se extienden de Gerún, de Mazcate y Caláyate, hasta que a pura fuerza ya desprenden a bajar la cerviz, donde se le ate la obligación de dar el reino inico de perlas de Barén tributo rico.

»¡Oh qué gloriosas palmas tejer veo para la gloria de la gran Lisboa cuando con fuerte brazo y gran deseo a la isla ganó fuerte de Goa! Después, obedeciendo al hado feo, la deja, y de ella vuelve al mar la proa, por tornarla a ganar: que esfuerzo y arte vencen a la Fortuna y propio Marte.

»Ved que vuelve sobre ella y va rompiendo
por las pelotas, muros, fuego y lanzas,
abriendo el escuadrón espeso, horrendo,
doquiera que con golpe o espada alcanzas:
van los soldados ínclitos haciendo,
cual toros o leones, mil matanzas,
cuando se celebró la fiesta dina
de la gloriosa virgen Catalina.

»Ni es mucho si a tal hombre te rendiste,
puesto que rica en todo y asentada
al Oriente te veas, do naciste,
opulenta Malaca celebrada.
Las venenosas flechas que hiciste,
los crises con que estabas pertrechada,
amorosos malayos, jaos valientes,
al Luso serán todos obedientes.»

Más estancias cantara esta sirena
en loor del clarísimo Alburquerque,
mas una ira le ataja que a él condena,
aunque su ilustre fama el mundo cerque.
El grande capitán, que el hado ordena
que con trabajos gloria eterna merque,
más ha de ser un blando compañero
a los suyos, que juez cruel y entero.

Porque en tiempo de hambres y asperezas,
dolencias, flechas y rayos ardientes,
usar fieros castigos y bravezas
en los soldados fuertes y valientes,
parecen villanías y brutezas
de pechos inhumanos, insolentes,
dar extremo castigo por la culpa
que flaca humanidad y amor disculpa.

No fué la culpa, no, de grave incesto
ni de violento estupro en virgen pura,
ni menos adulterio deshonesto,
sino con una esclava vil y obscura:
si el pecho, o de celoso, o de modesto,
o de usado a crueldad terrible y dura,
con los suyos la ira no refrena,
a blanca fama negra mancha ordena.

A Apeles vió Alejandro enamorado
de su Campaspe, y dársela consiente,
no siendo su soldado exprimentado
en algún duro cerco, o guerra urgente.
Sintió Ciro que andaba ya abrasado
Araspas de Pantea en fuego ardiente,
que él en guarda tomó, con fe y promesa
de nunca en esta presa hacer presa:

Mas viendo el claro persa que, vencido
era de amor, que no tiene defensa,
la culpa le perdona, y fué servido
de él en un grave caso en recompensa.
Por fuerza de Judita fué marido
el fuerte Baldovino, mas dispensa
con él Carlos y dale empresas grandes,
que viva y poblador quede de Flandes.

Prosiguiendo la ninfa el dulce canto,
de Suárez canta «cómo las banderas
desplegaría con temor y espanto
por las rojas arábicas riberas:
Medina abominable teme tanto
cuanto Meca, y Gidá, con las postreras
playas de Abasia: Bárbara se exime
del mal, de que el imperio Zeila gime.

»La noble isla también de Taprobana,
por el antiguo nombre tan famosa,
cuanto ahora soberbia y soberana
por la corteza cálida olorosa,
tributo pagará a la Lusitana
bandera, cuando clara y gloriosa
venciendo se alzaré en la torre fuerte
de Columbo, temida a par de muerte.

»Sequeira por las aguas eritreas
a tu imperio abrirá nuevo camino,
con que, reina Sabá, tanto te arreas
y Cándace lo tiene por divino:
a Mazuá descubre, y si rodeas,
verás el puerto Aquico allí vecino,
y hará descubrir remotas tierras,
cuáles con dulce paz, cuáles con guerras.

»Vendrá después Meneses, cuyo hierro
en Libia será más que acá probado:
de la soberbia Ormuz vengará el yerro
con que pague el tributo al tresdoblado:
también tú, Gama, en pago del destierro
en que estás, te verás acá tornado
con título de conde que escogiste:
la tierra mandarás que descubriste.

»Mas la necesidad fatal y urgente
de quien ningún humano es eximido,
con título real y preeminente
te quitará del mundo fermentido.
Será el otro Meneses presidente,
mayor que no en la edad en el sentido:
gobernaré y hará al dichoso Enrique
que en el mundo su fama se publique.

» No sólo vencerá los Malabares,
destruyendo a Panane con Coulete,
sin temer las bombardas que en lugares
peligrosos su fuego se entremete;
mas con virtudes claras, singulares,
los enemigos vence, y acomete
del alma la codicia, incontinencia
que en edad tan lozana es excelencia.

» Después que las estrellas lo llamaren,
tomarás, Mascareñas, el gobierno,
y si injustos el mando te quitaren,
no te podrán quitar el nombre eterno:
para que tus hazañas más se aclaren
el hado te ha traído más superno
a mandar, más de palmas coronado
que de justa fortuna acompañado.

» Del reino de Bintán, que tantos daños
tiene a Malaca mucho tiempo ha hechos,
en solo un día injurias de mil años
vengarás con favor de ilustres hechos:
los trabajos, peligros, los engaños,
de hierro abrojos mil, pasos estrechos,
trincheras, baluartes y saetas,
te quedan que las rompas y sometas.

» Mas la codicia y ambición que muestra
su rostro descubierto en el imperio
contra Dios y justicia, siendo diestra,
disgusto te hará, no vituperio.
El que injuria hiciere, con siniestra
fuerza y poder en que se ve, adulterio
acomete, y no vence, que victoria
es ganar de justicia eterna gloria.

»Mas con todo no niego que Sampayo
será en esfuerzo ilustre y señalado,
mostrándose en el mar un fiero rayo,
que de enemigos mil verá cuajado.
En Bacanor hará cruel ensayo,
y en Malabar, para que, amedrentado,
después de ser vencido de él se venga
Cutiale, con cuanta armada tenga.

»Y no menos de Dío la gran flota,
que Chaúl temerá por ser osada,
con la vista será perdida y rota,
por Héctor de Silveira destrozada;
por Héctor, portugués, de quien se nota
que en la costa Cambaica siempre armada
será a los Guzarates tan tirano
cuanto lo fué a los griegos el Troyano.

»A Sampayo sucede en fuerza y cargo
Cuña, que en Chale torres levantadas
tendrá, teniendo el mando tiempo largo
y a Dío con sus gentes refrenadas.
El fuerte Bazaín con trance amargo
de guerra ganará, con cuchilladas
de que gime Melique que la espada
a su trinchera tenga sujetada.

»Tras él vendrá Noroña, y con bullicio
de armas los fieros Rumes ahuyenta
de Dío, que el valor y el ejercicio
de Antonio de Silveira la sustenta:
en Noroña la muerte hace su oficio
cuando un tu ramo, oh Gama, se presenta
al gobierno indiano, cuyo celo
hará temblar la mar, el aire y suelo.

» De manos de tu Esteban tomaría
las riendas el que ya será ilustrado
en Brasil con dar muerte áspera y fría
al pirata francés, al mar usado;
y capitán mayor, escalaría
el muro de Damán, soberbio, armado,
entrando él el primero por la puerta
que fuego y flechas mil tienen cubierta.

» A éste el rey cambaico soberbísimo
fortaleza dará en la rica Dío,
porque contra el Mogor poderosísimo
le ayude a defender su señorío:
después irá con pecho esforzadísimo
a quitarles el paso por el río
al rey de Calicut, que en aquel seno
lo hará retirar de sangre lleno.

» La ciudad Repelín será talada,
puesto su rey con muchos en huida,
y al cabo Comorín desbaratada
con su valor y fuerza esclarecida.
De Samorín la grande y gruesa armada,
que a destruir el mundo se convida,
vencerla ha con furor de hierro y fuego
y así verá Beadala el marcio juego.

» Estando la India limpia de contrarios,
vendrá después con cetro a gobernalla
quien no halle resistencia ni adversarios,
mas toda la refrene con miralla.
Si los peligros quieres ordinarios
probar tú, Baticala, que Beadalla,
de sangre y cuerpos muertos serás llena
y con fuego arrojada por la arena.

»Éste será Martín, que trae de Marte
el nombre con las obras derivado:
tanto en armas se ilustra en toda parte,
cuanto en consejos sabio y bien mirado.
Castro sucederá, que el estandarte
portugués tendrá siempre levantado,
sucesor digno al que le ha precedido,
que a Dío levantada ha defendido.

»Los Persas, Abasís, Rumes feroces
que del nombre de Roma nombre tienen,
varios de gestos, de costumbre atroces,
mil naciones al cerco fieras vienen:
mil quejas dan al cielo, al mundo voces,
que unos pocos la tierra les detienen:
en sangre Portuguesa juran todos
de bañar los mostachos, rostros, codos.

»Basiliscos horribles y leones,
trabucos fieros, minas encubiertas,
sustenta Mascareñas con varones
que las muertes ya tienen por muy ciertas,
hasta que en las mayores opresiones
Castro libertador, haciendo ofertas,
de sus hijuelos, quiere que ilustrados
queden, siendo a su Dios sacrificados.

»Hernando, digno ramo de esta planta
donde el violento fuego con ruido
las torres hiende y muros que quebranta,
lo vuela, y de allí al cielo fué subido.
Alvaro, cuando el frío al mundo espanta,
y el camino con nieve está impedido,
vence la mar, las aguas, los contrarios
vientos, los enemigos adversarios.

»Veis acá el padre que las ondas corta
con el resto de gente Lusitana,
y con fuerza y saber, que más importa,
la batalla presenta soberana:
por las paredes el camino acorta
a la entrada, mas otros por la insana
escuadra. Hechos hacen, de memoria
dignos, que no cabrán en larga historia.

»Este después en campo se presenta
vencedor, fuerte, intrépido, al pujante
rey de Cambaya, a quien más desalienta
la fiera multitud cuadrupedante;
y no menos sus tierras no sustenta
Hidalcán, contra el brazo que triunfante
a Dabul da castigo por respuesta;
ni Pondá escapa, tierra adentro puesta.

»Estos y otros varones, por mil partes
dignos todos de fama y escritura,
haciéndose en la tierra bravos Martes,
gozarán de esta isla su frescura;
arrastrando en el mar los estandartes
vencedores con próspera ventura,
hallarán estas ninfas, estas mesas,
que glorias y honras son de altas empresas.»

Cantaba esto la ninfa, y todas ellas
con sonoro aplauso voces daban,
con que de los donceles y doncellas
las bodas con placer se celebraban:
ya no podrá Fortuna, ni aun estrellas,
quitarles el valor que aquí alcanzaban,
ni os tiene de faltar, gente famosa,
honra, nombre ni fama gloriosa.

Después que aquí la corporal flaqueza
se satisfizo del mantenimiento,
y a la dulce armonía y gran destreza
el oído le dieron, pronto, atento,
Tetis, de gracia ornada y gentileza,
para darles mayor contentamiento
y las fiestas doblar de aqueste día,
al valeroso Gama así decía:

«Merced te hace, oh Gama, la sapiencia
suprema que con ojos corporales
veas lo que no puede ver la ciencia
de los bajos y míseros mortales:
mis pasos seguirás con gran prudencia
por este monte, tú con tus iguales.»
Y con esto se entró un bosque cerrado
do nunca humano pie fuera estampado.

No andan mucho, cuando en la alta cumbre
se hallan, donde un campo se esmaltaba
de esmeraldas, rubís, que a la vislumbre
ser el cielo estrellado figuraba:
un globo está en el aire, a quien la lumbre
clarísima con rayos penetraba,
de modo que su centro es evidente,
como la superficie, claramente.

Cuál sea su materia no está claro,
mas divisase bien que está compuesto
de varios orbes que el Maestro raro
compuso un solo centro a todos puesto:
en que se abaje o alce no reparo,
pues no se alza o abaja, mas un puesto
en toda parte tiene, en cualquier parte
está principio y fin por divina arte.

Uniforme, perfecto y sostenido
en sí (tal arquetipo lo criara),
viendo el Gama tal Globo, conmovido
de deseo y espanto se quedara:
«Aquí, dijo la diosa, reducido
en un pequeño espacio se te aclara
el mundo porque en él distinto veas
por dó vas, dónde irás, lo que desees.

»Ves aquí la gran máquina del mundo,
etérea, elemental, que fabricada
así fué del saber alto y profundo
que es sin principio y meta limitada:
quien cerca alrededor este rotundo
Globo y su superficie tan limada,
es Dios; mas quién sea Dios nadie lo entiende,
que a tanto nuestro ingenio no se extiende.

»Este orbe que primero va cercando
los otros más pequeños que contiene,
que está con pura luz claro alumbrando
de modo que la vista no la atiene,
el Empíreo se llama, do gozando
puras almas están del bien que tiene,
tal que él solo se extiende y él se alcanza,
de quien no hay en el mundo semejanza.

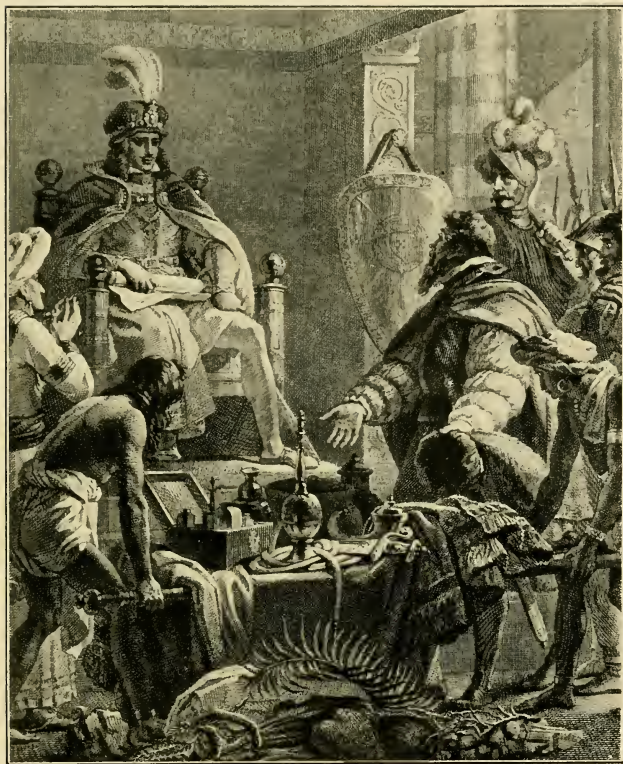
»Aquí solos los santos gloriosos
están; que yo, Saturno, Marte o Jano,
Júpiter, Juno, somos fabulosos,
fingidos de un descuido ciego, insano:
sólo para los versos deleitosos
servimos, y si más el trato humano
nos puede dar, es que el ingenio vuestro
a las estrellas ponga el nombre nuestro.

» Y también que la santa providencia,
que en Júpiter aquí se representa,
por espíritus mil, con su prudencia,
gobierna el mundo todo que sustenta:
aquesto nos declara la alta ciencia
con los ejemplos grandes que presenta,
pues los buenos nos guían, favorecen,
los malos cuanto pueden nos empecen.

» Quiera aquí la pintura que varía,
ahora dando gusto, ahora enseñando,
darles nombres que ya la poesía
a sus dioses los diera fabulando:
los ángeles de la alta jerarquía
dioses el sacro verso está llamando,
ni niega que este nombre preeminente
a los malos se da, mas falsamente.

» En fin, que el sumo Dios, que por segundas
causas obra, este mundo todo manda;
y tornando a contarte las profundas
obras de aquesta mano veneranda,
debajo el orbe (ve, no te confundas)
donde gozan las almas, que no se anda,
otro corre tan presto y tan ligero
que no se ve, el cual es móvil primero.

» Con este raptó y grande movimiento
van todos los que están dentro en su seno:
por obra de este Sol andando atento,
el día y noche hace en curso ajeno:
debajo este veloz anda otro lento,
tan tardo y sojuzgado al duro freno,
que en cuanto Febo, de la luz no escaso,
doscientos cursos hace, da él un paso.



Por serviros a todo aparejados,
lejos de vos, a vos son obedientes:
en cumplir son, señor, vuestros mandados,
sobre cuantos se hallan diligentes;

Canto X, Estr. 148.

» Mira esotro debajo que esmaltado
de cuerpos lisos anda, y radiantes,
que en él guardan su curso concertado
y en sus ejes se muestran las errantes;
bien ves cómo se viste y está ornado
de un largo cinto de oro que, estrellantes,
doce animales tiene figurados,
apuestos de Febo limitados.

» Mira por otras partes la pintura
que las esrellas claras van haciendo;
mira el Carro, la Barca y Cinosura,
Andrómeda, su padre, y el horrendo
Dragón, de Casiopea la hermosura,
de Orión el gesto tan tremendo,
mira el Cisne muriendo que suspira,
la Liebre, la Canícula, la Lira.

» Debajo de este grande firmamento
de Saturno es el orbe que prosigo:
Júpiter luego hace movimiento;
Marte debajo, bélico enemigo,
del ojo el cielo, tiene el cuarto asiento;
y Venus los amores trae consigo;
Mercurio, de elocuencia soberana;
con tres rostros abajo está Diana.

» En todos estos orbes diferente
curso verás: cuál grave, cuál más presto;
ora huyen del centro largamente,
ora hacen su curso cabe él puesto:
bien como quiso el Padre omnipotente
que el fuego, el aire y viento y nieve ha puesto,
a los cuales verás estar más dentro
y que tienen la tierra y mar por centro.

» Este centro es posada a los humanos,
que no sólo de osados se contentan
con sufrir de la tierra los insanos
peligros, mas la mar experimentan:
verás las varias partes que indianos
mares dividen, donde se aposentan
varias naciones, reinos eminentes,
en leyes y costumbres diferentes.

» Ve la Europa cristiana, muy más clara
que las demás en gracia y fortaleza;
Africa, de sus bienes tan avara,
inculta y toda llena de bruteza;
mira el cabo que siempre se os negara
que al Austro lo asentó naturaleza;
mira esa tierra toda, que se habita
de la gente sin ley casi infinita.

» Ve de Monomotapa el grande imperio,
de selvática gente negra y perra,
donde el santo Gonzalo vituperio
padecerá por Cristo y dura guerra:
nace por este incógnito hemisferio
el metal, por quien más la gente yerra:
mira del lago donde se derrama
el Nilo, cómo corre el río Guama.

» Ve las casas de negros siempre abiertas
y cómo viven todos confiados:
la justicia las guarda más que puertas,
y a ninguno sus bienes son robados:
mira las tierras de éstos ya cubiertas,
cual de tordos los árboles cuajados,
de Zofala cercar la fortaleza,
que defenderá Añaya con destreza.

»Ve las lagunas donde el Nilo nace,
que los antiguos nunca conocieron,
en cuya playa el cocodrilo pace
y gentes de Abasís en Dios creyeron;
a quien ni la muralla falta hace,
mas siempre a sus contrarios resistieron:
ve a Meroe, que isla fué de antigua fama
y ahora el natural Nobá la llama.

»Aquí en aquesta tierra un hijo tuyo
en armas contra el Turco será claro:
Don Cristóbal será el gran nombre suyo,
mas contra el fin fatal no habrá reparo:
ve la costa del mar, de do no huyo,
pues Melinde dió en ella hospicio caro:
el río, nota bien, que su romance
suele llamar Obi y entra en Quilmance.

»Ve el cabo que fué Arómata llamado,
y llaman Guardafú sus moradores;
de la boca comienza del nombrado
mar Rojo, que del fondo trae colores:
éste como mojón está arrojado
que Asia y Africa parte, y las mejores
poblaciones de Libia que aquí miro
Mazuá son, Zuarque, con Arquiro.

»Ve la extrema Suez, que antiguamente
de Héroas dicen ser ciudad nombrada:
otros dicen que Arsinoe, y al presente
con la flota de Egipto es afamada:
mira el agua do abrió por su corriente
camino el gran Moisés siendo tocada:
Asia comienza aquí, que se presenta
en tierras grande, en reinos opulenta.

» Mira el monte Sinaí, que se ennoblece
con el cuerpo de Santa Catalina:
mira Toro y Gidá, a quien enflaquece
la falta de agua clara cristalina:
las puertas del estrecho do fenece
el reino de la Adén, que allá confina
con la sierra de Arcira, piedra viva,
donde la lluvia nunca se deriva.

» Ve las Arabias tres, que tanta tierra
toman, todas de gente vaga y baza,
donde vienen caballos para guerra
ligeros y muy fuertes, de alta raza;
ve la costa que corre hasta que cierra
otro estrecho de Persia y hace traza
con el cabo que el nombre lo apellida
de Fartaque, ciudad allí subida.

» Mira a Dofar, insigne en oloroso
incienso, necesario al sacrificio;
y a Rozalgate, reino populoso,
cuyas playas desiertas hace el vicio;
mira el reino de Ormuz, que tan famoso
Castelblanco lo hizo con su oficio,
rindiendo a su valor la turca armada
por virtud de su brazo y de su espada.

» Mira el cabo Asaboro, que llamado
ahora es Mozandán de navegantes:
por aquí se entra el lago que es cerrado,
de Arabia y Persia tierras abundantes:
mira la isla Barén, que el fondo ornado
tiene de ricas perlas, rutilantes
más que la Aurora: ve en la agua salada
de Tigris y de Eufrates una entrada.

» Mira el persiano imperio memorable,
siempre puesto en el campo y en caballos,
a quien el cobre fué injuria notable
y no traer de las armas duros callos:
mas la isla Gerum, muy miserable,
que ve el tiempo sus muros derriballos,
muestra cómo de Armuza, que allí estuvo,
ella el nombre después y gloria tuvo.

» Aquí de don Felipe de Meneses
se muestra la virtud en armas clara,
cuando con muy poquitos portugueses
los muchos Párseos vencerá de Lara:
querrán probar los golpes y reveses
de don Pedro de Sosa, que probara
ya su brazo en Ampaza, sujeta da
con valor de su capa y de su espada.

» Dejemos el estrecho y conocido
cabo de lasque, Carpella llamado,
con todo su terreno mal querido,
de bienes de natura despoblado:
Carmania tuvo ya por apellido,
mas ves el Indo que del fresco lado
de aquella altura baja sonriendo,
y de otra igual el Gange está corriendo.

» Ve la tierra de Ulcinde fertilísima,
de laquete la íntima ensenada:
la henchiente de la mar mira grandísima,
la vaciante que huye apresurada:
la tierra de Cambaya ve riquísima,
donde del mar el seno hace entrada:
ciudades otras mil, que voy pasando,
a vosotros aquí se están guardando.

» La costa para el Sur corre indiana
y al cabo Comorí, Cori llamado,
que enfrente de sí tiene a Taprobana,
que de Ceilán el nombre haya tomado:
por este mar la gente Lusitana,
después de ti, vendrá con brazo armado:
tendrá victorias, tierras y ciudades,
y en ellas vivirá muchas edades.

» Las provincias que entre uno y otro río
ves, con varias naciones infinitas,
de varios reyes es su señorío
a quien el diablo dió leyes escritas.
Ve de Narsinga, que el terreno frío
las reliquias posee, santas, benditas,
del cuerpo de Tomé, varón sagrado
que la mano a Jesús metió en su lado.

» Aquí la ciudad fué que se llamaba
Meliapor, hermosa, grande, rica:
los ídolos antiguos adoraba
como lo hace aquesta gente inica:
lejos del mar en aquel tiempo estaba
cuando la fe de Dios Tomé predica,
que doctrinando al mundo ya pasara
provincias mil y a todas enseñara.

» Llegó aquí a predicar la salud, dando
a los enfermos y a los muertos vida:
acaso por la mar viene nadando
un leño de grandeza desmedida:
desea el rey, que andaba edificando,
llevarlo do la obra le convida,
y piensa de moverlo con pujantes
fuerzas de hombres, ingenios de elefantes.

» Era tan grande el peso del madero,
que para menearlo nada basta;
mas el nuncio de Cristo verdadero
menos trabajo en tal negocio gasta:
ata el cordón que trae por lo postrero
del leño y del gran peso lo desbasta:
tráelo donde se haga un sacro templo
que quede a los futuros por ejemplo.

» Sabía bien que si con fe formada
mandase a un hombre sordo que se mueva,
tiene de obedecer la voz sagrada,
que así lo enseñó Cristo y él lo prueba:
la gente queda de esto alborotada:
los bramínes, que ven ser cosa nueva,
viendo aquestos milagros tan patentes,
han miedo de quedar menos potentes.

» Estaban ya con celos envidiosos,
temiendo que la gente en Dios no crea;
buscan maneras mil, casos astrosos
por do Tomé se vaya o muerto sea:
el principal de aquestos orgullosos
quiere que un caso horrendo el mundo vea,
que enemiga no hay tan dura y fiera
como la virtud falsa a la sincera.

» Un hijo propio mata, y luego acusa
de homicidio a Tomé, que era inocente:
con falsos testimonios, como se usa,
lo condenan a muerte brevemente:
el santo, que no ve mejor excusa
que apelar para el Padre omnipotente,
quiere delante el rey y los señores
un milagro hacer de los mayores.

»El cuerpo muerto manda ser traído,
que resucite y sea preguntado
quién fué su matador: será creído
por testigo fí el más aprobado:
el mozo se levanta con sentido
en nombre de Jesús crucificado:
da gracias a Tomé que le dió vida,
descubre ser su padre el homicida.

»Causó aqueste milagro tal espanto,
que el rey se baña luego en agua santa,
y con él muchos: uno besa el manto,
otro loor a Dios y a Tomé canta:
los bramines se hinchen de odio tanto,
púnzales con veneno envidia tanta,
que, persuadido el vulgo innoble, obscuro,
muerte le quiere dar sobre seguro.

»Un día que enseñando al pueblo estaba
fingieron en la gente un gran ruido:
ya Cristo en este tiempo le ordenaba
que con palma a los cielos sea subido:
la multitud de piedras que volaba,
al santo da, a la muerte ya ofrecido,
y un malo, por hartarse más de priesa,
por el pecho una lanza le atraviesa.

»Lloráronte, Tomé, el Gange famoso
y el Indo, con la tierra que pisaste:
más te lloran las almas que el lustroso
rayo de fe perdieron que enseñaste:
los ángeles con canto sonoro
a la gloria te llevan que ganaste:
pedímoste, Tomé, que favorezcas
tus Lusos y que a Dios se los ofrezcas.

» Vosotros que usurpáis el nombre claro de ser, como Tomé, de Dios enviados, ¿cómo os estáis de asiento, y sin reparo dejáis a los infieles deslumbrados? Sal sois, y si os podrís en vuestro caronido, donde profetas no hay nombrados, ¿con qué se salarán en nuestros días (infieles deجو) tantas herejías?

» Mas paso esta materia peligrosa: tornemos a la costa dibujada: ya con esta ciudad tan populosa se encorva la gangética ensenada: corre Narsinga, rica y poderosa; corre Orixá, de ropas abastada, y al fin de aquesta entrada el dulce río Ganges viene al salado señorío.

» Ganges, do es abusión de habitadores que muriendo bañados, con certeza, aunque hayan sido grandes pecadores, recobran con esta agua gran pureza: ve a Chatigán, ciudad de las mejores de Bengala, que estima su realeza y no ve que está puesta en tierra angosta al Austro, ladeada a aquesta costa.

» Mira el reino Aracán, mira el asiento de Pegú, que ya monstruos lo poblaron monstruos hijos de feo ayuntamiento de una mujer y can, que aquí se hallaron: alambre usan aquí en el instrumento de la generación, el cual usaron por maña de la reina que, inventando tal uso, fuera echó el error nefando.

» Mira Tauay, ciudad de do se sigue
de Sión el imperio tan crecido:
Tenasarí, Quedá, que dar prosigue
pimienta que su tierra ha producido:
mira cómo a estas todas las persigue
Malaca, con su imperio ennoblecido,
y cómo todas a ella por mil vías
procuran enviar mercaderías.

» Dicen que de esta tierra con pujantes
aguas el mar entrando dividiera
la noble isla Samatra, que ya de antes
juntas ambas la gente antigua viera:
Quersoneso fué dicha de abundantes
venas de oro que la isla produjera:
Áurea por epíteto le ayuntaron;
otros que fuese Ofir imaginaron.

» En punta de la tierra Singapura
verás donde el camino más se estrecha
a la flota; la costa a Cinosura
se encorva, y a la Aurora está derecha:
ve a Pan y Patane, reinos; la altura
de Sión a quien todo el lado pecha:
mira el río Menón, que se derrama
del grande lago que Chiamay se llama.

» Ve en este gran terreno diferentes
nombres de mil naciones no sabidas:
los Laos, en tierra y número potentes;
Anás, Bramás, por sierras tan cumplidas:
ve en los remotos montes otras gentes
que Geos se llaman, de silvestres vidas:
humana carne comen, y pintados
con husillos ardiendo son quemados.

»Ves pasa por Camboya Mecón río,
que capitán del agua se interpreta:
tantas recibe en sí por el estío
que los campos aniega e inquieta:
hinchentes tiene como el Nilo frío:
la gente de su orilla cree indiscreta
que los brutos tendrán de cualquier suerte
o gloria o pena eterna con la muerte.

»Este recibirá plácido y blando
en sí los tristes Cantos que mojados
vendrán, del gran naufragio miserando
de procelosos bajos escapados,
de hambres, de peligros grandes, cuando
serán con mando injusto ejecutados
en aquel cuya lira sonora
será más celebrada que dichosa.

»Mira la costa que Champá se llama,
con oloroso palo celebrada,
y a Cochinchina, sin su nombre y fama,
y de Ainán la incógnita enseñada:
aquí el soberbio imperio, que se afama
en tierras y riqueza no pensada,
de China corre, ocupa el señorío
desde el Trópico ardiente al Cinto frío.

»Mira el muro, edificio no creído,
que entre un imperio y otro se edifica,
indicio claro, cierto y conocido
de su grande potencia extraña y rica:
el rey que de ella es rey no es rey nacido,
ni la casta real se multiplica;
mas escogen por rey al más famoso
caballero, discreto y virtuoso.

»Aun otra mucha tierra se te esconde
hasta que venga tiempo de mostrarse;
mas las islas del mar no dejes, donde
quiso naturaleza señalarse:
esta medio escondida, que responde
a la China, por donde va a buscarse,
es Japón, donde nace plata fina
que ilustrada será con ley divina.

»Mira acá por los montes del Oriente
las infinitas islas derramadas:
ve a Tidore, a Ternate, y la ferviente
cumbre que de sí arroja llamaradas:
las árboles verás de clavo ardiente,
con Portuguesa sangre bien compradas,
y las doradas aves, que en el suelo
no se ven, sino muertas y sin vuelo.

»Ve de Banda las islas, que se esmaltan
de la color que pinta el rojo fruto;
las aves tan pintadas que allí saltan,
cogiendo de la nuez verde tributo:
ve también a Borneo, do no faltan
lágrimas, ni licor cuajado, enjuto,
del árbol que alcanfor blanco es llamado,
con que de la isla el nombre es celebrado.

»Ve a Tinor, que a tu reino llevar manda
sándalo salutífero oloroso:
ve la Sunda, tan larga, que una banda
esconde para el Sur dificultoso:
la gente del país, que tierras anda,
un río dice haber miraculoso
que por adonde corre no mezclado
convierte en piedra el palo que es echado.

»Mira la que por tiempo fué isla hecha,
que por la cumbre llamas evapora;
la fuente que olio da de su cosecha,
oloroso licor que el tronco llora,
más fragante que cuanto se aprovecha
de la hija de Ciniras, do mora:
de cuanto las más tienen es tesoro,
y más da blanda seda y muy fino oro.

»Mira el Ceilán, que monte se levanta
sobre las nubes con nueva grandeza:
por cosa los de allí la tienen santa,
porque hay señal de un pie en la suma alteza:
mira a Maldivia, do nace la planta
en el agua con tal naturaleza
que es su fruto al veneno más potente
antídoto escogido y excelente.

»Verás defrente estar del rojo estrecho
Socotorá, con áloe famosa:
otras islas también rendirá el pecho
del Luso en la africana costa astrosa,
que darán en olores gran provecho
la masa al mundo incógnita y preciosa:
de San Lorenzo ve la isla afamada,
de algunos Madagascar fué llamada.

»Aquestas son las partes del Oriente
que vosotros haréis claras al mundo,
abriendo al ancho mar puerta patente
con un pecho invencible, furibundo;
mas es también razón que en el Poniente
un hecho se celebre sin segundo
de un Portugués que, del rey agraviado,
camino ha de hacer nunca pensado.

»Mira la grande tierra que continua
va de Calisto a su contrario polo:
¡qué soberbia será con rica mina
de metal que color tiene de Apolo!
Castilla de tal presa será dina,
el poder castellano la habrá sólo,
suyas serán las tierras y las gentes
en ritos y costumbres diferentes.

»Mas donde más se alarga tendréis parte
que del palo bermejo quede nota:
el nombre es Santa Cruz, do cuando parte
primero la descubre vuestra flota:
a par de aquesta costa, con grande arte,
descubrirá la parte más remota
Magallanes, en hechos marinerero,
mejor que Portugués ni caballero.

»Después que más que media la rodea,
por donde al polo antártico se inclina,
de una estatura casi gigantea
hombres verá en la tierra que es vecina;
y adelante el estrecho que se arrea
con nombre de él ahora, do camina
para otra tierra y mar que queda donde
Austro con alas frías nos la esconde.

»Hasta aqui, Portugueses, concedido
os ha sido saber los fuertes hechos
que por el mar que ya dejáis sabido
han de hacer varones de altos pechos:
ahora, pues habéis acometido
trabajos por quien gracias y provechos
os darán estas ninfas tan hermosas
que coronas os tejen tan gloriosas,

»podeisvos embarcar, que tenéis viento
y mar bonanza, a vuestra patria amada.»
Esto dicho, hicieron movimiento,
al punto, de la isla Enamorada:
llevan de ella refrescos y alimento,
llevan la compañía deseada
de ninfas, que tendrán eternamente,
por más tiempo que el Sol será lucente.

Así fueron cortando el mar sereno
con viento siempre manso, nunca airado,
hasta que hubieron vista del terreno
en que nacieron, tanto deseado.
Entraron por la hoz del Tajo ameno:
a su patria querida y rey amado
el premio y gloria dan porque enviara
y con títulos nuevos se ilustrara.

No más, oh Musa, que la lira tengo
destemplada y la voz enronquecida,
y no del canto, mas de ver que vengo
cantando a gente sorda, endurecida;
el favor con que el ánimo sostengo
no me lo da la patria, que metida
está en grande codicia y vil dureza
de una austera, mortal, zafia tristeza.

Y no sé por qué influjo o qué destino
no tienen un orgullo y gallardía
que los pechos levanta de contino
a buscar en trabajos alegría;
pues, rey que por consejo alto, divino
la gente gobernáis que el Luso cría,
mirad que sólo sois (ved otras gentes)
señor de unos vasallos excelentes.

Mirad qué alegres van por las tormentas,
cuales fieros leones, toros bravos,
pasando mil peligros, mil afrentas,
cual si os fueran, señor, presos esclavos:
a hierro, a fuego, a saetas turbulentas
ofrecen su vivir, por poner clavos
al eje de la rueda de Fortuna,
porque no os sea mudable, mas siempre una.

Por serviros a todo aparejados,
lejos de vos, a vos son obedientes:
en cumplir son, señor, vuestros mandados,
sobre cuantos se hallan, diligentes;
y con saber que son de vos mirados,
demonios infernales, brutas gentes,
rendirán con esfuerzo esclarecido,
que vencedor os deje, no vencido.

Favorézcalos luego vuestra alteza
mostrándoles humana esa presencia:
de leyes les mitigue la aspereza,
que es el cierto camino de excelencia:
a los dignos encumbre en la grandeza
(que tuvieren bondad con experiencia)
de vuestro gran consejo, pues que saben
el cómo y cuándo y dó las cosas caben.

A todos dad favor en sus oficios
según tienen de vidas el talento:
los religiosos sean sus ejercicios
orar por vuestra vida y vuestro aumento:
con disciplina, ayuno por los vicios
comunes, la ambición tendrán por viento,
que el religioso bueno y verdadero
no busca acá las honras ni el dinero.

Tened los caballeros en estima,
pues con su sangre intrépida, ferviente,
la ley no sólo aumentan que es de encima,
mas vuestro claro imperio, preeminente:
pues aquellos que a tan remoto clima
os fueron a servir con celo ardiente,
dos enemigos vencen, unos vivos,
y, lo que es más, trabajos excesivos.

Haced como no digan admirados
los de Alemania, Italia y los ingleses,
que son mucho mejor para mandados
que no para mandar los Portugueses.
Tomad consejo de experimentados
que vieron largos años, largos meses,
que puesto que en letrados mucho cabe,
el viejo mucho más por viejo sabe.

De Formiόν, filósofo escogido,
Aníbal, en batallas señalado,
habiéndole de guerra un poco oído,
con gallardo donaire se ha burlado:
«La milicia, le dijo, no he aprendido
y en ella me conozco más letrado:
más se aprende en la guerra con las manos
que en estudios con dichos sabios vanos.»

Mas ¿quién mete en aquesto a un ignorante,
de vos no conocido ni soñado?
Es porque de la boca del infante
suele ser el loor más estimado.
En las armas soldado, y estudiante,
a las letras he sido dedicado
con ingenio, que aquí veréis presente,
cosas que juntas hay muy raramente.

Brazo para os servir a guerras hecho,
Musa para os cantar a versos dada;
mas fáltame el no seros de provecho,
ni mi fuerza de vos ser estimada:
si esto me dais, y emprende vuestro pecho
digna empresa de ser por mí cantada,
como mi entendimiento lo adivina,
viendo la inclinación vuestra divina,

o haciendo que, más que de Medusa,
de vuestro mirar tiemble el monte Atlante,
o rompiendo en los campos de Ampelusa
de Marruecos el muro y Turudante,
en empresa tan alta mi alta musa,
por ser vuestra, haré que al mundo os cante,
siendo vos de Filipo el heredero
y yo a vos lo que a Aquiles le fué Homero.

FIN

ÍNDICE

Páginas

- CANTO PRIMERO. — Concilio de Júpiter y los demás dioses sobre el descubrimiento de la India oriental que el almirante don Vasco de Gama, por mandado del Serenísimo Don Manuel, rey de Portugal, iba a hacer. En él se muestra Baco adversario, Venus propicia, Marte fautor de los portugueses, los cuales descubren la isla de Mozambique y Quiloa. Y, finalmente, perseguidos del uno y amparados de los otros, no sin muchos trances de guerras y peligros de mar, llegaron a Mombaza 9
- CANTO SEGUNDO. — Cuéntase cómo, llegada la flota a Mombaza, fuera destruída por orden del adversario Baco, si Venus con las Nereidas no acudiera a estorbarlo: la cual alcanza de Júpiter que Mercurio bajase a hacer partir de allí al capitán Gama, de Mombaza a Melinde, do fué humanamente él y los suyos del Melindano recibido, el cual, habiéndolos visitado con amor, les pide le cuenten cuál es su tierra, su gente y qué partes del mar han corrido y visto en la derrota 37
- CANTO TERCERO. — Respondiendo Gama a lo pedido por el rey melindano, describe a Europa en la figura común del cuerpo, haciendo a España cabeza y cumbre a Portugal. Comienza a contar la genealogía de sus reyes, las diversas victorias que alcanzaron de moros

- y otras gentes. Cuenta la lastimosa muerte de la bellísima señora doña Inés de Castro, mujer segunda del rey Don Pedro el Cruel, y la justa venganza que de sus matadores tomó, habiendo los del rey Don Pedro el Cruel de Castilla. Llega este canto hasta la vida del rey Don Fernando el Remiso, hijo de Don Pedro el Cruel 67
- CANTO CUARTO. — Cuéntase cómo al rey Don Fernando sucedió Don Juan I, de este nombre, hijo bastardo del rey Don Pedro el Cruel: en cuyo tiempo hubo las diferencias entre Castilla y Portugal sobre la sucesión del reino, donde acaeció lo de Aljubarrota. Cuéntase también lo de Toro y Zamora, do fué desbaratado el rey Don Alonso, que se quería casar con la excelente señora llamada la Beltraneja, sobrina suya, y su hijo Don Juan el II, el cual fué el primero que envió a descubrir las partes del Oriente, a quien sucedió en reino y propósito Don Manuel, que a Gama envía 105
- CANTO QUINTO. — Prosiguiendo Gama su narración, describe el camino de las Indias Orientales hasta Melinde, con las islas, puertos y costas que se pasan. Cuenta cómo les apareció el cabo Tormentorio, en figura humana, contándole las naos y capitanes que en él habían de perecer, y unos tiernos amores suyos, y la enfermedad que en Zofala su gente padeció, muriendo mucha de ella. Y con esto satisface a las preguntas de patria, gente y camino andado que el rey al capitán había pedido 133
- CANTO SEXTO. — Cuéntase cómo, despedidos del melindano rey, y asentado trato y comercio de paz con él, se partieron a la India con piloto diestro que el rey les diera: en el cual tiempo Neptuno, por intercesión de Baco, junta concilio de los dioses y diosas del

- mar: en él se resuelven todos que la flota con tempestad sea hundida y anegada. Entreteníanse en esto los que la centinela de la noche hacían con la famosa historia de los Doce de Inglaterra, con los hechos de Magricio, cuando sobrevino la fiera tempestad en que perecieran si Venus no los socorriera 159
- CANTO SÉPTIMO. — Deseada llegada al reino de Calicut, donde son recibidos humanamente del Samorín, emperador del reino de Cambaya, y hallaron a Monzaide, moro de Túnez, que al rey informa de los portugueses y a ellos de la tierra y poder del rey. Va un Catual, gobernador suyo, a ver la armada, donde fué recibido con gran fiesta; y con ocasión de ciertos retratos que en la nao iban, le dan cuenta de su valor y hazañas hechas en África. 185
- CANTO OCTAVO. — Gama declara al Catual quién fué Luso, de donde se dijo su tierra Lusitania: las famosas hazañas de gentes portuguesas y sus reyes. Samorín, emperador, por persuasión de hechiceros y de Baco, que todo lo urdía, determinó destruir los portugueses y quemarles la flota. Desengañado Gama por Monzaide el Africano, sin asentar trato de paz, se vuelve trayendo alguna canela, pedrería, y malabares algunos, con el Monzaide, en señal de la tierra descubierta en la India 209
- CANTO NONO. — Con ingeniosa ficción se pone un divino fresco y ayuda de costa que a los desconsolados portugueses en medio del camino su protectora y defensora Venus dió, representándoles una isla fantástica llamada de los Enamorados: poniendo en ella campos floridos, tiernos amores, prósperos sucesos y premio regalado a los trabajos pasados en la mar: alegorizando los deleites, al parecer voluptuosos, ser las ilustres honras con peligros ganadas. 235

CANTO DÉCIMO Y ÚLTIMO. — La principal de las ninfas que en la Enamorada isla a Gama le cupo en suerte le muestra un globo donde se describe la India Oriental con todos los lugares y reinos que por ellos serán ganados y conquistados, con las victorias que los visorreyes y capitanes generales alcanzarán hasta allanar a la India toda, y después, despedidos de ella y las demás ninfas, hácense a la vela, y vienen a tomar el deseado puerto flota y libro. 261



ÍNDICE DE LÁMINAS

	<u>Páginas</u>
Veréis amor de patria, no movido... (pág. 11)	12
Levántase contra él la Venus bella... (pág. 17)	18
Huyendo el moro, el arco va flechando... (pág. 32)	28
Y de estas blandas muestras conmovido... (pág. 47)	44
Ya en el batel del capitán entrado... (pág. 62)	60
Tú solo, cruel amor, con fuerza cruda... (pág. 97)	92
«¡Oh rey, a cuyos reinos y corona... (pág. 123)	122
«¡Oh gloria de mandar, vana codicia... (pág. 129)	138
En fin, que en esta incógnita espesura... (pág. 154)	154
Viendo Vasco de Gama que en el puerto... (pág. 179)	170
Un regidor del reino al puerto estaba... (pág. 196)	186
Por lo que ve pregunta; mas el Gama... (pág. 204)	202
¿Qué rey hay en la Hesperia sublimada... (pág. 224)	218
De esta arte, en fin, conformes las hermosas... (pág. 256)	250
Por serviros a todo aparejados... (pág. 298)	282

SOUTHEASTERN MASSACHUSETTS UNIVERSITY
PQ9203.A2 T3
Los Lusiadas



3 2922 00121 617 2

DATE DUE

JUN 20 1997

JUN 20 1997

DEC 28 1997

SEP 24 1997

MAY 28 1999

MAY 07 1999

ILL# 13689057

DUE: 12-9-05

DEC 22 2004

261-2500

Printed
in USA

276313

PQ 9203 .A2 T3

Camões, Luís de, 1524?-

1580

Los Lusíadas



